

Relatos y recuerdos

Memoria de Azcapotzalco



Edna Aponte

Recopiladora

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Relatos y recuerdos

Memoria de Azcapotzalco

PABLO MOCTEZUMA BARRAGÁN
DISEÑO Y COORDINACIÓN DE LA COLECCIÓN HISTORIA ORAL.
CRÓNICA DE AZCAPOTZALCO

EDNA APONTE
ENTREVISTAS Y REDACCIÓN

México, 2016

Primera edición, 1998
Segunda edición, 2016

Pablo Moctezuma Barragán
Diseño y coordinación de la Colección Historia Oral. Crónica de Azcapotzalco

Edna Aponte
Entrevistas y redacción

Pablo Miranda
Diseño de portada

Editado por la Delegación Azcapotzalco
Castilla Oriente esq. 22 de Febrero,
Col. *Azcapotzalco* Centro, Ciudad de México, 02008

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

La producción de este libro se realizó conforme a lo establecido en la Ley de Desarrollo Social para el Distrito Federal:

“Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Esta prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente”

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Prólogo	9
Dedicatoria	11
Introducción	13

PRIMERA PARTE RELATOS Y RECUERDOS

Testimonio del señor Andrés Roa	17
Testimonio de la señora Feliza Morales viuda de Chávez . .	27
Testimonio del señor Salvador Francisco Cortés Nicolás . . .	31
Testimonio de la Maestra Estela Ogazón	36
Testimonio de la señora Caritina Pérez viuda de Vilchis . . .	39
Testimonio de la señora Amalia Aguilar Nava	43
Testimonio del señor Álvaro Pablo Saldaña	48
Testimonio de la señora Sara Pedroza Caballero	55
Los Hermanos Caballero	60
Señor Guillermo Caballero	60
Señora Ada Caballero	61
Señora Gisela Caballero	62
Señor Aulio Caballero	63
Testimonio del señor Crecencio León Velázquez	64
Testimonio de la señora Tiburcia Arciniega y familia	72
Testimonio del señor Luis Mendoza Arciniega	74
Testimonio de la señora Teódula Correa Hernández de Mendoza	77
Testimonio del maestro David Delgado	79
Testimonio de la señora Paz Mercado Vilchis	89
Testimonio de la maestra María de la Luz López de Nieto	96

Espontánea, atento público de la maestra María de la Luz Nieto: señora Patricia Moreno	99
Testimonio de la maestra Yolanda Pérez Nieto	101
Testimonio de Liliana Vázquez Roa	103
Testimonio de la familia Cabrales	108
María Luisa Hernández de Cabrales	108
Citlalli Cabrales.	109
Testimonio del maestro Tomás Tavira	111
Testimonio del boxeador Tavira (hijo)	115
Testimonio de Luis Tavira	117
Testimonio de la señora Ángela Mesa	119
Testimonio del señor José Sepúlveda	122
Testimonio del músico Víctor Miranda Equiarte	125
Testimonio del señor Alfredo Camargo Aguilar	132
Testimonio del señor Venustiano Negrete Jiménez.	136

SEGUNDA PARTE

Testimonios literarios, por María Elena Solórzano	141
Se clausura la refinería	141
Visita al panteón de San Isidro	144
Día de reyes	147
Las fuentes	149
Amor con amor se paga	151
Doña Tere	156
Una hormiga en la herradura	159
Serenatas	161
Pachita	163
De cal y cemento	167
Jamaica, la Merced, Azcapotzalco y anexas	169
El tianguis de Salónica	171
Muñeca de trapo	173

AGRADECIMIENTOS

A la licenciada Consuelo Santa María y a la antropóloga Regina Cohen, por sus generosos comentarios y aportaciones.

A Edna Aponte, por su magia, que se le puede llamar técnica, para traer el pasado aquí y ahora, y que a l@s **chintolol@s** nos ayudará a construir un futuro desde nuestras raíces.

PRÓLOGO

Azcapotzalco es un territorio con profundas raíces históricas. Ya que desde hace 2000 años existían aldeas como San Miguel Amantla, que tenía un desarrollo cultural importante. El nombre de Azcapotzalco significa “en el hormiguero”, *azcatl*: hormiga, *potzalli*: hormiguero, *co*: lugar, y revela una característica que por siglos ha tenido este territorio que ha sido, no sólo un sitio de concentración de personas, sino también de mucho trabajo, de gran laboriosidad y movimiento. En la época de predominio de los tepanecas, Azcapotzalco tuvo la hegemonía cultural, política, económica y militar en el Valle de México durante los siglos XII, XIII y XIV. De estas tierras surgió la grandeza de la ciudad de México-Tenochtitlan a partir del periodo de Izcoatl, el mexica, nacido en Azcapotzalco, hijo de una “tlacotli”, trabajadora humilde de Azcapotzalco y que por sus méritos llegó a ser Hueitlatoani y fundador de la Triple Alianza junto con Nezahualcóyotl de Texcoco y Totoquiuhatzin de Tacuba.

La maestra María Elena Solórzano, destacada cronista de Azcapotzalco, comenta que “en mucho el esplendor de Tenochtitlan se debió a la imitación del señorío de Azcapotzalco, no sólo en cuanto a la organización social y política, sino inclusive en el aspecto militar con las tácticas y estrategias que habían desarrollado los Tepanecas”.

En efecto, la cultura de Azcapotzalco ha sido famosa desde su fundación por el tlatoani Matlacoatl en 1152 y esta cultura se refleja actualmente en sus 28 barrios donde se pueden constatar su historia y sus leyendas, a través de sus edificios, iglesias, murales y habitantes.

En la época preciauhtémica y luego en la colonia, la gente de Azcapotzalco se distinguió por su excelencia en el labrado de

piedras y metales preciosos, así como en el arte plumario. En los siglos XVI y XVII se le conocía como el pueblo de los plateros.

Posteriormente fue en el atrio de la iglesia de los santos apóstoles Felipe y Santiago donde se consumó la última batalla por la independencia de México el 19 de agosto de 1821, y es aquí donde comienza a funcionar el primer registro civil, en la época de la reforma. En el siglo XX, la industria más importante de la Ciudad de México vino a asentarse a estas tierras, dado que hay una cultura de trabajo y mano de obra muy capacitada. También en este siglo se desarrolló un importante trabajo de pintura de murales en la que participaron Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Juan O'Gorman y Arturo García Bustos.

Azcapotzalco tiene raíz y futuro, rostro y corazón, y es el compromiso de todos sus habitantes, los "chintololos" (que significa labradores de piedra) darlo a conocer.

La función de este libro de crónicas e historia oral es precisamente rescatar la memoria, los valores, la historia vivida por chintololos que vivieron en y para Azcapotzalco, que son parte viva de estas tierras y constructores de nuestra comunidad.

El testimonio de los ancianos de Azcapotzalco es un tesoro vivo y actuante que debemos rescatar para darle dimensión al pasado y al futuro de nuestra tierra.

Hablan en esta crónica protagonistas del siglo XX en Azcapotzalco, habla la memoria, la experiencia, el trabajo y el amor al terruño.

La historia oral que aportamos es una contribución más del gobierno democrático para rescatar raíz e identidad. Es una narración interesante y conmovedora que todos los chintololos y habitantes de la ciudad recibimos con emoción; ésta es la palabra de los sabios, de los ancianos que nos llega al corazón.

Pablo Moctezuma Barragán
Delegado de Azcapotzalco

DEDICATORIA

*A Azcapotzalco, entidad memoriosa...
A la señora Amalia Solórzano, mujer y escritora
que sabe de memorias.
In memoriam a Don Andrés Roa, él sabe por qué.
A Don Venus, quien inició y concluyó la escuela
primaria a los 86 años.
A quienes no llegaron a la cita de estas memorias.
Y a Don Juan:
“Ruidos, voces, rumores, canciones lejanas (...)”
Juan Rulfo, Pedro Páramo.*

INTRODUCCIÓN

Es necesario decir que la memoria de Azcapotzalco se puede guardar en un “recuerdo”. Y la palabra recuerdo significa volver a pasar algo por el corazón. De esta manera es como los pobladores de la demarcación nos cuentan, o platican cómo fue Azcapotzalco hace 30 o 40 años. Adultos mayores son fedatarios de dicha entidad que recupera su ser en la palabra: Azcapotzalco.

Así, gente con distintos oficios, lideresas, pensadores, hombres y mujeres sabios que han vivido aquí, testimonian a través de la palabra la imagen que ha pasado por su corazón, para recordar, para hacer memoria ante la pregunta: ¿Cómo era Azcapotzalco en aquella época?

Los testimonios presentados se han elaborado aludiendo a tres momentos: el antes y después, una transición, y el aquí y ahora. La narración, sin embargo, ha de seguir su propio ritmo, como sucede en los testimonios y fuentes orales, pero de alguna manera responden a estos momentos colmados de dulces, maíces, camotes, establos, la alberca encantada, sus iglesias, haciendas, alfalfares, el mamut emperador, restos o vestigios antropológicos y arqueológicos de pueblos indígenas asentados en esta demarcación, quienes dieron esplendor a esta cultura...

Y testigos del tiempo, los adultos mayores han donado unas horas más para su querido Azcapotzalco, dando testimonio e historias de vida. Por los ausentes hablarán los presentes, porque como en aquel pueblo literario de Fuente Ovejuna, aquí “todos somos Azcapotzalco”...

Al escuchar tú también, lector, lectora, esta historia, quizá volverás a las sustancias de las que están hechos los recuerdos: de puro corazón.

Fraternalmente
EDNA APONTE

La serie Historia Oral es una recopilación de testimonios de gente de Azcapotzalco, los cuales se transcribieron respetando el lenguaje popular de los entrevistados, conservando así su autenticidad.

PRIMERA PARTE
RELATOS Y RECUERDOS

TESTIMONIO DEL SEÑOR ANDRÉS ROA

*Aquí en Azcapotzalco siempre ha sido el lema
de mi vida: todo lo que he tenido, lo he
luchado, luchado a base de trabajo y
no de quitarle a nadie nada.*

Nací un 6 de noviembre de 1902 en Santiago Tlaxala Iturbide, Estado de México, por ahí de Nicolás Romero. Por ahí también nació el que era líder de la CTM.

Yo llegué aquí a Azcapotzalco cuando tuve conocimiento del tiempo del curso del año, en 1912... Llegué a conocerlo. Vine porque venía sólo de visita, estuve unos días en Puente de Vigas con un tío que era conductor de tranvías de mulitas. Mi madre tenía poco de enviudar de mi padre, él murió en 1909, tenía yo cinco o siete años, apenas me acuerdo. Éramos cinco hermanos. Mi padre sembraba papa, en el monte había 12 km de tierra, era de la comunidad del pueblo y el que quería sembrar sólo era cuestión de que alcanzara. Luego cuando estaba barata la papa se vendía. Entonces venimos acá, cuando yo conocí Azcapotzalco que vine con mi tío, conocí lo que era porque en el tiempo que estuve venía a traer a mi tío a sacar la corrida. Un día le tocaba salir de Azcapotzalco, otro día de Tlalnepantla. Lo venía a dejar a caballo desde que salíamos de la casa por toda la vía corriendo hasta que llegábamos, entrábamos por el Rosario. Nos levantábamos a las cuatro y salíamos a las seis. A veces yo ensillaba el caballo, venía yo en ancas y mi tío manejaba el caballo.

Yo cortaba dos canastones grandes de calabazas y los entregaba al mercado de Azcapotzalco, de este mercadito se surtía todo México, había mucho comercio en la mañana de flores, de verduras de Santa Catarina, Santa Bárbara, eran chinampas, San Martín, San Juan Iztlahuaca. Venían desde las cuatro de la

mañana haciendo hilo las carretillas, bien formadas, con cebolla, lechuga, de verdura, era la única vida que había aquí, no había otra.

Había pobre gente que no tenía qué comer, iba a cortar pencas secas de maguey pa' venderlas ahí en Azcapotzalco, como leña, y la compraban, en esa época yo me daba cuenta de que había señoras que llegaban porque tenían que venir con otra para tener comunicación para comprar. O cambiaban cosas, por comida, por verdura; como sembraban mucha verdura, el que no tenía verdura pues cambiaba por otra cosa. Yo veía a las señoras que hablaban en otro idioma, el castellano no lo hablaban, según dicen hablaban "mexicano" y de chiquillo me gustaba hablarle a las señoras, pero nomás se me quedaban viendo... no me entendían, y si me hablaban no les entendía yo porque no hablaban español.

Allí donde está el jardincito chiquito junto al atrio, allí era un mercadito, era el mercado de aquí de Azcapotzalco, entonces la calle estaba empedrada, allí era donde se hacía el comercio todos los días. La compañía de tranvías ponía una góndola para llevar toda la carga de los que venían a comprar para llevarlos a San Juan de Letrán, al mercado Juárez o a la Merced, y aquí se venían a surtir. Le digo que yo llevaba dos canastones de flores, dos de calabaza, y nomás llegaba yo y se los daba a mi tío y él tenía quien se los comprara. Eso fue en 1912, tenía 10 años. En esa época yo no sabía que corría la fecha de año, de los días, de nada...

Yo sabía algo de leer, conocía las letras porque en mi tierra éramos cinco hermanos, en el día teníamos que trabajar en el terreno, en la noche nos poníamos a jugar a las canicas o el trompo, era lo único que había, entonces yo en lugar de jugar, mi prima me enseñaba las letras, me decía cómo juntarlas y eso, y cuando yo llegué aquí tenía una prima que se llamaba Margarita, ella tenía como 20 años, tenía otra que se llamaba Lorenza, tenía unos 12 o 10, creo, me imagino hoy, que ya tenía su novio, pero quién sabe cómo haría, pero cuando llegué un día, me enseñaba las cartas para que yo le dijera lo que decía y yo chiquillo, pues le decía, o me decía "hazme una carta", pero adivinar cómo le haría yo, apenas me enseñaban a conocer las letras. Leía las cartas, conocía la fecha del día, el mes, que había año,

fue que yo conocí el año que era 12, que el 11 lo pasé de noche, no supe yo nada.

Ya cuando me vine para acá sería 1916, mi madre tenía unos hermanos trabajando en hierro y acero por ahí por Ferrería, de aquí hay como dos kilómetros de distancia, había casas para los trabajadores, allí vivían, yo iba a verla porque cuando venimos de mi tierra porque quemaron el pueblo, allí era una congregación de villistas y zapatistas...

Lo quemaron un miércoles de ceniza, allí estuvo Genovevo de la O, Carabeo, muchos generales, un hermano mío murió porque se fue a la revolución, no los podían sacar de allí. Tenía dos primos generales y no les hacían nada, les llegaban por un lado y ellos salían por otro. En el monte se escondían. Cuando lo quemaron entonces se nos acabó todo, nos dejaron sólo lo que teníamos puesto, y nos tuvimos que venir para acá, a buscar la vida, a trabajar.

Ya por ahí por Carrillo Puerto, el subdirector del Colegio Militar que era Academia de Estado Mayor, frente donde ahora está la estación del metro. Me fui una mañana por ahí a buscar trabajo, me encontré a un albañil, me dice "Oye, ¿quieres trabajar?", ya la suerte, sí le digo, de qué, "pues de peón", me dijo. Era en la casa de Andrés Ochoa el trabajo, del subdirector de la Academia de Estado Mayor. Supe yo, me decían que fue discípulo de Felipe Ángeles...

Yo era el único que sostenía a mi madre y dos hermanos, me pagaba cinco centavos. Luego le pedí trabajo y trabajé en la cocina de la academia. Me ponían a escoger los frijoles, acababa pronto "ya acabé", les decía, ya después me dejaron a que yo pusiera los frijoles...

Pero un día llegó el director allí a la cocina, se estaban peleando, daban vuelta toda la cocina, el general era compadre del manco éste, de Álvaro Obregón y discípulo de Felipe Ángeles, era él Ángel Vallejo. Me preguntó "¿Quién te trajo?", pues me trajo el coronel Ochoa. Me dijo: "Mañana te presentas en mi casa, ya sabes dónde es", le dije que no sabía aunque sí sabía, dónde... pero la señora del general era muy mala.

PERO TIEMPO DESPUÉS...

Bueno, resulta que antes vivía yo en San Juanico, pero ya trabajaba en “Hierro y Acero de México”. Y un día pasé pa’ Tlalnepantla, y vine aquí a ver unos jacalitos, estaban ya marcadas las calles, pasé a informarme, —dije voy a ver si hay un lotecito, me queda más cerca del trabajo—, pasé y me informé quién estaba fraccionando, era un señor Uribe, vivía aquí en Aztecas. Le dije que si no tenía un lote, dijo que no, pero se me quedó viendo y luego me preguntó “oiga y si le consigo uno cuánto me podría dar”, pues depende, le decía, “pues mire el metro cuesta cuatro pesos”. Le podría dar la mitad al contado, le dije, “pues vuelva de aquí a ocho días”. Con la tentación volví. Me dijo “le tengo un lote que no lo quisieron”. Y comencé aquí a mirar cómo hacía la casa. Esto fue en el 36. El 16 de agosto fue lunes y el día domingo dije: mañana me voy antes de irme a trabajar, paso a dejar las cosas y a mi mujer, porque ya me había casado. Aquí cuando llegué eran alfalfares y una cantidad de lodo que olvídense, se le quedaban a uno los zapatos en el lodo. Para la luz, traje unas vigas y desde la esquina de San Mateo la traje hasta acá en vigas, compré cables, pero venían los de la compañía y se lo llevaban y de vuelta tenía que comprar. Hasta que los demás vieron que hacía esto y me pidieron permiso para hacer lo mismo, así ya no se llevaron el cable porque ellos estaban al alba, corrían a los de la compañía.

Cuando hicieron acá las casas sacaron muchos muertos, estaban allí enterrados, de los que mataban los enterraban en los alfalfares, aquí de casualidad no saqué ni uno.

Luego metí la luz. Fui con el gerente de Gante, mire queremos meter la luz, la luz se la pongo yo, sólo comprenden los postes, y luego que liquiden los postes, cuesta 25 pesos.

Era un dineral en aquella época. Salía los domingos a cobrar a la gente, me daban 25 centavos. Todo el dinero lo tenía junto, no había bancos, sino que abría yo una cuenta en el Monte de Piedad y allí tenía el dinero que recogía.

Un día ya no me quisieron pagar, que dónde estaba el dinero, que ya me lo había gastado. Están equívocas porque no saben con quién tratan. No me gustaba a mí tomar un centavo que no fuera mío. Hasta la fecha este ha sido mi lema y mi vida: “todo

lo que tengo lo he luchado, fue a base de trabajo, y no de quitarle a nadie nada...”.

Bueno y ahora qué hago, ni modo de regresarles el dinero porque ya no pondremos nunca la luz, entonces fui a ver al gerente otra vez, mire ya no me quieren pagar, me dicen que me tomé el dinero, quiero que tire los postes para que se animen, bueno, tienes razón —me dijo—.

Ya mandó tirar los postes, eran 11 postes. Ahí están los postes, el que no me pague no le doy la luz... entonces me dieron alas para apretarles tantito.

Luego el drenaje lo tuve que ver con Mancilla el delegado, muy legal el hombre. Compramos el tubo delgado, había un pozo en San Martín, otro en San Juan, —de cuál pozo quiere—, pues del que me agarre más cerca.

Mire en otras colonias falta el agua, aquí en Santo Domingo no.

LAS FIESTAS...

Partes de aquí decían se llamaba Santo Domingo, otras de San Mateo, cuando venían los de la fiesta de San Mateo les dábamos dinero. Después le pusieron La Preciosa.

Hacían también fiestas como la del 11 de noviembre a San Martín, el 21 de septiembre era en San Mateo, el cuatro de agosto Santo Domingo, el 30 de noviembre en San Andrés, el cuatro de diciembre Santa Bárbara, el 25 de noviembre en Santa Catarina, hacían buena fiesta, se juntaban varios grupos, algunos hablaban español, otros no, pero hacían su fiesta allí...

Resulta que ya estando aquí, vinieron de San Mateo a que le diera yo de comer a los músicos un día, luego se venía toda la gente del pueblo, me querían mucho... me nombraron secretario. Para hacer otra iglesia, porque era de adobe. Yo junté, ya teníamos el plano, pero en la mitra dijeron que no, que era histórico, y ya ve ahora hicieron otra.

Si necesitaban cualquier cosa, que un carro de arena para la iglesia de Azcapotzalco, había un salón que se había caído ya de viejo, el padre Guillermo, un chaparrito, gordo, vino a verme para que les ayudara con el material, y les mandé un carro de arena y grava, para lo que se llama el salón del claustro.

En mi tierra me vinieron a ver para que les diera para la luz, les di 200 pesos, para la escuela dos carros de material, por ahí tengo los recibos, porque digo ahí sí quiero los recibos, porque cualquier día me van a decir que yo no he ayudado...

En el atrio por ejemplo, jugábamos a la pelota, había un club, se llamaba Chapultepec, el “jon” estaba del lado de la calle del jardincito, allí brincaban las pelotas para la calle, no había árboles porque allí era panteón, todavía hay una parte de panteón donde está enterrado un “rey”, entre la clínica y la iglesia. Yo entraba y leía las lápidas, todavía está conservada la lápida de esos reyes, el piso era de madera.

Una vez, de esas cosas que le pasan a uno, tenía yo un amigo y todos los días me levantaba, “ándale vamos a misa”, ahí venía yo con él, pero es que le gustaba echarse una copa en la mañana...

Y ahí vamos a misa, pero en una ocasión iba con un pantalón de casimir azul marino, una chamarra de mezclilla muy arreglado con corbata, me gustaba arreglarme... pero ya en la misa él se arrodilló y persignó, yo me persigné parado, porque pensé, si me arrodillo luego traigo el pantalón con las rodillas de polvo, parado me persigné, yo de pie y él arrodillado, y había unas muchachas a mis lados, cual sería mi sorpresa que me dice jahíncate cabrón!, yo me hice muy disimulado como si nada, pero todos nos volteaban a ver a él ya mí, y yo muy disimulado...

... Pero resulta que aquí en el mes de octubre, se hacían *kermeses* cada ocho días en Avenida Azcapotzalco que era la única calle, todo lo demás eran terrenos, y la salida a Tlalnepantla y la de San Martín que va a la Villa.

Me gustaba todo, vivía muy tranquilo.

DON LÁZARO CÁRDENAS...

Allí el que vino a arreglar fue el general Cárdenas... Un día iba yo a trabajar y estaba él sentado en una banquita de la puerta de la iglesia, uno que se llamaba Juan Rocha era carpintero, lo vio y lo conoció y le fue a hablar:

—Mi general, ¿qué está haciendo aquí?...

—Estoy descansando...

—¿Gusta usted de pasar a su casa a almorzar?...

Le hizo su almuerzo, enchiladas, café. Y el general se fue a almorzar allí. Al ratito la casa estaba así de todos los del pueblo, luego se despidió el general Cárdenas, les dijo: “¿Qué cosa quieren, quieren que les urbanice el pueblo, o qué cosa piden?” Sólo pidieron que les pavimentaran la calle... les iban a urbanizar, pero no quisieron porque les cortaban terrenos, pero hubiera quedado bien urbanizado...

Yo me fui a trabajar. Ya lo dejé yo allí. Pero después cuando la expropiación era yo secretario de trabajo de allí de la fábrica, y sí tienen allí en la presidencia los telegramas que se le mandaron de felicitación de hacerla fuerte cuando la expropiación, le mandé un día un telegrama del Sindicato Industrial de Hierro y Acero de México. Recuerdo bien que en la expropiación, con Manuel Tello, ése era de Zacatecas, fue de Relaciones Exteriores, la expropiación fue un día jueves...

Y el día domingo hubo una manifestación de apoyo al general Cárdenas, toda la Plaza de la Constitución estaba ¡llena de gente!, que le iban a brindar el apoyo, yo estaba del lado poniente, donde llegaban los tranvías, cuando pasaron unos de petróleo cargando una caja de muerto. Me imagino que querían decir que había muerto petróleo, estaba un borracho junto a mí, se le quedó mirando a la caja, dijo “que chingue a su madre el muerto y los cuatro que lo llevan cargando”, todos echamos la carcajada. Pero aquellos siguieron su marcha...

Ese hombre hacía cosas de las que se quedaba uno admirado. En Tepito no se podía entrar por la tarde, y llegando él a la presidencia, un día llegó a Tepito como a las 12 de la noche, él solo con su mujer, se sentó por ahí para inspeccionar, creo lo conocieron y lo fueron a saludar... se hicieron de amistad con él, y allí en Tepito eran malillas.

EL KIOSCO, LOS RANCHOS Y HACIENDAS...

Donde está el kiosco era calle, era la avenida Hidalgo. Frente a lo que era antes la delegación pusieron una gasolinera con un arco, abarcando de un lado de la calle a otro de la avenida Hidalgo, vendían gasolina del “Águila”, porque había, yo recuerdo que lo que más vi fue “La Huasteca”, era una compañía, entonces estaban las dos en pleito, donde ponía una gasolinera, iba la otra a poner la otra allí, pero entonces era barata la gasolina,

la vendían en botes de a cinco, de a 10, de a 20 litros. En lo que son las vías, mire no había ningún paso, yo eché tepetates, era vereda de peatones, pero luego la vía estaba alta y un camión no pasaba. Allá estaba alto donde estaba el puente.

Aquí era un rancho, “Hacienda El Rosario”, esa fue la que conocí yo como hacienda, “El Cristo”, “Santa Mónica”... allí todos los días como a las 10 bajaban con pulque y bajaban por Puente de Vigas para venderlo aquí en Azcapotzalco. El terreno de la Hacienda del Rosario era más grande que el de Santa Mónica, tenía bastante ganado, también aquéllos, aunque de Puente de Vigas pa’llá era la Hacienda de Santa Mónica... porque de allí, pero para acá era de don Rocha, él había comprado desde el panteón hasta lo que divide Satélite.

Había otro rancho atrás de la Hacienda El Rosario que era “El Retiro”, estaba en el lado norte, pegado al río, ahí pasábamos mucho nosotros, del río de Puente de Vigas, había una parte de la Hacienda de Enmedio, entre el Retiro y el río, a un kilómetro de distancia en cuatro magueyeras de la Hacienda de Enmedio, eran españoles los dueños. Casi todos los hacendados eran malillas.

Yo conocí al mayordomo del Rosario, se llamaba Ventura, galán, andaba a caballo y traía su reata, y al que encontraba cortando leña o de cacería lo arrastraba o le daba de reatazos, era malilla, ése lo conocí bien. Donde termina el parque Tezozómoc, todo eso era el Rosario, de ahí para allá eran terrenos de San Juan... pero para sacar los carros de leche que producía el Rosario andaban dos o tres yuntas de bueyes sacando los carros del atasco de Puente de Vigas... ahí venía la yunta a sacarlos. Los carros de Santa Mónica traían 10 animales para jalar un carro... Y los carros del Rosario sólo traían dos.

Y donde está el rastro, estaba el “Casa Blanca”, un rancho. Lo demás eran terrenos, quién sabe de quién eran, pero ni el pasto salía del salitre y ahora hay un patio tremendo...

Ahora Azcapotzalco tiene mucha industria, y la industria que tenía antes era la verdura. El agua favorecía, escarbábamos unos 30 centímetros y ya salía el agua, había chinampas desde el Rosario hasta Pantaco, ese Camino Real de San Martín, había una casa que rentaban unos chinos, ellos sembraban mucha verdura de el Rosario para acá... por ahí había un jacalón donde estaban los chinos, yo pasaba por ahí, tenía yo un hermano que

trabajaba con uno que hacía chinampas, con Sabina, no recuerdo su apelativo, y pasaba yo con los chinos, ya algunos empezaban a hablar, les hablaba yo, pásale, ayúdame a lavar aquí la verdura dentro las zanjas... se remangaba uno y se metía uno a lavar las cebollas, la lechuga.

En la tarde cuando les acababa yo de ayudar, me decían: “¿Qué quieres de comer?”... había una mesa larga como de cien metros, ahí se sentaban ellos, comían con puercos palos, y me servían mi plato de arroz blanco hasta copeteado... pero me daban mis palos, y nomás se estaban riendo, de que no podía yo comer con los palos, yo que iba a saber, aventaba los palos y hacía sopas con una tortilla que llevaba yo. Me daban una canasta con verduras: lechugas o cebollas, cilantro, nabos y rábanos, me llenaban la canasta, ya llegaba yo con mi madre, mira lo que traje: “Hijo, ya no vaya comprar”... y casi no compraba porque todos los días le llevaba un canastón, pero les ayudaba, ahí trabajaban y sembraban sólo verdura.

Una chinampa eran unos cachitos de verduras y alrededor había una zanja de agua, entonces con un palo amarraban una batea de madera, con un palo atravesaban en medio, se abrían de pies en la zanja y estaban echándole agua al terreno para regar la verdura. Zanjas angostitas...

El agua estaba muy encima, le digo que nomás le rascaban tantito y salía agua, por eso las zanjas estaban llenas de agua, regaban en la mañana y en la tarde...

DE SU ESTABLO...

Yo sembraba estos terrenos de maíz. Tenía mi establo con 27 vacas, señoras vacas... la gente las veía y las codiciaba de lo chulo que estaban, tenía un toro, lo sacaba a pasear, la gente se espantaba de verlo, yo lo paseaba, una cría que en San Pablo allí por la Bimba había un rancho, le decían, no me acuerdo... y uno de por allá me vendieron crías de allí...

Cuál sería mi sorpresa... tenía yo una chamaca que le ayudaba a mi esposa, estaba delgadita, chaparrita, le daba yo 30 pesos, era muy servicial, creo que sacaba al toro, tenía yo una pila con agua, iba ella y soltaba al toro, le decíamos “el muñeco”, “ándale muñeco, vas a tomar agua, pero yo te voy a llevar”, y el toro

nomás la veía, salía ella adelante y el toro la iba siguiendo, o lo sacaba de la nariz y el toro ni respingaba, salía como un burro.

Un día la vi y le dije: “no, no hagas eso, ese animal te mata un día”. Había una vaca que daba 28 litros, yo la ordeñaba, nadie más, porque un día me la echaban a perder... una vez hice una operación de una porque no la ordeñaron bien... le dije a mi mujer —oye, ¿no quieres ir al cine? —sí, cómo no, me dijo, me encanta. Le gustaba mucho, tomó a sus hijos y ahí va... al cine. Yo ya había comprado todo para operar... que se fuera al cine, mandé traer una brazada de malva... le hice cariños y la operé, y volvió a dar leche... Llegaron del cine muy contentas —ah... que bien, se divertieron mucho con la película, —ay, les digo —y a mí aquí solo me dejaron. —No quisiste ir— mi establo duró del 43, unos siete años...

Les daba elotes a las vacas, hasta levantaban el hocico para comérselos y no tirarlos...

TESTIMONIO DE LA SEÑORA FELIZA MORALES VIUDA DE CHÁVEZ

*Cuando salimos de aquí, y regreso a Azcapotzalco,
creo que siento que me regresa el alma al cuerpo*
Sra. Feliza Morales.

—¿Qué te van a hacer abuela?
—¿Qué están haciendo?, ¡ah!, están
contando cuentos”.

(bisnieto de la señora Feliza)

“Yo soy del D.F, pero los parientes de mi papá vivían por acá, en Azcapotzalco D.F., unos en la Cosmopolita, nosotros nos venimos a esta colonia Unidad Cuitláhuac hace 47 años, 1952”.

Pero viví en el pueblo de Jiquilpan, mi suegro trabajó para una imprenta del general Cárdenas. Sólo que siempre oía por las noches a un borracho que gritaba cuando pasaba la calle: aquí está Rosas pa’ todos los claveles del pueblo... y me atemorizaba, mi marido llegaba tarde, estaba sola... así que le dije que nos fuéramos porque no fuera a meterse una noche ese fulano en mi casa... es que lo tengo grabado, muy grabado su grito.

LA ALBERCA ENCANTADA, DESTROZADA...

Bueno, pero yo ayer le decía al señor delegado Moctezuma, que aquí donde está la iglesia era un pueblo donde estaban zanjitas con rositas de castilla, como en el Tlalpan de aquellos tiempos, y aquí era un pueblo, pueblo. Pero le comentaba al delegado, como dije, que en otro tiempo el gobierno cometió un error porque aquí había una alberca que le decían “La alberca encantada”, y esa alberca la construyeron los indios, no crea que era una

alberca, sólo era un espacio muy grande de tezontle y piedra, ahí venían las personas y se bañaban.

Este caminito de la unidad que le lleva a la salida, era un caminito angosto con zanjas. Y en la alberca había algo que no debían haber quitado, ese es el error que cometieron, le digo, era una placa escrita en el idioma de los antiguos mexicanos, nadie le entendía, pero tenía fecha en números romanos, la loza estaba grabada. Pero cuando se hizo la unidad... dinamitaron la alberca, la desbarataron con una pala mecánica, pero fíjese que se le rompían los dientes a la pala, no podían. Entonces yo vivía enfrente, en Norte 41, cuando estaban aquí iniciando a fincar. Rascaron demasiado porque los cimientos estaban muy hondos, pero si usted supiera cuántos ídolos encontraron, los sacaban, nadie les hizo caso, se apedreaban con ellos. Yo digo que esas cosas no se hacen, son un error... desbarataron la alberca. Nosotros nos fuimos a pelear... se nos cuartearon las casas. Nos decían que nos iban a pagar y nunca nos pagaron nada...

LA LEYENDA DE LA ALBERCA Y DE LOS MUCHACHOS APARECIDOS

En la alberca se oía por la noche y todos los días, desde las ocho de la noche ya se empezaba a oír, le digo que no había nada, nada, todo esto eran llanos, se oía que estaban lavando, que lloraban, que se quejaban, pero uno ni se asomaba, daba harto miedo...

Casi de diario se oía... es que dicen que en la mentada “alberca encantada” se ahogaron muchos muchachos que iban y se metían, se los jalaba el agua... años, años de oír lo mismo. Mire, tiraban ahí a la basura, y qué cree que la triste alberca jamás se llenó...

También me acuerdo que cuando estaba joven en la tele pasaban un programa: “Tradiciones y leyendas”. Y pasaron una casa como castillito que estaba en Clavería.

Mire... tengo un hermano que ya está viejo, tiene como 67 años, y él tenía una novia que era artista del teatro Margo, el Blanquita, y la muchacha le daba pases para la variedad y ahí va mi hermano... dice que una vez tomó el camión y se vino caminando por el caminito éste, donde atravesaban los caballos. Iba pasando y vio a dos muchachos, se abrieron de lado para que pasara. Pero pensó “éstos me vayan a dar un golpe”. Dice que dio unos pasos y luego volteó y no había nadie...

Le digo que en esta colonia llevo 47 años, en la unidad Cuitláhuac y en Azpeitia. Esta colonia era una hacienda, el dueño se llamaba Azpeitia, y él vendió.

Mi mamá y la gente que le compró, desde lo que ahora es Elorduy. Le platicaba yo a mi hija que hay una cuchilla... que donó el dueño para hacer juegos, y un señor que era militar llenó de jacales y se quedó con ella. Pasaron muchos años, pero se le cayeron y se desapareció.

Mire, todo esto eran milpas, sembraban maíz y rastrojo para los caballos de la montada de Azcapotzalco, no había patrullas, entonces sembraban también alfalfa. Y aquí donde están las coladeras, hicieron una fosa grande, y cuando recogían el maíz ahí lo enterraban.

Casi no había nada, nos íbamos a misa de siete y nos íbamos a las seis y media porque no había camiones y teníamos que caminar... en la iglesia de Azcapotzalco, ya ve que está muy grande el atrio, afuera estaba el mercado, y mi mamá tenía una tía que tenía un puesto de fruta, veníamos a verla y en las mañanas se ponía bonito, haga de cuenta que estaba en un pueblo. Salía usted y era tan bonito porque veía los carretes de camote con leche y miel, pancita, de todo le vendían.

HABÍA UNA VEZ...

Una vez hacía mucho frío... tenía a mis hijos chiquitos, iba también mi hermana, le dije vente, vamos a tomar un tecito, hace mucho frío. Y que me van dando un tecito... me dicen con, y entendí si con azúcar, pero sabía muy amargo, quién sabe que le pusieron... era tan bonito aquí... tuve dos hijos.

Antes de que hubiera la unidad había establos por aquí, y del establo de granjas se traían a pastar a las vacas al terreno que está en el ISSSTE, y dicen que el chamaco que traía las vacas se espantó porque vio un costal y se arrimó a mirar... era una mujer que le habían cortado la cabeza. Vino la Cruz, y se metieron a las fosas porque creyeron que había más, pero el que la mató vivía cerca. Le cortó las manos y pies y dicen que la cabeza la puso a hervir para que no se le echara a perder. Quién sabe cómo lo encontraron. Me contó una tía que cuando salía del cine no podía pasar por ahí, había mucha gente. Al asesino lo descubrieron... fue muy sonado el caso.

LAS FIESTAS...

Las fiestas del patrono de la iglesia se hacían con la participación de danzantes, le digo que era pueblo, eran muy bonitas, aquí no porque esta iglesia de San Juan Evangelista estaba abandonada. Cuando nos venimos para acá, porque yo viví muchos años en Azpeitia, y luego mi esposo compró aquí, y nos venimos, entonces una amiguita, bueno eran tres, ellas le ayudaron mucho al padre para que construyera la iglesia, pobrecito cuando llegó esto era un jacalón, hace unos 30 años... Había un joven que era muy alborotado para las fiestas, organizaba todo y Rita siempre era la reina de la primavera, bueno ya se casó y se fue.

LA VIDA DE ANTES...

Se andaba muy a gusto, no se cuidaba de nadie y nada, nosotros llegamos a su pobre casa, no teníamos barda, se quedaba todo afuera, nadie robaba nada. Bueno yo trabajaba en la cerillera "La Central", está en Consulado. Trabajé 20 años allí. Era secretaria del sindicato. Me transportaba en la línea más vieja Santa María Mixcalco, porque no había transporte casi. En aquel entonces había de segunda y de primera. El de primera eran unos chatos que cobraban 20 centavos, y los de segunda cobraban cinco centavos, casi no me acuerdo, ya tantos años. Y los Santa María llegaban hasta Electricistas y los de segunda llegaban aquí a Toronjil, donde había un corralón.

Me gusta mucho Azcapotzalco, y fíjese que yo ya no me iría a ningún lado. Vamos a alguna fiesta y qué cree que cuando llegamos aquí siento que me entra el alma al cuerpo... toda una vida que pasó uno aquí... porque 47 años ya cuentan... con toda la gente me llevo bien, si hubiera visto cuando murió mi esposo, cuánta gente nos acompañó, muchísima.

Ahora está mejor Azcapotzalco porque antes no había ni donde sentarse, ni un jardincito, pero nos da miedo porque no se sabe si te asaltan o se suben los piojos. Me gustaría recuperar esa paz como de pueblo de verdad...

"Y todavía estoy aquí en mi Azcapotzalco querido..."

TESTIMONIO DEL SEÑOR SALVADOR FRANCISCO CORTÉS NICOLÁS

Cartero de Azcapotzalco.

*...una carta de su puño y letra es mejor,
así dirán, sí me escribió, mira es su letra.*

Nací en 1942, en Oaxaca, Chalcatongo. Trabajé en 1966 como eventual en Ceylán, Pantaco, luego me dieron la base aquí en la oficina de correos de Avenida Azcapotzalco 548, luego nos cambiamos a la calle de Castilla.

Y a partir del 19 de marzo de 1967 a la fecha trabajo en la Administración número 16 de Azcapotzalco.

Bueno cuando llegué a la Administración de Correos número 16, lo primero que hacemos los nuevos carteros, pues damos vacaciones a los compañeros, les cubrimos su ruta. Estuve dos años dando vacaciones. Y la primera vez me tocó ruta en Santa María Malinalco. Antes no había pavimentación, en tiempo de lluvia era un lodazal, sin alumbrado público. Era difícil entrar. Teníamos que poner unas piedrecitas para pasar y dejar la correspondencia en el número indicado. Luego anduve por Santa Catarina.

Nuestro horario ha sido desde las ocho de la mañana. Sólo que en aquel entonces como había mucha correspondencia, yo llegaba a las siete de la mañana, y salía a medio día a repartir, y regresaba a las seis de la tarde, es que en aquel entonces era mucho trabajo para un cartero.

Fíjese, me acuerdo que el primer día que me presenté a trabajar, me dijo el jefe de piso donde estaban los distribuidores de impresos, me dijo —pones 30 sacos—, que eran valijas de lona muy grandes, con revistas, me dijo, —vas a poner 30, en éstas 20—. Yo, al ver por primera vez las valijas llenas de co-

rrespondencia, pensé que no iba a poder... cómo iba a terminar de poner la tarea a todos.

Así que al otro día me levanté muy temprano y a las cinco llegué o seis a la oficina, así que a las ocho cuando llegaron los compañeros distribuidores cada quien tenía su tarea, y el jefe de piso, me dijo —oye, ¿a qué hora llegaste?... —Pues llegué a las seis. —No compañero tu horario es a las ocho de la mañana—. Bueno, vi que los sacos eran grandes, pensé que no iba a poder, pero ahora qué voy a hacer contigo, me dijo. —Todos deben terminar igual de ocho a dos—. Bueno me llevó a ver al jefe, el señor Mayes.

Le dijo, este jovencito ya puso la tarea a todos los distribuidores, nos llegó un muchacho trabajador, qué hacemos con él. Llegaste a las seis, bueno, pues ahora te irás a tu casa. ¿Pero por qué?, le pregunté, —pues porque ya acabaste tu tarea, y una persona cumplida que cumple, se va, pero mañana, a las ocho vienes.

Pero hice caso omiso y llegué a las seis otra vez, así estuve un mes, y me dijeron que ya había hecho mérito suficiente y te vas a un circuito de primera clase, son unos sacos chiquitos, no te vas a cansar, saldrás a las dos de la tarde y vas a tener otras oportunidades. Yo cumplía, hasta que llegó mi base y luego mi jubilación.

Así fue hasta que me dieron un rumbo en la nueva Santa María, ahí es más fácil porque las calles están pavimentadas y las numeraciones corridas. A veces en los callejones estaban las numeraciones repetidas y se nos hacía un poco difícil repartir con más rapidez.

Sí, me acuerdo de la Hacienda del Rosario, recorría desde Tezozómoc hasta Calzada de Las Armas y Parque Vía, bueno no era como está ahora, era una calle se podría decir, tenía baches y no había circulación, difícilmente transitaban los carros que iban a Tlalnepantla o Atizapán de Zaragoza o Nicolás Romero. No, yo no dejaba correspondencia en la hacienda, pero sí se repartía de la Administración 16 a la hacienda, me imagino que les llegaba correspondencia de España o la tesorería...

Anteriormente llegaba mucha correspondencia de Estados Unidos y donde repartía me decían “oiga, estoy esperando una correspondencia de E.U., allá tengo a mi hijo, fíjese que no me

ha llegado” y era lo más esperado, la correspondencia de E.U., pero siempre un cartero cumplía con su deber.

Cuando llega la correspondencia a la oficina, se sella y ahí el cartero puede decir: —mire, recién llegó hoyo ayer—. Así todo tiene una fecha de salida y otra de recibido y el cartero en su casillero, donde le colocan lo que va a repartir, se aprende de memoria todas las calles y sus números y van echando en cada casillero de cada cartero lo que le toca.

Cada uno pasamos a nuestro casillero y recogemos la correspondencia para regresar a su lugar, a su pichonera, y hacemos rumbo, separamos las calles, según la numeración. Por ejemplo, donde yo repartía, la calle de Guanábana, yo empezaba por la numeración pequeña, hacia lo grande, y así sucesivamente, depende el rumbo.

Usted sabrá que todos los que somos mexicanos, somos amables. Fíjese que la gente de Azcapotzalco o la del D.F., es la misma gente, dicen: mi cartero, qué bueno que llegó, qué me trae por ahí, ¿gusta una frutita?... le digo que son muy tratables, según el comportamiento de uno. Durante todos los años que serví al pueblo de Azcapotzalco me trataron muy bien.

El día del cartero me decían —mi cartero venga...— estaba yo frente a las calles y con un silbatazo ya salían todas las muchachas que trabajaban en las casas... me decían: —pase, le habla la señora, lo están esperando para su día, le van a dar su gratificación—, o las señoras me decían —no se vaya que le tengo su regalito.

Los carteros nunca sabemos qué noticias se traen. Sólo el usuario sabe que es buena o mala noticia. El cartero sólo hacía llegar la carta a su mano. El cartero dice —será buena o mala, pero aquí está su correspondencia. Mire, le llegó esta correspondencia, su recibo del teléfono—.

Cada compañero busca su forma de trabajar con el público. Dicen que cada cabeza es un mundo, cada quien tiene su forma de ser, de actuar y trabajar.

Cuando yo entré en 1966 hasta 1975, el sueldo nos alcanzaba, pero a estas fechas ya no. Duré 30 años de servicio, porque decía: ya pronto cumpla los 30 y aquí aunque fuera poco es seguro. Por eso duré no 30, sino 33 años y medio, como le decía trabajé un año de eventual.

Durante 29 años en la ruta 29 de la Nueva Santa María, siempre cumplí con mi trabajo, nunca tuve un reporte. No cambió la Santa María, sólo sus calles, lo que ahora es Eulalia Guzmán y Eje dos, era una ciudad perdida, hasta avenida Tlatilco.

Bueno, antes a todos les llegaba mucha correspondencia. Por ejemplo, le platico de la ciudad perdida, las personas que vivían sobre la calle Plan de San Luis donde yo repartía, en la navidad recibían ocho o 10 tarjetas diariamente. Y ahora verá en las calles de la Nueva Santa María, recibían de 10 a 15 tarjetas, la gente enviaba la carta navideña a principios de diciembre, todavía hasta enero llegaban.

Sí, algún usuario fallece, pues ya no se le deja correspondencia, ni los hijos, nadie puede hacer uso de la correspondencia personal. Por ejemplo, si le llega una correspondencia a su esposo, aunque sea su esposo no la puede abrir, sólo él, si la abre y le enseña —mira me llegó esta noticia... sólo si se la muestra, usted no se puede enterar primero que él.

Fíjese que trabajé tantos años en este oficio, pero nunca le mandé una carta a mi mamá ni a mis hermanos, sólo que cuando iba alguna hermana al pueblo le mandaba alguna razón así verbalmente: le dices a mi mamá esto o le llevas este dinerito y que si me puede mandar una carta ella. Una carta es una correspondencia privada de cada persona, porque allí dice lo que siente cada quien. Una carta de amor, de tipo secreto... esa es la correspondencia llamada carta.

Una carta escrita con su puño y letra, es mejor, dirán: “Sí me escribiste, son tus letras, me dice esto lo otro”. Usted en su carta especifica que si está bien, que si está mal, que si le pagan tanto o le pasó una cosa, que le manda tanto de dinero para que compres tu ropa, tus zapatos, comida. Así son las cartas.

En ocasiones, algún usuario que nos tiene mucha confianza porque nos conoce hace 10 o 15 años o 30, y se cambia de lugar, le dice al cartero —cartero, ¿me podrías llevar por una ocasión o dos, mi correspondencia en este otro lado? —Y no le queda otra al cartero que decirle —Si no es tan lejos, allá iré. Porque está prohibido salir de la ruta pero como fue buena persona el usuario, pues le dice sí allá voy, mientras el usuario va a la oficina de correos a hacer su cambio de domicilio.

Sí, Azcapotzalco se ha compuesto mucho. Porque había lagunitas en cada calle. Ahora está bien, con sus árboles, alumbrado, parques y mercados. Sí disminuyó el trabajo, porque ahora hay más medios de comunicación, pero los carteros seguimos con mucho trabajo. Los carteros somos sufridos, porque salimos a las lluvias. Damos un buen servicio, antes una correspondencia que tardaba 15 días llega en tres.

Los servidores públicos de Azcapotzalco pensamos que Azcapotzalco es como un hogar, aquí hemos trabajado, vemos a nuestra gente. A mí el trabajo me dio una casita, crecieron mis hijos. Para mí Azcapotzalco ha sido un hogar.

Mire en la Nueva Santa María cuando había fiesta, uy no se diga, si no me ven ahí, al día siguiente me dicen —le guardamos un taquito, nos trajeron el guajolote de San Luis Potosí, pase, atiende a mi cartero—, le decía el señor a la señora. En ocasiones, me decían —pase, deje por ahí su bicicleta, pase a comer, coma usted, y luego se me va porque tiene que cumplir con su trabajo—. Son buenos, todos somos buenos. Aunque como dice el dicho siempre hay un pinto.

Le decía que los carteros somos muy sufridos, porque cuando empiezan las campañas políticas envían mucha propaganda. Nos mojamos, nos agotamos del sol, el aire en febrero, el frío en diciembre, siempre estamos atendiendo al público, en lo bueno y lo malo, y nuestro gobierno no se acuerda... muchos compañeros se han ido, han muerto por servir al pueblo, y en la calle, los perros nos siguen quién sabe por qué a los carteros nos persiguen...

Pero ahora que estuvo con nosotros el delegado de Azcapotzalco don Pablo, estuvo con nosotros, y con los vecinos que me acompañaron, y las autoridades del Servicio Postal Mexicano. En esta ocasión que fue el 14 de julio, estuvimos muy contentos, a los carteros se nos abrió una puerta muy grande por estar con las autoridades de Azcapotzalco. Bueno yo les agradezco a todas esas personas que estuvieron conmigo en mi despedida, a mis compañeros del sindicato, al público usuario, a mi administradora Patricia.

TESTIMONIO DE LA MAESTRA ESTELA OGAZÓN

Que en Azcapotzalco sigamos siendo la gente sencilla, que no se nos quite lo indio por Dios, que no se nos quite...

Las fechas se me olvidan, pero había revueltas en México aún, entonces mis padres decidieron venir a vivir a Azcapotzalco; mis padres, Pedro Ogazón y Rosario Sánchez llegaron a la Hacienda Paredes, vivimos en el rancho del señor Paredes. Ahí nací yo, aunque fuimos siete hermanas y un hombre. Tengo 74 años viviendo en Azcapotzalco, nací en 1925.

En el rancho teníamos nanas, mi nana se llamaba Chucha, era de Dolores, Hidalgo, la cocinera era doña Benigna, Pancho hacía la limpieza, mi tía Carmen dirigía la cocina, porque mi mamá también era “cachetona”, aunque después ya entró más a la cocina...

Sí, mi nana contaba historias de brujas, me decía que aquí en el rancho donde nacimos, vivían las brujas, que veían bolas de fuego... mi nana vino de Hidalgo y vino con su marido a poner aquí una alfarería, mi padre les tenía la alfarería en el rancho y ellos se encargaban de hacer todo, unos macetones enormes, hacían objetos artísticos, eso recuerdo, bueno yo salí del rancho a los seis años, tengo pocos recuerdos y mi nana se me fue para Dolores, casi me muero de la tristeza.

Nosotros también nos fuimos del rancho y nos cambiamos a una casa ubicada en avenida Centenario. Seguimos estudiando y las siete hermanas fuimos maestras.

Pero primero mis padres vivieron en las calles de Coachilco, luego nosotras nacimos en el Rancho Paredes. Mi padre fue regidor de Azcapotzalco, y mi madre con siete niños qué iba a hacer, veníamos desde el rancho a estudiar al centro de Azca-

potzalco, así pasamos la niñez. Azcapotzalco era una parte semidesierta con pocas calles sin colonias, tenía barrios, muchos, 60 eran.

La municipalidad en el mes de octubre organizaba ferias, bailes populares; un juego era el mecate, de un lado bailaban los catrines y del otro los pelados, pero siempre juntos.

Cuando estudié había en Azcapotzalco dos escuelas, la Alcaraz y la Rosas Moreno de hombres. Entonces luego, algunas monjas le pidieron a mi papá que nos llevaran a su escuelita; al Cristóbal Colón. Luego nos fuimos a la Nacional de Maestros, cumplí 50 años en el magisterio y 30 años trabajé aquí en Azcapotzalco, mi primera oficina en la Rosario Castellanos.

De niña lo que más me gustaba era jugar en los alfalfares, las montañas de las boñigas, ir a los campos de los girasoles... maravillas, cortábamos verdolaga, nos robábamos los elotes.

Aquí existieron el rancho Rosario, el Paredes, Azpeitia, estos son los que yo conocí y me acuerdo. Bueno y sólo nos permitían ir a estudiar o de paseo con mis hermanas, cortábamos flores, recogíamos tejocotes. Mis hermanas me llevaban a alguna fiesta de la Hacienda de El Rosario, o cuando invitaban a mi papá, nos vestíamos como niñas con moños, a los 15 años, a veces de largo, otras abajo de la rodilla.

El ambiente era muy decente. Azcapotzalco era un pueblo muy decente, porque todavía es un pueblo. Aunque con la gente nueva que llegó cambió un poco. Teníamos nuestro azul de guardia. Aquí hay una maravilla de gente.

Sí, escuché historias de la laguna, la llorona que andaba por Centenario, pero sólo las oí.

Bueno por aquí, donde vivían los Ferrer, cuando recién me casé, nos rentaron su segundo piso. Después a esta segunda cerrada de Elorduy llegué hace 30 años.

Y los objetos que nos rodean vinieron con nosotros y otros llegaron, objetos coloniales, arte, máscaras como piezas bellas, nos rodeamos de cosas bellas. Así continuamos comprando máscaras, santos, botellas...

Yo traje algunos objetos de mi casa, porque mi padre era una persona que tenía un gusto exquisito, y mi esposo también trajo lo suyo porque sus padres también eran coleccionistas. Así que todo lo que nos tocó de la casa paterna, aquí está. Mi madre

decía que para qué quería tanta cochinada, pero nosotros nos avocamos a incrementarla.

Una familia muy entrañable, los Gómez, eran dueños de toda esta parte, quedan los nietos o bisnietos. Otras familias reconocidas como herederos indígenas, los Arce, curandero, él vive ahora en el cortijo de San Mateo. Gente muy antigua también, Don Salvador Izunza, miembro de la Academia de Historia, escribió alguna biografía sobre Benito Juárez, él vino muy jovencito, vivía aquí en esta privada. Los Elorduy y, bueno, tanta gente más...

¡Ah! Azcapotzalco, que no se civilice, que no haya trasculturación, que no se modernice, que sigamos siendo pueblo. Que sigamos plantando y criando animales, ¡que no se nos quite lo indio!, por Dios, ¡que no se nos quite lo indio!, que sigamos siendo la gente sencilla de Azcapotzalco, que siempre hemos sido.

“Me gustaría ver otra vez el trencito, aquel trencito que me llevaba al centro. Que el jardín Hidalgo tuviera su banda, lleno de gente los domingos...”.

TESTIMONIO DE LA SEÑORA CARITINA PÉREZ VIUDA DE VILCHIS

De Santa María Malinalco, donde da vuelta el agua...

Cuando era chico había aquí un criadero de gansos, mi tío tenía unos 50. Recuerdo que tenía yo unos nueve años y a las cinco de la tarde la gente llegaba a mi casa a mirar aterrizar a los gansos, era un espectáculo natural... todas las tardes, ya los esperábamos...

(hijo de la señora Vilchis).

Mis padres son de aquí, de Santa María, yo nací en 1915. Mi padre Nazario Pérez, mi mamá Joaquina Pérez. Acá sólo eran terrenos, el rancho Azpeitia, casas sólo había en la calle de Santa María, todo eran tierras de sembradío, hortalizas. Todos los predios se dividían por unas zanjas, y por esas vereditas se podía entrar y salir.

Por aquí había un manantial y día y noche corría el agua. Allí estaban los lavaderos, uno sacaba el agua de manantial y lavábamos. También había chinampas, y señores que hacían comales, por eso a los de Santa María les dicen los “comaleros”, ellos sacaban la tierra, la sacaban de aquí, rascaban esta tierra porque el comal se hace con arcilla. Eran de lodo y plumilla, la flor del tule, con ésta el barro amaciza, y al horno, luego estos señores los llevaban a vender a los mercados en unos burritos.

Pero así como aquí eran los comaleros, en San Juan Tlihuaca, vivían personas que eran de la tribu de los tepanecas y allí estaban sus brujos, en San Juan estaba la casa de Maxtla o Tezozómoc, allí vivía su mamá, dicen que la iglesia de San Juan está edificada en donde estaba la casa de este rey tepaneca.

Todas las tribus antes tenían sus brujos, y pues allí estaban los suyos.

LA FIESTA, EL CINE Y EL TRANVÍA...

Las fiestas aquí eran más bonitas, había kioscos con comida, confeti, los que traían más confeti, eran los de los Rocha, los Sandoval, cada barrio tenía a sus ricos. La fiesta de Azcapotzalco era en octubre, todo el mes había fiesta los domingos. Había jaripeos, muchas de las familias ricas predominan en la charrería, los Rocha por ejemplo, son una familia muy grande.

Bueno, de nuestras diversiones favoritas fue ir al cine Angela Peralta, que estaba en la rinconada del jardín Hidalgo, era chico, era el cine mudo. También había circos. Aquí había tranvías, salían del atrio e iban al centro y de regreso entraban por la avenida Azcapotzalco, pasaban por Tacuba.

LO QUE SE DECÍA...

Por aquí hubo casas entonces, en donde se cuenta que han encontrado dinero y un comalero vecino, decía su esposa, que por las noches él se levantaba, se vestía y se iba. Él le platicaba a su esposa que lo llevaban hasta la remolacha, por el metro, allí llegaba, pero se desmayaba y no sabía qué pasaba, pero él decía que un padre venía por él con sus acólitos, que le decían debía sacar lo que estaba allí enterrado, pero no alcanzaba a llegar.

Y por la calle de San Sebastián y 22 de febrero, eran un solo terreno, había zanjas por donde corría agua limpia y se contaba que allí se aparecía la Malinche. Y al señor de un rancho le invitó a lavarse la cara y ella lo lavó, le tomó el “teso”, por eso la calle se llama Tesonapan. Mis padres contaban que en esa zanja había pecesitos que tenían una especie de barbas, y que esto se debía a que la Malinche le había lavado allí la cara a un encargado del rancho de Calentenco. En mexicano, “teso” es barbilla, y la calle es Tesonapan.

EL OJO DE AGUA...

También en lo que fue el rancho de Azpeitia, había un ojo de agua, peces, vegetación. La gente se bañaba ahí, dice la gente que en tiempo de invierno había calabazas, elotes, legumbres

que no se daban en tiempo de invierno, allí se daban, pero que la gente no podía cortarlas, esa era su creencia, es una leyenda, porque la gente que las cortaba se encantaba.

El ojo de agua luego tuvo un estanque, me acuerdo, también una escalera que bajaba, entonces la gente hasta allí bajaba, pero decían que la gente se ahogaba. El lugar se llamó la Malinche. Ya no existe.

LAS COSTUMBRES QUE YA NO HAY...

A mí me gustaría que continuaran las mayordomías, quienes cuidaban las iglesias, pero ahora sólo los curas solos se encargan de todo, aquí en Santa María hace dos años ya no hay mayordomos. Ellos antes se encargaban de las fiestas, como la del 15 de agosto, se hacía una portada para la iglesia, pero ahora los padres no quieren esto.

Cuando era niña me gustaba ir a la doctrina en la parroquia de Azcapotzalco porque había títeres. También las niñas de esta época jugábamos en aquel ojo de agua, nos gustaba bañarnos allí, desde la mañana, desde las cuatro estábamos allí, el agua del manantial estaba caliente. A esa hora estábamos allí y cuando regresábamos mi mamá ya había hecho una olla de atole, una noche antes a los muchachos nos ponían a moler el pinole y mi mamá preparaba la masa, hacía tamales para cuando regresábamos del baño. Los hacía en su cocina de humo porque en ese tiempo casi no se quemaba carbón.

EL NÁHUATL EN AZCAPOTZALCO

Mi madre sí lo hablaba. Yo no entendía, sólo algunas palabras. Ella lo hablaba con sus amigas cuando se reunían. O cuando íbamos a Los Reyes a la cosecha, y algunas personas también conversaban en náhuatl. Pues... como nosotros somos de aquí queremos tanto a Azcapotzalco, siempre queremos lo mejor para este lugar.

DE SANTA MARÍA MALINALCO

Sí, aquí se dice que es Malinalco porque era el lugar donde hacía curva el agua, eso quiere decir Malinalco, donde hace curva el agua porque cuando Tezozómoc, que era el rey, le dejaban los

tributos, llegaban en canoas. Azcapotzalco no tiene muchas pirámides porque su gente era guerrera, más guerrera que obrera, no estaban pegados a un trabajo. Había tantos guerreros. Por eso era tan rico este lugar y dominaron Tacuba, La Villa, Tlaxcala, Puebla, a los aztecas, a Chalco... todos les traían tributo.

TESTIMONIO DE LA SEÑORA AMALIA AGUILAR NAVA

*A mí me faltó escuela, letras, pero me sobra
valor para defender a mis compañeros,
así nos muéramos juntos...*

Nací el 10 de Julio de 1918, en Atlixco, Puebla. Y ya tengo aquí 43 años... No lo va a creer, pero una noche, cuando estuve de lucha con los estudiantes, tuve que caer aquí donde estaba la iglesia, era la prisión, me quedé una noche...

Los comerciantes me trajeron cobijas. Pero unos delegados de aquí me sacaron porque yo de caprichuda dije al delegado: —señor mándeme a la penitenciaría. No me tenga aquí, quiero ver ahí quiénes tienen justicia y quiénes por un bolillo están presos porque yo me presenté por tener la cara limpia y estoy en lucha... yo sólo quería ver a mis muchachos—. Me dejaron libre por falta de méritos. Así he tenido muchas luchas. Usted se podría estar un día entero y no acabamos de contar...

A Azcapotzalco llegué en el 43. Desde entonces estoy aquí. Aquí nacieron todos mis muchachos, y han estado en las escuelas de gobierno. Llegué a vivir en la Prohogar, calle 15, y en el jardín donde ahora está la escuela, era nuestro mercado. Con el presidente López Mateos nos amplió el mercado, mi hija tenía 40 días de nacida, pues la dejé por ir a la valla y recibir a mi presidente. Cuando llegué no sabía qué era el comercio, pero por la necesidad me dediqué al comercio. Comencé con atole y tamales en la calle, luego no me gustó la cargada de las ollas, un día vaya a hacer una quemazón y comencé a vender legumbres o fruta.

Me encontré luego con el inaugurador del mercado, Jesús, me dijo: “vente muchacha, tú estás muy joven, muy arreglada, no eres comerciante”. “Señor administrador, no soy, pero la necesidad... ¿quién me va a mantener?”, y nos dio un puesto en el

mercado y a mi esposo otro empleo de velador y ahí murió hace dos años.

Teníamos los servicios de la Merced para el mercado Prohogar, nos dejaba la carga en Vallejo, allí era un terregal y unos carros que nos cobraban tres centavos por pasaje y cinco centavos por cada caja, y así bajábamos con los diablitos hasta el mercado. Sufrimos mucho, todo estaba junto, ahora estamos en la gloria. Pero falta una disciplina...

Desde que entré al mercado, desde que estuvo el primer secretario y los demás, pues me nombraron su secretaria de acción femenil porque yo nunca los dejé sin defender... no nos dejábamos, decía vamos a la justicia, a la razón. A mí me faltó escuela, letras, pero me sobra valor para defender a mis compañeros, así nos muéramos juntos...

Así nos levantamos, pero se nos vinieron los ambulantes... nosotros los comerciantes hemos sido disciplinados, pero nos han colmado la paciencia por eso ha habido zafarranchos, pero al mercado no le ha gustado eso...

Vaya la autoridad que vaya, sea del PRD, PRI, PAN, los tratamos bien, si nos gusta vamos a su partido, si no nos gusta no vamos, y el ambulante si... yo no soy líder, es que me tienen confianza porque nunca los he explotado. Y las autoridades deben dar facilidades, Cárdenas me iba a cumplir y no lo he podido ver...

EL GENERAL, ERA GORDITO Y MUY ALEGRE...

Cuando fue a mi tierra, era gordito y muy alegre, se bajó en los Molinos, allí por la entrada a Atlixco, Puebla, estaba entonces la división de la CROM y la CTM, corría sangre, unos arriba otros abajo, yo estaba todavía en la escuela, tenía unos 12 años, nos llevaron a esperar... se quitó el sombrero y bajó andando. Hizo la unificación de los obreros, todos gritábamos "¡Viva Lázaro Cárdenas!", sonaban las campanas, se abrieron los templos que mandó cerrar Calles, una alegría con ese señor. Quise volver a verlo y cuando tuve mis años vine a México sólo por conocerlo.

Después cuando volví, me encontré que Cárdenas estaba con Lombardo. Yo lo conocí, era muy alto y simpático, cuando falleció se veló en Bellas Artes. Últimamente cuando sacaron sus restos para dejarlos con los hombres ilustres, yo fui también. Dios me

ha dado licencia de conocerlo, estoy retratada con el general, su esposa, don Lombardo, el de la CTM, todos ahí sentaditos, pero mi hijo me guarda la foto para que no la pierda...

LA VIRGEN DEL MERCADO... Y AZCAPOTZALCO

Tuve un lío con mi virgen, me la querían quitar de su sitio ahí en el mercado... pero me ayudaron las autoridades. Les dije, no quiero que me hagan el altar, yo lo hago. Y estoy agradecida.

Para mí Azcapotzalco es como si fuera mi propia tierra, porque aquí he acabado mi vida, aquí he perdido mis personas, mis seres más queridos, mis hijos están aquí, agradezco a Azcapotzalco, quiero mucho mi colonia, no pienso salir nunca de aquí hasta que me toque la salida. A mi edad estoy trabajando, a mí me gusta trabajar.

DE AZCAPOTZALCO A LA XEW...

Mire, antes a mí me gustaba por la noche ir a la XEW, y cuando ya no había carros para regresar, nos veníamos caminando hasta la Prohogar. Iba porque a veces le tocaba al difunto que tan bonito cantaba, cómo se llamaba... ay bueno, cantaban charros... nos íbamos en los camiones que iban a la Merced... ay que bonitos programas, estaba la "Gatita Blanca", Lola Beltrán, así veíamos a todos los artistas...

LAS FIESTAS

En agosto festejamos la fiesta de nuestro mercado, hacíamos mañanitas, barbacoa, teníamos música de viento, baile y nunca pasaban desgracias, era bonito. Mi amigo y compañero de lucha Enrique Pantoja, él vive de los obreros libres del sol, él sabe todas esas historias de fiestas y hacendados, somos compañeros muy buenos.

LA MUJER: ACCIÓN FEMENIL

A mí Azcapotzalco me ha dado muchas satisfacciones. Son muchos mis compañeros de lucha, unos viven, otros ya se fueron... como el señor Socorro Núñez, era secretario de la gente de legumbre, Octaviano Ramos.

Mis compañeras me veían como su amiga, yo las ayudaba... Yo desde niña anduve en actividad, en la escuela.

Señorita le digo un consejo, algunas personas lo verán mal, otras bien, pero la mujer, a mi modo cada quien tiene el suyo, la mujer desde que tiene uso de razón debe uno convivir con hombres y mujeres. Y dos cosas la deben ayudar: siempre ser fiel a su compañero, para que no haya que a usted le desconfía fulano, que le desconfía mengano, porque es muy triste cuando la mujer, cualquiera, una mujer inteligente, trabajadora, cualquier persona la humilla, yo tengo mi edad y ando como me ve, pero no hay quien me humille porque con eso sí me ponen a brincar, siento horrible. Que siempre sea la mujer una persona honorable, querida por todos.

Mi esposo Máximo Jiménez Sánchez, nunca me dijo nada, —ándale, ve, te buscan, me decía, todos lo querían, tenía mucha clientela. Fue un hombre como quizá ya no habrá uno, yo fui su única mujer y cariño, y hasta ahorita no lo he podido olvidar... mire como me he puesto.

Actualmente tengo la misma función, no me dejan ir del mercado, soy todavía la secretaria. Somos tres, un hombre, otra mujer; Chabela, es mi segunda, me cuida, es oaxaqueña, yo tengo muy buenos angelitos... fíjese mi hijo ya mero nacía en el mercado, y es buen comerciante, iba a la escuela, y venía a vender. Cuántos sacrificios pasa el comerciante para educar a sus hijos y darles carrera, es duro, mal pasadas. Por eso ve usted que pocos hijos de los comerciantes son sinvergüenzas o borrachos.

El comercio es un trabajo duro y sufrido. A veces da para comer, a veces no. Yo ahora soy pensionista, mi marido me arregló bien todo. El buen comerciante debe saber trabajar. Amar su trabajo, como si fuera nuestra vida. Mi esposo murió en la ley...

Pues sí, mire, esto es entonces un “Recuerdo de las personas, cuando llegamos aquí”. Cómo estaba aquí, y cómo empecé no le digo yo a usted que ahí donde están estas oficinas, ahí era la cárcel, la prisión... todos estábamos ahí. Cuando echaron las luces de bengala que dijo Díaz Ordaz a Echeverría, hay mucha gente, atacamos. Y le digo si mi madre está ahí atácala para que

no sea revoltosa. Y ahí nos vienen las balas... todo rodeado de granaderos, no teníamos salida, yo estaba en medio, pobres muchachos no tenían armas, mi hija de ver tanto muerto ya no estuvo bien desde entonces. Y todavía en la tele se presentan diciendo que nos ayudaron, ¿quién nos ayudó? No es cierto. Los que nos ayudaron fueron esta señora Ibarra...

TESTIMONIO DEL SEÑOR ÁLVARO PABLO SALDAÑA

EL COBRE EN AZCAPOTZALCO

Cronista de Azcapotzalco.

La importancia de las eras geológicas en Azcapotzalco ha sido uno de los temas que más ha procurado el maestro Álvaro Pablo Saldaña, hecho que podemos comprobar en las numerosas charlas que don Álvaro nos brinda generosamente al mostrarnos las fotografías de sus mamuts. Y Azcapotzalco es el sitio de sus aventuras arqueológicas.

“El cobre en Azcapotzalco: tuve la fortuna de trabajar en la elaboración del primer cable submarino que se hizo en México y se hizo en Azcapotzalco, un cable submarino para la cuenca del río Grijalva”.

“Azcapotzalco, señores, paraíso de la prehistoria, con enormes paquidermos, lo fundaron chichimecas y los aztecas le dieron dos siglos de esplendor. Azcapotzalco, señores, zona industrial y de enterramiento de los aztecas”.

Yo considero que nací en “una rivera de la zanja Camarones...”, el 19 de febrero de 1934. A la fecha tengo 65 años. Pero a los 11 meses tuve la desgracia de estar enfermo. Ya para entonces vivíamos en la calle de Alhelí 34, luego nos pasamos a Tlatilco 41, mi padre compró una hipoteca.

Y todo el trabajo que quise hacer por Azcapotzalco, administraciones pasadas bloqueaban mi colaboración. Cuando mostré mis inquietudes, pedí que se rescatara la “alberca encantada”. Pero como le dije yo nací en una rivera de la zanja Camarones, hice mi niñez, fui muy enfermizo, pero mis padres me atendie-

ron a tiempo. Y de los ocho años en adelante yo ya conocía la “alberca encantada”, que es nada más ni nada menos que la “fuente de Xancopinca”...

AHÍ EN LA FUENTE... XANCOPINCA

En la fuente de Xancopinca una vez nos citaron a varios vecinos, para decir si sabíamos algo de ella. La alberca se encuentra en el estacionamiento poniente de la Unidad Cuitláhuac... yo iba ahí por instrucciones del maestro de la primaria, sacaba sanguijuelas para llevarlas a que se estudiaran. Este es un animal hematófago hemorragias.

Una vez hice un verso en forma de crítica a un delegado, le dije:

“Fuentes y más fuentes,
para refrescar los cuerpos y para refrescar las mentes,
fuentes donde el agua para arriba brinca,
y quiero preguntarle, señor delegado,
¿dónde quedó la de Xancopinca?”.

También le hice unos versos a México:
“México, cuánta tristeza me das,
pues pareces limosnero,
muriéndote de hambre y escondiendo el dinero,
en el extranjero todos te ven como un relicario,
todos te prestan porque estás millonario”.

Llegué a tercero de secundaria, pero ya no quise seguir estudiando para no causar más gastos a mi padre, que en aquel tiempo era bodeguero de una empresa. Luego entré a trabajar en una empresa; “Catalana Textil”, ahí sobresalí, se me encomendó comprar las herramientas de la empresa, pero a los tres años se declara en huelga. Después entré a trabajar a la empresa más grande de Latinoamérica en el tratamiento del cobre. Por eso le pido que esta entrevista se llame: “El cobre en Azcapotzalco”. Ya que tuve la fortuna de que el primer cable que se formó en México se hizo en Azcapotzalco, fue un cable submarino para la cuenca del río Grijalva. A mí me tocó hacer el acabado del cable.

Así fue transcurriendo mi vida... cuando aparece en la calle de Camino Real de San Martín y Puente de Guerra, aparece un esqueleto, uno de mis sobrinos, Román González, me platicó del esqueleto. Pero me dijo: no creas que es un esqueleto común y corriente, era de 2.40 de estatura. Y así tendré que seguir la plática por cuestión de que toda la cultura de Azcapotzalco está comprendida en todo lo que hicieron los aztecas. Yo estoy nombrando a la cultura azteca, la cultura importante, porque le dieron esplendor a Azcapotzalco durante dos siglos. Así corre mi currículum... soy maestro empírico en culturas de México.

Pero ahora me hago una pregunta ¿si Azcapotzalco tuvo su Pleistoceno, lógico es que por esto sean de América?... y el mamut, se han encontrado alrededor de 50 mamuts en la cordillera del Valle de México. Un cementerio de mamuts se encontró en la línea verde del metro. Y en Azcapotzalco seis, y otro en la línea siete. Esto me tiene ocupado y sorprendido, ya que se quedó enterrado un mamut frente a la casa 6 de esta calle donde ahora vivo, San Marcos. Y en la gasolinera que está en la esquina ahora, también se encontraron esqueletos humanos. Y todos los materiales que se han encontrado están relacionados con chichimecas o teotihuacanos, sobre todo de San Miguel Amantla.

Pero mire, en realidad, después, Azcapotzalco era una Villa. Yo escribí un corrido a Azcapotzalco. Y tiene una segunda parte:

“Azcapotzalco señores, lo fundaron chichimecas
con sus arcos y sus flechas,
y los aztecas le dieron dos siglos de esplendor”.

Mis corridos hablan de esta época hasta la actual. Todo Azcapotzalco era un conjunto de haciendas. Y Fray Sebastián de Aparicio encabezó a todos los hacendados, ya que él fue uno de los primeros dueños de la Hacienda El Rosario, también de la Hacienda de Enmedio y “La Patera”. Con el tiempo él descubre la carreta, para Azcapotzalco, ya que aquí estaba la zanja de Camarones que era fácil de transportar en sus riveras. A mí me gustaría ver otra vez las haciendas, porque yo soy hijo legítimo de personas que pasaron su vida en ranchos.

Otro hecho arquitectónico que muestra detalles de la historia es la parroquia de Felipe y Santiago apóstoles, se hizo en aquella época un túnel desde la parroquia a la capilla del Rosario, a la iglesia de San Simón, retraté su entrada. Ahí podría estar un museo. También pude oír en Tlatilco a un grupo de danzantes que al parecer hablaban en triqui u otomí. Aquí teníamos a los calabaceros de San Martín, a los comaleros de Santa María, los nixtamaleros de San Marcos, los olvidados que son los de San Sebastián. Pero recuerdo que en barrios también se hablaba náhuatl.

También tengo muy cargado en mi memoria los eventos de las fiestas patrias. Un señor Leví tenía cañones miniatura y en las fiestas echaba 21 cañonazos. Ahora en el centro de atención vecinal “Pagés” se hizo un judas de seis metros de altura...

Fíjese, me gustaba mucho antes irme al río del Consulado a hacer resbaladilla. A mi hermano no le gustaba ir, iba yo solo. No sé qué sería más divertido si la resbaladilla o irme a subir a una piedra grandota que había que les dicen pollitos... había una pulquería “La Reguladora”, iba yo ahí a mirar cuando se venía el río copeteado de agua y las ratas salían corriendo, las agarraban mi hermano y sus amigos y las enjaulaban...

Ya de joven cuidé solo el negocio de mi hermano Cirilo. Él nos ayudó a todos los hermanos. A él le tocó hacer las coladeras o registros de avenida Cuitláhuac que están en la Nueva Santa María, ahí le llevábamos de comer. En el camino una vez encontramos una culebra de un metro en la zanja y la matamos.

También le quiero hablar del panteón de San Bernabé: era un cementerio que tenía criptas fabulosas, todo el mármol en aquel tiempo era de Carrara, como Porfirio Díaz les dio a los franceses, italianos, todo el terreno del pasillo histórico de Azcapotzalco, los europeos aprovecharon y ahí está desde principios de siglo el panteón, como le digo con unas criptas de mármol de Carrara.

Pero otro tema es el tranvía, llega como en 1905, yo le decía que era el de las ruedas cuadradas, porque al avanzar iba traqueteando constantemente y parecía que iba rodando sobre ruedas cuadradas. Eso fue cuando salían los tranvías de lo que ahora es la casa de la cultura, de ahí salían a trabajar todo el día. Pero en 1910, con la energía eléctrica, el tranvía de mulitas

se va a Tlalnepantla y el eléctrico trabajaba de Azcapotzalco al Zócalo. Era muy bonito ver los pretilos de la Calzada de los Gallos, ahí había una pulquería que así se llamaba, “Los Gallos” porque tenía en su fachada un palenque de gallos pintado. Y me gustaba mucho verlo, incluso acompañaba a mis hermanos aquí a la orilla de ferrocarriles, con una señora que le decían de mal nombre la “Leona”, allí se ponían a jugar rayuela, me gustaba mucho ver este juego de rayuela, apostaban un chivo, tornillo, o una catrina... es un envase de madera para tomar pulque.

Bueno y después de trabajar en la “Nacional de Conductores Eléctricos”, pues me dediqué al negocio de la confección y lavado de cortinas, allí por qué no decirlo, me acabé a mi señora, porque ella fue la que batalló con todo.

De mis amigos... sí, un gran amigo al que estimé mucho, Rubén Álvarez, una persona que aunque era representante vecinal, nos orientó con respecto a San Martín. Tuve muchos vecinos que fueron una gran ayuda para mí, por consejos o historias.

LEYENDAS, LA MUJER QUE LE GANABA EL BAÑO...

De Azcapotzalco tenemos una cantidad fabulosa de leyendas... un joven me comentaba que donde estaba la zona de enterramientos, ahí donde se encontraron los restos óseos indígenas, bueno, pues, cuando salía al baño entre dos y tres de la mañana, salía, y al tallarse los ojos veía una señora frente a él y ella iba caminando, y se metía al baño, y mejor él se regresaba a su cuarto; se levantaba, iba otra vez al baño, ya que había estado ahí salía... pero eso pasaba cada tercer día o cada mes. La señora se le aparecía y le ganaba el baño, siempre le ganaba el baño. Este muchacho se llamaba Ernesto. Así fue la vida de ese muchacho, nunca le vio los pies a la señora...

Otra cosa, el día que tuvieron que desviar el drenaje de la calle de Morelos, ese día al entrar la draga a escarbar el drenaje, estaba yo presente en la excavación, cuando salió el esqueleto de un azteca, salió exactamente del lugar donde estaba el baño, de ahí salió el esqueleto.

Bueno, pues yo le diría a Azcapotzalco, lo que he escrito en mi copa pulquera: “Azcapotzalco, señores, paraíso de la prehistoria, con enormes paquidermos, lo fundaron chichimecas y los

aztecas le dieron dos siglos de esplendor. Azcapotzalco señores, zona industrial y de enterramiento de los aztecas”.

DEL ARCHIVO SALDAÑA: “HUESOS EMPERADOR” Y “METIÓ LA PATA”

Le voy a mostrar unas imágenes que gracias a mi hijo Pablo, pude ver en este formato. Este es un mamut emperador, mire, siete de éstos hubo aquí en Azcapotzalco. Le digo que el otro está enterrado en el número 7 de esta calle, pero ya no lo quisieron sacar que porque ya tenían muchos huesos ahí en antropología...

La segunda exposición tenemos el mismo mamut... pero va de regreso, no sabemos si se está saliendo de Azcapotzalco o está de regreso, no sabemos... (risas). Pero lo guardo para poder enseñarlo a los niños de las escuelas o los que se junten para que sepan lo que fue un mamut. Luego les enseñé el lugar exacto de su encuentro en Azcapotzalco.

Aquí estamos yo y el colmillo del mamut emperador que midió 2.50 de largo por 15 pulgadas de diámetro. Esto salió en la calle de Aquiles Serdán y Puente de Guerra, pero este fue el mamut más grande. Aquí la pata trasera derecha e izquierda del mismo mamut, un colmillo en su cama protectora, costillas, vértebras, molar.

Aquí está una reproducción hemerográfica de la fuente de Xancopinca, ya se ha muerto mucha gente porque había un momento en que los que nadaban y se aventaban desde algún árbol y ya en el agua, había un momento en que le faltaba agua al río subterráneo que la surtía y se llevaba la de la alberca, al llevársela se producía un remolino y en ese remolino, al que estaba nadando lo estrellaba en una de las orillas, en unas peñas de 10 metros cúbicos, estrellados se quedaban muertos...

Aquí está otra imagen de material encontrado, son unas caritas sonrientes, son del preclásico, ésta es una tortuguita ofrenda a Tláloc. Estas figuras se encontraron en la alberca de Xancopinca. Por eso estoy con la tentación de buscar en el lugar de la alberca para ver qué piezas encontramos. Este es un “malacate”, lo tengo en custodia, es una canilla para enredar hilo. Esto lo sacaron de la zona de enterramientos. Y esta placa es de la excavación que se hizo para encontrar restos de mamut en el metro Tezozómoc.

Aquí está otro esqueleto que se encontró en la zona de “enterramientos” de San Marcos —frente al metro Azcapotzalco— le tengo una gran admiración, es un guerrero águila, tenía una ofrenda muy numerosa, incluso yo la presento como el trabajo del cobre en Azcapotzalco, cuánto tiempo hace que se trabaja el cobre en Azcapotzalco, ya que la ofrenda tenía agujas de cobre, barras, caracoles y piezas de cobre como placas, una lanzadera, espátula para atacar trama... posición fetal para pagar tributo a nuestra madre tierra. Este es un báculo de mando del caballero águila.

Este es el gigante de San Martín, apareció en 1967, en las calles de Camino Real de San Martín y 16 de septiembre. Medía dos metros cuarenta. Este hombre pudo comer de la carne del mamut que estaba a 600 metros en la estación Tezozómoc, y murió... mi sobrino y el tlalpalero, don Juan Venegas, midieron el esqueleto.

Les puse nombre a varias fotografías: “un platillo succulento”, “metida de pata” y “una mirada al siglo xx”; es una calavera, apareció en el cuadro de estudio, sólo asoma el cráneo, está ladeado, como si echara una mirada al siglo xx tan sólo.

Esta es “metida de pata”, porque de este enterramiento una cosa increíble fue que este fémur apareció dentro de la olla... Por eso le nombré “metida de pata”. En esta zona se encontró la de “párvulos”, aproximadamente 40 niños... aquí se ven. Éste es parte de mi archivo sobre Azcapotzalco.

Pero ya ni le conté cómo era la escuela primaria donde estudié... mire, yo entré a la escuela César Augusto Sandino, que está en la calle Crisantemo, bueno, estaba ahí, junto a las vías del tren. Así que para llegar rápido me subía a los furgones del tren y cuando llegaba me dejaba caer y rodaba en la tierra, y luego del segundo año me pasaron a Tlatilco, a la escuela que se llama José Vasconcelos, antes en aquel tiempo se llamaba la escuela del “Ranchito”, ¿por qué es así?, pues era el casco de la hacienda del Rancho de Tlatilco, allí hice los años escolares más importantes. Se adaptaron las caballerizas y los pesebres para hacer salones de clase...

TESTIMONIO DE LA SEÑORA SARA PEDRAZA CABALLERO

Muy elegante y con un bolso de mano, bajó la escalera con la ayuda de uno de sus hijos que amablemente nos acompañó. La señora Caballero nos enseñó que los recuerdos se miran ante ella... como en un sueño... Nos hacía cariños en el brazo, y miraba a esta entrevistadora como si realmente nos hubiéramos conocido en otro sitio, como me decía, y suponíamos entonces que ahora sólo fuera el reencuentro... después nos llevó a correr con las palabras por el jardín, a donde llevaba a sus 11 hijos, después nos dijo —mírame, mírame— mientras corría a pasitos fuertes y con sus preciosos zapatitos de tacón...

Llegamos en 1932, no teníamos casita, la mandé construir. Llegamos al número 15 de Clavería, allí vivía mi madre, veníamos del puerto de Tampico. Todavía existen esos departamentos. Mis hijos y yo vendíamos comida, unas galletas, y llamábamos la atención de los vecinos.

Según mi madre, yo nací en 1912. Azcapotzalco me recibió, cómo no lo voy a querer, es hermoso, hermoso... comenzando por su catedral, nunca la han abandonado. Sí, me acuerdo también de las haciendas, me acuerdo como en un sueño... en aquella época los del ejército siempre querían apoderarse de las haciendas, claro los campesinos se defendían. La preciosa era la Hacienda El Rosario, nunca he ido, sólo por paseo, vaya y verá.

¿Usted cree que iba a tener tiempo de tener amigos con tantos hijos?, lo que tenía yo eran mis primas que todavía existen, y tienen sus puestos en el mercado de Azcapotzalco; las Rodríguez, con ellas me orienté.

¿Conoce usted México? ¿Y Azcapotzalco?... Se me hace que yo la he visto a usted en otro lado... ¿Dónde la he visto?... Amigas, la señora Catita, la señora Martínez, pero ya se fueron... no

están, ya no están, las extraño. A veces nos juntábamos para contarnos lo que vivíamos.

Le tomé miedo al tranvía porque resulta que asaltaban, me acuerdo que a veces hasta iban solos... iba poca gente, pero cuando nos íbamos en este tranvía desde aquí, nos dejaban en la alameda, en el Zócalo, qué bonito, era bonito.

Siempre me gustó ir al cine, soy cinera, íbamos al cine Roble, ¿todavía existe?, íbamos al cine Tacuba, al Mitla, al Popotla, al cinema Clavería.

Me gustaba ir a la plaza, porque allí me enteraba más o menos de la situación, de cómo estábamos e íbamos viviendo. Le recomiedo que vaya a ver a mis primas las Rodríguez, ellas le cuentan, le cuentan, le cuentan primorosamente.

Llevaba a mis hijos al desfile, porque en Azcapotzalco había desfiles, y a mis hijos les tocaba a veces ser los abanderados, los acompañaba. Yo creo que usted no ha escuchado lo que le vaya decir, ¿usted cree que haya matrimonios que tengan 11 hijos y que todos sean profesionistas?... ¿Sabe por qué fue así? Porque mi esposo era muy hermoso, nunca me faltó nada. Yo mensualmente hacía tamales o buñuelos, pero sobre todo ¿sabe cuándo? Cuando había año nuevo o 16 de septiembre porque no me gustaba que mis hijos anduvieran por ahí, aquí yo les hacía todo y aquí había todo. Aquí en Azcapotzalco iba a comprar la harina para hacer los tamales, me la hacían especial.

Todos mis hijos eran hormiguitas, ayudaban todos, cooperaban conmigo. En los desfiles de la escuela Nuevo León yo iba porque allí estudiaban mis hijos, yo estaba al pendiente de ellos y siempre sobresalían.

Mis hijos al casarse se fueron, pero ninguno, ninguno se fue robándose a alguna mujer, ni ellas se fueron porque las enamoraron, todas salieron casadas y bien, las cuatro mujeres salieron de blanco. Aquí, se hilaba derecho... pero ¿sabe?, lo importante fue que su padre era un buen ejemplo.

Cuando salgo ahora, mi hijo me lleva a desayunar o a comer, también voy al mercado, mi fiel mercado allí está, no se ha ido, allí también voy ahora. Pero se imagina, de lo que usted ha vivido, conoce una familia que tenga 11 profesionistas. Muchas no hay, no hay. Mis hijos fueron graduados todos de la escuela de maestros y, ¿se imagina?, algunos fueron el primer lugar de la Normal, el primer lugar de la Normal...

Bueno, a esta casa llegamos en 1927, yo me informé de esta casa y un día mi esposo me dijo: —hija te voy a dar 50 mil pesos—, pero yo pensé, me voy a salir a buscar una casa, no de renta, y en aquel entonces me acuerdo que esta casa la vendían en 16 mil pesos. El señor Valtierra me la vendió, me acuerdo como en un sueño que yo en aquel entonces... a mis hijos los llevaba a jugar al jardín, pero la condición era que fueran a la doctrina, los llevaba al bosque de la China y al jardín de San Álvaro. Todos mis hijos hicieron la primaria en la escuela Nuevo León, luego se fueron a la secundaria 15, y otros a la secundaria 16. Me acuerdo de todo como un sueño, andar al cuidado de todos. Cuando me faltó mi esposo todavía me quedaban dos hijos chicos y salieron adelante.

LO QUE CONTABAN...

Contaban que por la hacienda salía un jinete sin cabeza, pero ¿sabe cómo me quité el miedo? Pues estando allí, entonces la gente decía que se les aparecía algo en la carretera, pero a mí nada, nunca se me apreció eso. Pero había “espanto”, ¿verdad hijita?, había espanto, en las mismas vecindades, pero con tanto niño a mí qué me iban a espantar.

Y ya no hacen fiesta en la iglesia, ya no, ¿por qué, por qué hijita, por qué?... Me acuerdo que había un sacerdote que me avisaba para llevar a los niños a la doctrina, el padre Cantú.

Bueno, de mis padres recuerdo a mi madre que era un poco más campesina que la madre de mi esposo, ella era aristócrata y aún así nos acompañaba a paseos. Esa abuelita era de la aristocracia, era “Godínez Romo”, descendiente de español, su padre era español y su madre campesina, pero era Godínez Romo, pero a mí me dio gusto saber eso, porque cuando mi novio me llevó a conocerla había oído decir que ella era española de aquella época, y yo a los 15 años... mi novio entonces me dijo, nunca lo olvidé; —tengo que llevarte con mi madre que es tan delicada—, ¿se imagina? eran de los primeros españoles que habían llegado a México, entonces en aquella época eran parientes de un secretario de Educación Pública, y estaban en las nubes, ¿se imagina?, bueno, entonces me lleva mi novio a presentar, porque se iba a casar conmigo y tenía que conocerme su madre... pero le diré que mi familia era del Real del Oro, de los que andaban en

las minas, eran capitanes mineros, contratista era mi abuelito pero se acabó la mina La Esperanza, era la principal de aquel entonces, en 1918, en el Real del Oro, Estado de México. Mi abuelito fue uno de los principales contratistas de La Esperanza y la Dos Estrellas, tendría unos cinco o seis años. Vivía en una casona con mis abuelitos. Ellos tenían huertas, capulines, milpas, tenían todo, su casona tenía un gran balcón me acuerdo, éramos del Real del Oro, sí así es del Real del Oro, sí señor.

Bueno cuando llegué por primera vez a ver a la abuelita, tenía 15 años y cuando mi novio me presenta, me mira a lo lejos y abre los brazos diciendo —¡ay, pero si es güerita!, ¡es güerita!... —ya me recibe de brazos abiertos, y recibirme porque “es güerita”, mire, esto se me quedó aquí, aquí, en el corazón; me dieron ganas de llorar, le juro que lloré, y me dije: ¡Ay! si he sido morena no me recibe, sólo porque era descendiente de españoles ella la abuelita Godínez Romo...

LA RECITACIÓN: UN POEMA EN VIVO...

A pesar de los problemas que teníamos... me gustaba ir al puerto, pues de allí habíamos salido, todos mis hijos son nortños... y en una de esas idas a Tampico le dije a mi esposo: dame una hojita. Me dieron ganas de sentarme a escribir, —préstame tu pluma, te voy a escribir un recuerdito... sí, ándale —me dijo...

—Te voy a hacer un poema a ver qué te parece, Dios mío, han pasado tantos años... entonces me dediqué a hacerle un poema en la playa... tenía yo mi casa allá, cerca de la playa... te voy a escribir, le dije, pero primero vamos a dar una vuelta, allá por donde pasa el río. Me senté, aquí te voy a escribir, a ver si sé hacerte un poema:

“Enrique: tus raíces quieres arrancar,
con ellas quieres ir a vivir.
A vivir al mar...
Ellas, las olas,
Sueñas que las olas te lleguen a curar
las heridas que te hizo el temporal.
Y al ver lo imposible que es...
llevar tus raíces, a vivir a la orilla del Mar,
te sientas a llorar

y a llorar
a llorar
porque fue imposible llevar tus raíces a la orilla,
a la orilla del Mar.
Enrique, mi esposo.
Se quedaron tus raíces en México,
a impartir la cultura que asimilaste en tu niñez y juventud.
Y pasarán los años, muchos años,
y esa cultura se impartirá nacionalmente, más allá.
Y vendrá el año 2000 y se impartirá...”.

Esto lo escribí en 1959, por eso lo dije así porque sabía que lo que él nos enseñó y dio a mis hijos se quedaría hasta este tiempo...

LOS HERMANOS CABALLERO

SEÑOR GUILLERMO CABALLERO

(Once, los once)

“Acuérdate de que Clavería eran llanos, acuérdate mamá cuando nos íbamos a pasear a Puente de Vigas y que nosotros hacíamos paseo dominical contigo y con la abuelita, todo el familión lo tomábamos como paseo dominical por los llanos de Clavería...”.

Mamá, cuéntanos cuando nos llevabas a la escuela Nuevo León, como si fuera escuelita, en hilera... La mayor parte de los vecinos siempre la elogiaban porque veían al trenecito de muchachos para ir a la escuela, yo creo que siempre nos cuidó tanto como todas las madres, pero lo curioso de esto, era que fuimos tantos hermanos, a los que ella como madre nos dedicaba todo su tiempo, desde que amanecía hasta que anocheía, a cada uno de nosotros...

Los 11 hermanos somos maestros, fue lo que en aquel entonces era la carrera más viable o accesible, mi padre fue don Enrique Caballero Romo. Llegamos aquí en la década del 43 y mi padre fue agente del servicio secreto. Mi padre fue honrado en su institución.

Cuando nosotros llegamos aquí en los años 40, ya tenía alrededor de 10 años, San Álvaro, fue de las primeras colonias de Azcapotzalco. Posteriormente, en los 60, formó parte de la delegación y San Álvaro estaba en línea con la delegación Hidalgo. A la llegada de nosotros en la calle Atenas terminaba San Álvaro y se iniciaba una serie de casas que se vislumbraban, pero eran llanos. Estaban lo que mis hermanos recuerdan con anécdotas,

estaba el jardín de los vagos, el de la China. Que para nosotros representaba mucha distancia, lo usábamos de paseo dominical, y al llegar allí era una osadía. En los años 40 se vislumbraba lo que sería y es Clavería...

Nuestros conocimientos a la época actual, se refieren al entorno en donde nos desarrollamos en lo escolar y familiar, las escuelas, las haciendas... La Hacienda de la Floresta por ejemplo, de los Clavería, que era el marqués de Clavería de origen español, fue muy famosa como La Preciosa, por allí estaban los establos, la de El Rosario, pero las más famosas para nosotros, como una imagen que tuvimos en nuestro desarrollo de infancia y adolescencia, eran las haciendas de Clavería, de Floresta, incluso lo que nos representaba un gran atractivo era la iglesia de Tacuba que tiene una gran historia.

Pero creo que el mejor recuerdo que se puede usted llevar para esta historial oral, es que el poema escrito por mi madre es una premonición, un poema futurista, que vislumbró lo que ocurriría con nosotros, con mis hermanos y con nuestros hijos.

SEÑORA ADA CABALLERO

“Bueno, todos hicimos nuestros estudios alrededor de Azcapotzalco, empezando por la primaria, todos estuvimos en la escuela Nuevo León, y en esa época, las escuelas tenían una gran tradición...”.

Los maestros estaban en el momento grande de la escolaridad mexicana, incluso se cantaba la Internacional Socialista, entonces la competencia en las escuelas era mayor, pero la Nuevo León siempre se distinguió porque sus alumnos eran sobresalientes.

Claro, el nombre de mis hermanos lleva peculiaridad, y aunque mi madre dice que todos llevan doble nombre, el primero de mis hermanos no lo lleva porque se supone que iba a ser el único hijo, se suponía...

Mi madre se había espantado porque vio el nacimiento de una sobrina, y dijo que sólo tendría un hijo, pero se espantó tanto que tuvo 11...

Somos los Caballero:

Augusto
Guillermo Fernando
Sagrario Alma
Sergio Donald
Ada Sara
Rogelio Carlos
Virgilio Dante
Homero Ovidio
Gisela Guadalupe
Aulio Horacio
Santa Enrique

Pero Clavería ha sido nuestro lugar, todas las hermanas nos casamos en las iglesias de Azcapotzalco.

SEÑORA GISELA CABALLERO

“Yo soy azcapolqueña, y un recuerdo bellissimo es de la infancia que pasé en el bosque de la China, tenía un bosque con árboles inmensos, llegábamos a otro mundo, aquí no había casas. El indio Pantaléon era el que cuidaba al bosque, al indio Pantaléon le gustaban mucho los niños, nos cuidaba y nos inventaba juegos”.

También andábamos por el “bosque de los vagos”. Allí pasaban los desfiles de la zona de Azcapotzalco, los maestros de educación física se esmeraban tanto, al ritmo de música de épocas o de marchas que no pasaban de moda, el ensayo lo hacíamos en las calles de Texcoco, el maestro Salvador Lecona era tan entusiasta.

Salíamos del parque de los vagos y luego íbamos por toda la avenida Azcapotzalco, y los padres y vecinos nos hacían valla a lo largo del camino, y a lo largo de éste había jueces, así que no podías desmayarte porque te iban calificando, y se premiaba en el parque de La Rosita. Eran lugares tan bellos. Los hermanos más chicos andábamos en patines por esos parques...

SEÑOR AULIO CABALLERO

Me gustaban tanto los patines de fierro, eran estos patines que heredábamos de generación en generación... porque habían sido de mis hermanos. Nos gustaba tanto la calle de Londres, tenía un pavimento sin baches, porque como no podíamos irnos tan lejos, éramos muy vigilados por la situación de mis padres, llegábamos entonces sólo hasta el bosque de la China, y para nosotros llegar hasta el bosque de la China, era nuestra gran osadía, era un gran paseo, era otro ambiente. En la calle de atrás vivía el señor Angulo que alquilaba bicicletas, y las alquilábamos también a don Edmundo.

Yo creo que el licenciado Moctezuma, puesto que es historiador, sabrá la historia que contaré, pero le diré que cuando éramos niños, yo tuve un gran maestro que nos narraba, porque la historia en aquel tiempo se tomaba como una narración, como algo vivo que se hace cotidianamente, bien, pues nos narraban que la maldición de Tezozómoc, cuentan que resultó cierta por el atraso a que nos remitimos, al desarrollo, porque se dice del pleito que hubo entre Maxtla y su hermano, y al morir Tezozómoc, los hermanos quisieron repartirse el terreno del rey, aquí el atraso fue real, se cumplió la maldición, aquí no se tiene la tradición, es decir lo que por ejemplo tiene Coyoacán... aquí estuvo la maldición... cumplida por quererse repartir el reino tepaneca, además los tepanecas eran enemigos de los aztecas, éstos tuvieron que darles tierras. Pero Azcapotzalco, a pesar de todo, tuvo tardes inolvidables... por ejemplo esa tabla dirigida por el maestro Lecona...

TESTIMONIO DEL SEÑOR CRECENCIO LEÓN VELÁZQUEZ

De oficio jardinero

—¿Dónde quiere que lo entreviste, señor León?

—En la “luz”, en la luz, ¿qué le parece?...

Y nos sentamos en un jardín a pleno rayo de sol.

Nací en San Miguel Amantla un 19 de abril de 1927. Mi padre nació aquí y mi madre en Tepozotlán. Y San Miguel Amantla en esos tiempos era un pueblo pequeño en habitantes, contaron mis familiares, mis tíos que este pueblo tiene su historia, porque los primeros pobladores llegaron aquí, cuando se habitaba el valle de México. Por ejemplo, la escuela que estaba donde hoy está la iglesia, allí se inscribieron datos como esta fecha: 1890, donde habían estudiado mis abuelos.

Bueno, entonces diré también que en mi adolescencia conocí las enseñanzas de la iglesia, con tanto respeto, incluso aprendí que no había que tocar nada, la Biblia se denominaba, la santa, “la santa Biblia”, el cáliz no había que tocarlo con las manos, en aquellos tiempos era de oro. Había antes mucho respeto para la iglesia. El sacerdote convivía con el pueblo para llevar una ordenanza mejor.

Yo viví siempre en la calle de Aldama, nada más he vivido ahí los años que tengo de vida. Na’más, mi abuelo y mi padre vivieron allí, ahora yo y mis hijos. Somos tres hermanos. Es este uno de los lugares en donde todavía nos quedó un pedacito de bosque, árboles. Mi padre fue jardinero, nosotros producíamos plantas de ornato, plantas que llegaron a ser los típicos regalos, regalos para, por ejemplo, el general Obregón. Sí, se habla de una época en que Clavería estuvo habitada por generales.

Entonces había un señor que nos encargaba las plantas porque siempre visitaba a su compadre Obregón, don Alvaro Obregón, entonces, pues nuestras plantas fueron el regalo que existía en aquellos tiempos, no había pasteles de regalo, sino plantas.

Yo ocupé el lugar de mi padre, conservé el invernadero y la producción de truenos. Luego, en la colonia Roma obtuve otro empleo, una suerte, trabajé con la viuda de Madero. Le hacía las coronas que hacía mi papá con plantas coloridas. Tres años hice las coronas cuando Madero estaba en el Panteón Francés, antes de que lo pasaran al monumento.

Allí también conocí a un patrón que me empleó en la tercer rosticería que existió en México, primero fue Los Pinos, luego Pollos Río y la tercera Las Palmas, allá por 1943. La viuda de Madero, bueno, era muy finita, el cuerpo de usted con edad, pelo largo y botas. Era como un “comino”, caminaba rapidito, con sus botas, doña Sara Pérez de Madero, yo era su jardinero de Zacatecas 88, colonia Roma.

Con el trabajo en la rosticería dejé la iglesia, ya no fui voluntario, claro cooperaba con mis cuotas, construimos el centro social de barrio, por lo menos ahí está un tabique que es mío.

Pasaron años y nos reunimos todos aquellos que fuimos niños de la misma primaria, no había más que la “Vicente Alcaráz”. Nos reuníamos los primeros sábados de junio con el pretexto de festejar a nuestros maestros de 1943-1948, y esas reuniones concluyeron hace tres años, ya que muere el organizador Manuel Hernández. Era todo esto algo maravilloso para mí, nos juntábamos de 80 a 110 personas, algunos llevaban a sus hijos.

Claro, me acuerdo sobre todo de los amigos con los que jugaba a las canicas, íbamos de vagos, íbamos a cortar capulines, al río, a cortar tejocotes, había un pueblo que se dedicaba a sembrar sólo fruta, San Lorenzo Tlaltenango, no sé por qué Azcapotzalco no lo reconoció, este era un pueblo de huertas, corría agua a toda hora, había corrientes frente a una habitación completamente limpia.

Así que mis amigos eran Esteban Rosales, Jesús Martínez, Pablo Palacios, Amador Palacios, teníamos compañeros de Santa Lucía, de Tlaltenango, de Santa Cruz, iban a la escuela de San Miguel, porque tenía fama de ser muy buena. Conocí a los Aguilar, uno fue presidente de tráfico de Estrella Blanca,

todavía nos visitamos. Cuando nos encontramos pues recordamos chistes y aventuras de la escuela. Todo muy diferente a lo que hoy se vive.

Conocimos también a los Rocha, a los Rodríguez, había en Santa María Malinalco una plazuela llamada La Plazuela Rocha. Existía la Hacienda El Rosario, antes Careaga, estaba la de San Isidro, San Antonio, Santa Lucía, Santa Cruz, eran ranchos, uno de don Juan Cauduro, otro rancho Santa Elena y el Oro, el rancho del Cerrito, y saliendo hacia el poniente, y camino a Tacuba, todo se caminaba a pie y atravesábamos el rancho del Cerrito y salíamos junto al rancho de San Isidro, hoy atrás de panteones.

El lugar que más me gustaba era el ahuehuete, era la parte más alta, de niños salíamos a pastear, a mí me compraron una vaquita, y nuestro lugar más divertido porque bueno, en aquella época las sinfonolas se usaban, y en Puente de Vigas había, entonces cantaba Lucha Reyes, Avelina Landín y se oía de repente la música, se oía cuando el viento ayudaba alcanzábamos a oír la música, porque no teníamos radios, los radios en el pueblo eran tres solamente, uno en casa de Chavarría, otro en casa de Salomé Ramírez y en casa del tío José, pero el radio no lo podía tocar nadie. Salíamos entonces a jugar por la tardecita, huesitos de chabacano... fue una infancia tan alegre, ahora no se conoce nada de ese romanticismo, estamos en un momento bélico.

Uno de mis compañeros, a los 12 años se escapó, se fue con unos arrieros, lo que ahora es la calzada de la Naranja, era de arrieros, unos iban y otros llegaban, el tráfico iniciaba a las seis, hasta las siete de la noche: tráfico continuo de comerciantes, leña, carbón, tierra de hoja, vigas, tablas, que vendían. Entonces esos fueron los lugares que más frecuentábamos. También nos íbamos a bañar a las zanjas, el agua era clara.

Y ya mayores, llegábamos a una cascada que estaba en Naucalpan, muy cerca de Tlatilco, se llamaba "la cascada de Atopa", todo el camino era de capulines.

LAS CABEZAS DE LOS ARCÁNGELES...

Platicaban que en una ocasión se dividió el pueblo para cambiar lo siguiente... Cambiarle las facciones a los arcángeles en San

Miguel, se hizo una asamblea y se acordó que sí se cambiaran las caras de los ángeles, a los cuales degollaron. Las imágenes fueron degolladas y, en las fiestas de septiembre, fueron por las que mandaron hacer, pero entonces llegó una enfermedad: el cólera y todas las personas que vivían en esta región de Amantla murieron.

La gente decía que era un castigo. Y la hacienda del Rosario tuvo que prestar carretillas para transportar los cadáveres, tantos, porque no había medios de comunicación.

Entonces yo he sacado la conclusión de que Amantla era la parte de abajo, la iglesia tiene en la fachada una inscripción en náhuatl, significando: “he aquí la bella casa”, coincide con un letrero que existía antes de que destruyeran la escuela para hacer la iglesia, decía: “esta es la casa más querida del pueblo, descúbrete al entrar a ella, cortesía de vecinos de San Juan Teotihuacán”.

Me he preguntado por qué había esos nexos. Ahora en el letrero de la iglesia dice San Miguel Tlalpizac, “tierra noble, alta, buena”. Pero al venir el cólera se fusionaron las dos zonas, eso creo yo, Amantla y San Miguel, incluso yo he llegado a oír, vamos allá, arriba, esto respecto a la iglesia. Esta data de 1600, había un ahuehuete, de allí brotaba agua, y se regaban todos los terrenos, su nombre es en náhuatl, y la parte de abajo, es Amantla, según lo que he leído, “a” significa agua “man” manantiales, “tla” muchos, lugar de muchos manantiales, brotaba agua, incluso el ahuehuete tenía ocho brazos.

UNA CANCIONCITA A SAN MIGUEL...

Cuando yo estuve en la escuela, que fue en 1943, un profesor, Ramón Romero Torres, nos dejó esta canción, él estuvo también en San Martín Xochináhuac, él era de Jalisco, y la canción dice:

“Tengo un Pueblito bonito, donde he plantado el jacal, con margaritas, violetas, claveles y en la entrada se enreda el rosal.

Es mi casa chiquita de adobe y con el sol brilla, el rocío platea en el corral, en las hojas del verde maizal.

Este pueblito es Amantla con su templo colonial, el ahuehete murmura y llora en medio del atrio real, es una joya sin precio que entregó el español, al indio de alma limpia y pura que les dejó el conquistador, son tus huertos hermosos vergeles que sus

dioses regaron ayer con la sangre azteca para gloria de raza de ley.

Este pueblito es Amantla...”.

REFUGIO EN SAN MIGUEL

En aquella época, aquí se dedicaron al arte plumario, y fue habitado por toltecas, y cuando huyeron de San Juan Teotihuacán, en algunos libros de Historia dice que se refugiaban en San Miguel Amantla, los toltecas.

Estos eran los técnicos, allí se crea la raza de los tepanecas; tepaneca es técnico. Azcapotzalco crea después una importante zona industrial. En la época de Tezozómoc, la zona de comercio más importante era aquí en Azcapotzalco.

Era el pueblo mejor comunicado de todo el Valle de México, sus caminos eran: el que ahora llega de Puente de Vigas, venía de Tlalnepantla, el que viene de Tenayuca, de la Villa, la calzada de Camarones se comunicaba con Tlaltelolco, ésta era a Tacuba, y Santa Lucía, llegaba hasta La Naranja para salir a comunicarse con San Esteban, hoy el Molinito y el Toreo, entonces las mejores comunicaciones estaban aquí. Lo que hoy es calzada de La Naranja, antes era el río de los Remedios, y lo que hoy es Calzada de las Armas fue un canal que se hizo después de la conquista, entonces la calzada de La Naranja, que pasa por las orillas de San Miguel, adquiere ese nombre porque el reparto del agua, se repartía en lo que ahora es Tacuba, ahí en el molino repartían agua para las haciendas, en lugar de dar pulgadas de agua, decían el tamaño de una naranja, o dos naranjas para haciendas y ranchos.

Las grandes haciendas eran: una Clavería, la tenencia de la tierra de 1531 que está en la constitución de Azcapotzalco, y dicen que está guardado en una bodega de Pemex el hospital, pero que no lo abren porque se criaron hongos.

En este libro leí cómo se había constituido la tenencia de la tierra. No sé si usted ha oído: hasta dónde te pertenece este lugar, hasta donde alcancen tus ojos...

Entonces cuando repartieron las tierras, el centro de tributos quedó en Tacuba, Tlacopan, la parte que da a Chapultepec Morales, Anzures, hasta ahí le pertenecía obrar tributos, pero

esos terrenos iban a producir sólo trigo para la corona, no podían producir nada más.

Y hasta Ameyalco, la Marquesa, tenían que producir maderas, frutas, canteras, ganado menor y rumbo al norte Chimalpa, Mazatla, Ayucan, Remedios, todas estas partes debían producir determinadas clases de madera, al noroeste estaba Villa del Carbón y al señor de Tacuba le daban tributo hasta Xilotepec.

Y los 27 pueblos y tres barrios que en aquella época pertenecían a Azcapotzalco, cada uno debía producir una cosa, por ejemplo Santiago Ahuizotla, producía cazuelas; Malinalco, comales; San Martín, calabazas; cada pueblo una cosa para que no se contaminaran sus producciones, esa distribución yo la admiro.

San Miguel se quedó con los plumeros, con el arte, para 1900 aún quedaban cuatro o cinco personas dedicadas al arte plumario. Todos los demás cambiaron de oficio, se hicieron jardineros, tanto de Ahuizotla, Xalpa y Amantla.

EL ÚLTIMO ASALTO DEL "TIGRE DE SANTA JULIA"

Tuve conocimiento de que el último asalto, hecho en un ranchito, sobre la calle de Aldama, sí, el último asalto que hiciera el "Tigre de Santa Julia". Lograron herir a alguno de los asaltantes, y por eso atrapan al famoso Tigre. En ese asalto hay dos muertos, uno el del señor Gabriel Arenas, y el señor Guadalupe Pérez.

OTRA HISTORIA DE ÍDOLOS...

En la escuela pues no sabíamos quién compraba los "idolitos", las caritas, había unos edificios nombrados Tepancatitla, lugar de tepalcates, en épocas de escuela llegábamos allí a buscar "caritas", quizá por ahí vi a don Manuel Gamio.

Se dice que los primeros pobladores que llegaron al valle de Anáhuac tenían nombres así; caballero águila, y en el cerrito, donde está Pemex, ahí estaba el palacio del rey, los coyotes, parece que es una zona arqueológica interesante, toda la refinería...

OTRA LEYENDA PARA AZCAPOTZALCO...

Teníamos leyendas de los espantos, a los 10 y 12 años. Nosotros los hicimos, alguien sacaba una sábana y se escondía en los alfalfares, y cuando pasaba alguien pues se levantaba el de la sábana. Hubo uno que sabía que no era espanto, y lo golpeó, así que tuvimos que salir en su auxilio.

Otra anécdota muy bonita, cuando hice las primeras salidas con mi papá. El reparto de agua lo hacía el señor Apolonio y la ronda empezaba en febrero, para la siembra, y oí que le decían a mi papá que tenía que ir al río a las cinco de la mañana porque empezaba la ronda de agua, él trabajaba tres días en casa y otros fuera, así que le pedía me llevara, me dijo está muy lejos, te cansas, no puedes ir.

Pero a la hora de la comida le dije a mi mamá: dile a mi papá que me lleve. El enérgicamente dijo —te dije que no puedes ir porque te vas a cansar, está muy lejos el río.

Había un guarda río, existe todavía la casita sobre la calzada de La Naranja, este señor manejaba la compuerta del agua, entonces me decía mi padre que no me acercara porque ahí sí me llevaba el río. El guarda recogía las hojas secas que caían, había charcos donde el agua brotaba bonito y se me ocurrió agarrar terrones, los aventé, y mi padre me decía que no lo hiciera.

Me dijo entonces, esta agua va a regar las plantas de tu casa, cuando se alimenten y caiga al pozo debe ir filtrada; con esta agua se riegan las lechugas de don Agustín Pino y nosotros las comemos, las zanahorias y las cebollas de don Encarnación Díaz, fíjate que si te he dicho que no lo hagas es porque tienes que aprender a cuidar el agua.

Alguna vez te dije que había que cuidar la tierra, sí, y si no cuidas tú ahora, cuando estés viejo costará mucho conseguir agua, el aire va a estar contaminado y la tierra estará contaminada, así que ahora de niño aprende a cuidar esto, porque cuando estés viejo la gente va a sufrir mucho, pero más que nada tienes que cuidar tu mente porque tu mente se puede contaminar y si se contamina, el pueblo va a andar como loco, van a andar como locos...

Ahora estoy viejo.

LOS FESTEJOS

San Miguel, fue constituido por su escuela, iglesia y panteón, en un área de dos hectáreas, a la fecha está la escuela “Francisco Javier Mina”, la iglesia y el centro social de barrio y el kínder Amantécatl.

Por interés los sábados veníamos a los bautizos con bolo... en 1935, juntábamos 20 centavos, se hacían grandes fiestas religiosas.

En San Miguel se celebraba el 8 de mayo a San Aparicio. En septiembre a San Miguel Arcángel. En mayo, cuando dejaba de llover, los vecinos sacaban a pasear al señor de Nextengo, paseaba, al regresar caían terribles aguaceros, yo vi aguaceros como éstos.

ORGULLO DE LA TIERRA...

Lo primero que siento por Azcapotzalco es agradecimiento y orgullo de haber nacido aquí, siempre que he tenido la oportunidad de decir que Azcapotzalco es primero, pues me siento orgulloso también de mi pueblo.

Por ejemplo, he elaborado unos programas para solucionar los problemas de explotación demográfica, pero no he tenido la oportunidad.

Y yo no he tenido escuela. Me siento de todo Azcapotzalco, aunque me da tristeza no haber podido hacer más cosas. Habría, por ejemplo, que recuperar ciertas tradiciones para hacer al hombre más amable, más humano.

Una vez me dijo un amigo, ¿en cuánto tiempo podríamos contar nuestra historia?... Le dije que necesitaríamos tres años sentados y 10 cajas de vino.

Y éstas son parte de mis vivencias.

TESTIMONIO DE LA SEÑORA TIBURCIA ARCINIEGA Y FAMILIA

La señora Tiburcia es una de las ancianas con edad más avanzada, 100 años, radica en Azcapotzalco, en la colonia Reynosa. Vive con su familia, su hijo y su nuera. Su hijo Luis tomó desde joven una hoz, una pala, trabajaba el campo, y desde que lo hizo se sintió hombre, nos platica. Su madre la señora Tiburcia se levantaba a las cinco de la mañana para moler el maíz y darles tortillas a sus hijos.

“Ella saluda con un ¡buenos días! a quien la visita. Y permanece quietecita ante la plática. También se despide y pregunta ¿le sirvieron aunque sea un vaso con agua?”

Ella nos cuenta que durante la Revolución padeció la persecución de los carrancistas, que ella y otras muchachas se escondían donde podían para que no se las llevaran, cuenta que en ese tiempo era muy joven... imagínese en 1917.

“Tengo un tío que nos cuenta algunas cosas sobre mi madre, por ejemplo hace dos años ella tenía 99 años... entonces no sabemos muy bien, pero quizá sí tenga ya los 100 años”.

Cuando falleció mi hermana, pues le di la noticia y al parecer la oyó, pero aún ahora nos pregunta: ¿y tu hermana, todavía no llega?

SEÑORA TIBURCIA ARCINIEGA
100 AÑOS...

Me siento igual. Me duele el cuerpo, la cabeza. Que cuántos años tengo. Uy, para adivinar, ya estoy vieja, no sé cuántos años tengo, pero uno de mis hijos sabe, tiene los papeles.

En México tengo poquitos años, poquitos...

No me gusta estar aquí, quiero ir a mi casa, allá en Jilotepec, allá en un espacio bien grande, allá tengo mi vitrola, mi vitrola para tocar, tengo hartas cosas, me iré a “rabiarse” a mi casa.

Ahora que me componga un poquito, un poquito me voy. Allá tengo mucha gente, no me dejan. Tengo una ermita sí, la puse en mi cabecera, allí está el señor de Chalma, Chalmita, sí, sí le canto, todavía la sé... dice así: “al santuario dichoso, ya me voy pa’l camposanto, camposanto de mi vida”. Ya me voy a mi casa, ya me voy a “rabiarse”... a rabiarse, a morir.

Ya amaneció, pero veo nublado, está oscuro de nublado... hace frío. Pero sólo que me componga un poco y me voy a rabiarme a mi casa, allá toco mi música, estaré con mi música.

TESTIMONIO DEL SEÑOR LUIS MENDOZA ARCINIEGA

Vecino de la colonia Reynosa, Azcapotzalco.

Padre de 11 hijos nativos de la Reynosa. Es un hombre fuerte, quien con paciencia y afecto cuida de su familia. Y siempre agradece las atenciones cumplidas con el pueblo.

Nos agradece esta labor con los ancianos, con ellos, porque es con ellos con quien habrá que trabajar: “porque nosotros somos el pueblo”.

Yo nací el 25 de agosto de 1927. Mi nombre es Luis Mendoza Arciniega, soy el hijo de la señora Tiburcia. Llegué a la Reynosa en el año 1946. Llegamos a la calle de “Ahuacatitla”, San Marcos. Llegamos mi hermana y un cuñado. No teníamos para comprar un lote aquí, aún no existía la colonia, entonces la poblamos sólo con tres casas, la de nosotros y dos más.

Trabajé en algunas empresas, mi último trabajo fue haciendo fumigaciones industriales. Trabajé desde muy corta edad. Mi padre hacía adobes, pero como nosotros no podíamos desempeñar lo que desempeñaba un peón en el campo, porque el campo es duro, es trabajo, me llevaba mi papá a hacer adobe. En 1940 encontré a un rico de Jilotepec y me dijo, Luisillo tu papá siempre que viene a cobrar, va a la pulquería, mejor dile a tu mamá que venga y no se gaste el dinero. Entonces mi padre se enojó conmigo.

Yo tenía 13 años y mi mamá me daba 15 centavos de domingo, aunque yo en aquel tiempo hacía 100 adobes, y entonces los pagaban el ciento a 82 centavos... entonces ganaba más que un peón en el campo. En ese tiempo me acuerdo que el sueldo en el

campo era de 30 centavos. Pero en ese tiempo se pagaba con centavos, no en pesos como ahora.

Seguimos trabajando, cuando se prestaba pues trabajábamos en el adobe, o en el campo. Pero en 1940 yo ya me sentía hombre, hombre para la pala, para la hoz. Porque había tareas de trigo, de zanja, harto trabajo en el campo.

Fíjese que tengo muchos recuerdos de la colonia, porque nosotros vinimos a organizar el futbol. Jugué futbol en ese tiempo. Después hasta mis sobrinos. Le pusimos “Equipo Reynosa”. La colonia se inició en 1949, nosotros llegamos en el 50, y desde entonces vivimos aquí. Quiero mucho a mis hijos, tuvimos 11 hijos, y gracias a mi esposa, ella les tuvo cuidados y se lo agradezco. Para mí es una gloria que vivan mis 11 hijos...

En esta calle de Tortuguero, colonia Reynosa, cerrábamos la calle y hacíamos fiestas, y siempre el 22 de diciembre comíamos en la calle. Y cada ocho días hacíamos comelitón aquí. Fíjese en los torneos del *Ovaciones* en 1979, en temas de futbol siempre figuraba la “liga Azcapotzalco”.

Mis hijos Sergio y Maximino jugaron en tercera división. Ellos siempre defendían los colores del Reynosa, ese era el ánimo de mis hijos.

Había en esta calle muchos muchachos, jugaban futbol, sí, aquí en la calle hubo futbol. Mis hijas fueron porristas, una de ellas ganó premios a la mejor porra.

Mis hijos, con mi hijo Sergio, le dieron vida a la liga Azcapotzalco, a la liga de futbol. Siempre figuraban en la liga de *Ovaciones*.

Uno de mis hijos jugó en el “Pica Mosco”, y con este equipo se fueron a Japón. Salieron campeones. Y mi hijo metió cuatro goles. Luego los japoneses retornaron la visita. Él salió ganador, Javier Mendoza, tres veces ganador del torneo del llano. Este cuate se cuida mucho.

A mí me gustaría más que nada que hubiera garantías para nosotros los pobres. Entrar a las universidades de México. Primeramente que hubiera garantías, digo garantías porque aquí para poder mandar a un hijo a la universidad, no sirve el sueldo mínimo que el gobierno impone, ¡no sirve para nada! Que tuviéramos un sueldo más equivalente para que se pudiera garantizar la comida, la escuela, la vivienda.

Enseguida, quisiera que el deportivo fuera de todos. Porque el pago para los campos es muy alto. Las garantías para el deporte. Que haya profesores que sí capaciten en el deporte, que se hiciera también una revisión a los jóvenes, que los quitaran del vicio, por medio de sus padres o la autoridad.

Bueno, pues mire, aquí estamos con mi mamá, la consiento, la abrazo, la quiero mucho, mi madre nacida tal vez en 1898 un 29 de junio...

TESTIMONIO DE LA SEÑORA TEÓDULA CORREA HERNÁNDEZ DE MENDOZA

Quisiera que retornara la tranquilidad a la colonia, pero es difícil. Los que antes jóvenes que trajimos al mundo pues ya crecieron, se fueron. Ahora los que quedamos somos contaditos... pues mire, ya se fue el señor Uribe, mi comadre Victoria ya murió, la señora María, la señora Anita, la señora Felia, mi compadre Abraham Velázquez.

Fíjese, me iba a Huachilco a traer el agua, a las cuatro de la mañana estaba yo en los lavaderos, con el señor Flores que nos ayudaba, él ya murió, en aquel entonces cuando recién se estaba formando la colonia. Hoy 15 de noviembre se cumple otro aniversario tanto del nacimiento del deportivo como de la colonia, fíjese, hoy precisamente.

Esta colonia se formó desde abajo, yo no pude hacer mucho porque tuve tantos hijos, pero no me quedé atrás, luché porque mis hijos salieran adelante. Aquí vivíamos gente humilde, pero no somos malvivientes como dicen en la televisión ahora. Claro, luego vinieron personas de mal corazón, pero eso es otra cosa.

Quiero esta colonia porque aquí me realicé, yo llegué encantada, enamorada. Yo y mi cuñada llegamos juntas. Ahora ya no está, la extraño, porque era una compañera, una amiga. Y me dejó mi herencia: a mi viejecita, la quiero porque de ella brotó mi amiga y mi esposo.

Yo estimo a esta ancianita, que Dios nos la ha dejado, él sabe por qué. Yo quedé huérfana muy joven, entonces quisiera naturalmente ver a mi madre en esta ancianita, le doy el calor que siento en mi corazón.

Mis padres también estuvieron en la Revolución. Me contaba mi papá que los gringos venían y se llevaban el dinero. Mi mamá me contaba que el centro, México era una laguna... me decía,

hija aquí era una laguna y todavía estaba aquel nopal de la bandera dentro de la laguna. En aquel tiempo hubo una peste y mucha gente se murió. Vine a trabajar aquí, pero no pagaban, daban sólo de comer, y no había más que calandrias para transportarse o caminar.

Sí, mis padres hablaban otomí. Recuerdo también iba de niña por los cigarros de mi abuelo, los *Capricho*. Mi papá era alto muy alto, mi madre muy chiquita. Y llegaron a México en 1949, pero en 1952 llegaron a Azcapotzalco, ella sí que entendía de otomí y hasta leía. Mi papá no, pero se crió con los indios. Mi madre le hacía un tapatío, es una fajita, así se usaba.

Llegué a esta colonia, Reynosa, a la edad de 20 años, llegué muy enamorada, enamorada de mi esposo, ilusionada. Mis hijas nacieron en avenida Azcapotzalco. Casi cumplimos ya 50 años de casados, mi madre se casó de 17 años, en cambio. Mis padres eran hermosos, de campo.

Yo estaba impuesta a andar sin zapatos, aún aquí corría de un lado a otro descalza. Quiero esta colonia porque aquí pasó mi juventud. Pero no soy materialista, prefiero mi salud, no me siento grande, nací en 1931, y estoy para servirles.

La Reynosa era muy hermosa porque había mucha confianza y seguridad. Los vecinos éramos vecinos. Estimo la colonia, la estimo, claro llegaron de otros lados y se hizo insegura.

Pero cuando murió mi padre, todos los vecinos aportaron para su entierro, un vecino hizo una corona que decía “adiós de la colonia Reynosa, tus amigos”. Esto no lo voy a olvidar. En esta calle hubo mucha unión.

TESTIMONIO DEL MAESTRO DAVID DELGADO

“Recuerdo... cuando estaba en quinto año de primaria que los tenis de lonita costaban un peso, tenía un par, pero ya se me salía el dedo gordo. Sin embargo, también fue cuando me gané un premio por hacer una crónica con el tema de la Revolución francesa. Y el premio fue un libro: *Robinson Crusoe*, estos cuentos aún los conservo, por ahí los guardo. Con mis tenis de lonita, y el dedo de fuera, recibí tal premio”. Don David, cronista de Azcapotzalco.

MÁS RECUERDOS DESDE LA PRIMARIA...

Cronista de Azcapotzalco.

Pues en las casas antiguas de allá de Camarones, vivía una amiguita, y yo con aquella cosa de hacerles la tarea a mis compañeros para que me pagaran algo, pues me pidió, —hazme la tarea, y a cambio me dio una mancuernita de piloncillo y queso. Pero ya sabe como son los chamacos, y comenzaron a gritarme... —¡Es tu novia, es tu novia! Entonces que se regresa mi amiguita y ¡zas! que me planta un beso...

Bueno yo estudié en el tiempo en el que se le preparaba al joven como “extensionista agrícola”, así aprendí jardinería, agricultura. En el tiempo del general Cárdenas la formación escolar usaba aquella técnica rusa del extensionista.

Al pasar los años tuve un negocio, puse un invernadero aquí en avenida Azcapotzalco, lo sostuve 15 años. Y haga de cuenta que era una fábrica, pero de flores.

Nací el 26 de agosto de 1919, en Tacuba. Mi papá entonces era el contador del municipio de Tacuba, pero cuando tenía yo dos años él muere, así que nos regresamos a vivir a Azcapotzal-

co. Llegué a vivir a San Francisco, allí me quedé hasta que me casé.

CÓMO ERA ENTONCES AZCAPOTZALCO

Bueno, Azcapotzalco era totalmente provincia agrícola, haciendas, ranchos y cortijos, y los pueblos tenían la característica de tener una iglesia y cinturón de casitas, alrededor sembradío, eran 27 pueblos.

Por ejemplo, nombramos las haciendas históricas, la hacienda de Careaga, San Antonio Tula, Renacimiento, rancho de San Isidro (hoy panteón), la característica de Azcapotzalco eran haciendas, la de San Antonio Tula es todo lo que ahora es Industrial Vallejo, todavía existe el casco, la hacienda de El Rosario, todavía existe la casa habitación.

De estas haciendas es muy extenso platicar, sobre todo de la hacienda de los condes de Careaga, después don Luis de Velasco le compra la hacienda a los Careaga y entonces viene el tanteo de tierras y miden y sobran terrenos, en 1575, les pide de favor a los nativos de San Juan Tlihuaca que acepten las caballerías de tierras que le sobran en el tanteo de tierras a la hacienda de San Juan, y una caballería correspondía a 45 hectáreas.

Después don Luis le vende a fray Sebastián de Aparicio, y este hombre que vino de España se dedicó a fabricar carretas tiradas por bueyes, cambió la vida, los nativos ya no cargan a pulmón. Este señor con abrir nuevos caminos se hace contratista del gobierno español para llevar la plata a Veracruz y embarcarla a España, entonces hace uso de las diligencias, ya no sólo tiradas por bueyes, sino por caballos, pero al vivir Aparicio, en este tiempo su peonada era de aquí de Azcapotzalco, de San Juan Tlihuaca, que no eran santos, sino eran de Xochinahuatl, vergel de flores; Tlihuaca, lugar de brujos, de las raíces nativas de los lugares, estas personas viven en las rancherías y le hacen a hurtadillas la ofrenda a sus muertos, aquí el sincretismo católico. La hacienda Careaga, se cambia a una sociedad civil, se crea la sociedad el Rosario, unos accionistas mayores eran los de apellido Ollamburu. Don Aparicio se hizo franciscano, se va a Puebla, allá muere y al tratarlo de sepultar le ven incorrupto, pasan los años y lo intentan por segunda vez y sigue incorrup-

to, está en Puebla en una urna incorrupta, está en el convento de San Francisco de Puebla.

Yo vivía a dos calles por aquí pasando la vía, había dos escuelas primarias en todo Azcapotzalco, la de niñas y la de niños, estaban en casas de adobe, a mí me tocó estar en ésta muy cercana, entonces era una población rural. Era muy simpático, porque para inscribir a un niño, tenían que traer a 10, era la cuota, estaban vacías las escuelas, estaba el gobierno del general Calles. Al grado de que el que no venía a la escuela, pues venía el policía a su casa.

Bueno, yo empecé a trabajar a los siete años, en lo que ahora es Sanborn's. Era un establo abandonado, con tejabanés, allí inició sus pininos la fábrica de dulces "Usher", nos pagaban un peso diario por ocho horas. Yo estaba huérfano, mi madre cosía, pero en mi escuela había ricos y pobres, yo les hacía la tarea y me beneficiaba, era el más aplicado porque después de hacer tres o cuatro tareas, pues me aprendía todo, y me pagaban unos 20 centavos, o con tortas para el recreo.

En aquel entonces la SEP nos daba cuadernos, lápices, tinta y manguillos, así que con la boleta con ocho y medio de calificación la SEP nos daba todo, a mí no me costaba nada. Así que cuando me tocaba el turno de la mañana en la fábrica pues me cambiaba a la noche a la escuela y viceversa, porque atravesaba sólo la calle y llegaba a la escuela.

EL LABORATORIO SOCIAL... Y EL ÉXODO A LA REFINERÍA

Las haciendas de Azcapotzalco al pasar el tiempo se convierten en un laboratorio social, ¿por qué?, pues don Fidel Velázquez Sánchez, trabaja de chofer en la hacienda del Rosario, es reparador de leche, e implanta su primer Sindicato de Banqueros y Trabajadores, ya se acuerda de quién hablo, del creador de la CTM, pues ahí hizo su laboratorio social sindical, allí empezó...

Las haciendas se convierten en emporios. Ahora bien cuando viene la refinería de Azcapotzalco, 1930, había cuatro o cinco compañías, y petróleos pagaba dos pesos 50 centavos. El trabajo del campo aún quedaba, entraban muy temprano, almorzaban entre comillas a medio día y seguían hasta oscurecerse y no eran entonces ocho horas, y luego pues empieza a irse toda la gente para la refinería, sobre todo los peones asalariados. Allí

les daban guantes, uniforme, y ocho horas, así que empieza el éxodo de los trabajadores.

La zona industrial de Vallejo surge empíricamente, así los fraccionamientos industriales, así que va cambiando el aspecto social y económico del lugar.

El transporte, bueno, el tranvía o camión costaba al centro tres planillas por 25 centavos al Zócalo, o 10 centavos, salían del centro de aquí, de Centenario. Los tranvías también tenían abono, el inspector checaba la tarjeta al subir. De aquí a Tacuba costaba cinco centavos.

Azcapotzalco vela el sueño a los primeros editores de periódicos nacionales.

Va cambiando la vida de agrícola a industrial. Se fraccionaron primero para hacer colonias, las populares San Álvaro, otra El Imparcial, y allí vivieron los editores de los primeros periódicos: Spíndola, Elorduy, los primeros periodistas de la época porfiriana. Si usted viene de Tacuba para acá va a encontrar unas privadas que dicen el Universal, el Excélsior, allí vivieron los primeros editores de los periódicos, me dio risa un día al leer que *El Imparcial* costaba dos centavos.

*DE CÓMO TEZOZÓMOC E ITZCÓATL
VIVIERON POR AVENIDA CUITLÁHUAC*

Hemos adelantado mucho el tiempo, pero Azcapotzalco era un pueblo, un pueblo venido a menos por la ironía de la vida. Después del esplendor que hubo con Tezozómoc, al morir éste, al matar al padre de Nezahualcóyotl, cuando Izcóatl sube al poder y vivían allí por lo que ahora es Cuitláhuac, allí está una ermita como referencia del pueblo de San Juan Coacalco, allí está la estatua en memoria de él.

Éste, como hijo de emperador, lo mete a la carrera de las armas, y el consejo de ancianos lo nombra emperador de los aztecas, Izcóatl. Ya entonces ha muerto aquí Tezozómoc.

Más tarde Azcapotzalco viene a menos y se convierte en un mercado de esclavos como desquite de la triple alianza.

El origen de los tepanecas era Tlihuaca, en memoria San Juan Tlihuaca, da la mitad de sus capitanes, da propiedad a los capitanes de Izcóatl, y de San Juan Tepaneca y San Juan

Mexicano son los esclavos, a la fecha las escrituras primordiales datan de 1575, dice San Juan Mexicano y Tepanecas.

Vino a menos, pero en una ironía de la vida Antonio López de Santa Ana, le da el nombre de Villa de Azcapotzalco, hasta 1854. Por la última batalla de la insurgencia.

DE VILLA A AZCAPOTZALCO DE PORFIRIO...

Corre el tiempo y cuando Porfirio Díaz es presidente de la república, toda la vida nomás da vuelta, fíjese, es entonces el gobernador del D.F., el señor Ángel Zimbrón, que vivía aquí en Azcapotzalco, al fondo todavía existe la casa solariega, pero como todas las cosas políticas, sube Azcapotzalco de Porfirio Díaz. Y gracias a él en 1905, se inauguran los tranvías eléctricos.

Aquí al lado había el tranvía de mulitas en 1895, salían donde está ahora la biblioteca.

En 1910, nace el kiosko afrancesado del jardín Hidalgo. Los transportes pasaban por debajo del kiosko.

AZCAPOTZALCO, REFUGIO... O PASEO DE GENERALES Y UN DICTADOR

Es la revolución y los zapatistas entran a la parroquia de Azcapotzalco, y hacen cuartel general aquí, y con el piso de la iglesia atizan las tortillas, y con los tubulares hacen municiones para sus escopetas.

Se cuenta que iban por el paseo de los ahuehetes, en San Juan Tlihuaca, no sólo Cárdenas, sino que Porfirio Díaz venía a caballo de Chapultepec hasta aquí a camino de tierra. Sí, aquí vino don Lázaro, venía de visita.

Cuando vino el general aquí era en la época de la competencia de las compañías de petróleo. Aquí en el jardín Hidalgo había un arco grande, allí despachaban gasolina algunas de estas compañías.

LOS AMIGOS, LOS GITANOS, EL CINE

Los amigos eran los nativos de aquí, otros propios de la edad, muchos hijos de campesino, era lo clásico, casi todos eran gente de campo, y del único que nos acordamos aún ahora es del ingeniero Calderón, su papá era embajador, pero iba con nosotros en la escuela, igual que todos. Hasta que regresó aquí, fue delega-

do, y tuvo un encuentro con la que fue nuestra mejor maestra, la maestra Rosalía. Y casi todos los niños venían de otros pueblos a terminar la primaria aquí. Venían también al mercado Siglo xx a comprar verduras.

Bueno, entonces, en donde estaba el mercado, había terreno, en esa esquina los circos alquilaban, ponían circos de lona. Después llegaban los gitanos, traían carretas tiradas por animales, andaban de un rumbo a otro, los hombres eran fornidos y altos, traían osos, panderos, traían changuitos, y las mujeres diciendo la buena ventura para recoger algunas monedas. Pero a nosotros, jóvenes de 15 años, nos llamaba la atención el campamento gitano que hacían, ponían los carromatos y lonas, entonces por la noche hacían fogatas, danzaban y cantaban, violines. Nosotros los veíamos y a los animales los llenaban de lodo y los cocinaban.

Yo con mis amigos daba serenatas, sobre todo con mi amigo Juan Castillo, aunque muchos ya murieron. Una vez alguno quiso que fuéramos a San Martín a dar serenata, entonces allí en vez de perros había gansos, como había tanta agua, no había bardas sólo puentes, y cuando empezamos la serenata se despertaron los gansos y se oía un escándalo...

¡Uy!, el cine, había el cine Angela Peralta, era cine mudo, tenía una pianola, violincitos que animaban las películas de Charles Chaplin y se agarraba uno la panza de risa. Al entrar estaba la luneta, había un barandal y allá la galería y se brincaba uno, éramos chamacos, costaba cinco centavos galería y 10 centavos luneta. Las butacas de maderita. Bueno, después llegó el cine Coronado, estaba en el sótano de lo que ahora es Sanborn's, era ya el cine hablado.

LA TENDENCIA POR LA POLÍTICA...

Pues ahora le voy a decir, me dio la tendencia por la política, tengo todos los grados en el PRI, hasta la medalla Plutarco Elías Calles, la Lázaro Cárdenas. Pero todo tiene su encanto.

Todo tiene su encanto en el tiempo preciso, pierde cuando no se armoniza, así que las veredas, los campos, tienen su encanto del momento, nos traen nostalgias y recuerdos, pero por ejemplo el jardín Hidalgo no puede usted revivirlo a lo 1930...

Le diría, si eso aconteciera, volver el tiempo, me iría al 1930 y 1950, aquí la gente todavía hablaba náhuatl, había más fiestas cívicas y religiosas. Se anunciaban las liturgias. Me gustaría que volviera esta convivencia con el pueblo.

LA DOBLE VIDA DEL CRONISTA

Para nosotros es vivir doble vida, porque dice un dicho que recordar es vivir, recordamos cuando íbamos con la novia a algún sitio y cargábamos con la suegra para granjearnos su confianza, con cinco pesos en la bolsa éramos generales, los sopes costaban centavos. Los claveles a 10 centavos, para comprarles un ramito.

Oigo que la vida es un tango, es realidad; yo soy mexicano, pero es cierto, porque cuando se ha borrado por ejemplo un camino que era de tierra, sus venas de agua cristalina, corrían allí los tejocotes y los capulines, sobraban tantos que los veían pasar, y esa veredita tenía lirios, era la oferta que cortáramos un lirio que veía la novia todos los días, sin embargo, le faltaba el encanto de decirle —mira, mira lo que te traje, ten. Y le daba un lirio que ahí estaba. Sin embargo, el recuerdo de aquella vereda o el alumbrar mortecino de un foco que alumbraba de milagro, pues ahí echábamos novio.

Pues todas esas añoranzas vuelve uno a vivirlas, yo les he dicho que la crónica se nos hace como “costumbre, un vicio”, esto de volver a vivir y traer al presente lo de hace muchos años.

Para mí la crónica es solaz y esparcimiento, recuerdo a Valle Arizpe, calle vieja y calle nueva, si pasamos por Madero, pues viene una añoranza, decimos, por esta calle de plateros hacía sus tertulias Gutiérrez Nájera y todos aquellos hombres, y oímos “La princesa del duque Job”, o el café de Tacuba.

Las calles pavimentadas aquí, pues perdieron el encanto de las tolvaneras, la novia cerraba los ojos y aprovechábamos para darle un beso.

DE LAS LEYENDAS

Azcapotzalco fue primero leyenda, pueblo, provincia, Azcapotzalco tiene el mito, la leyenda y la realidad. No sé si en otras partes esto sea posible como lo es aquí.

Yo encontré el mito, para decir Azcapotzalco, en Guerrero encontré el nombre de Izpotzalco, este es su nombre.

Y tepanecas sin c, significan los que viven en piedras amontonadas y tecpanecas con c, significan los que viven en el palacio, y los “chintololos”, son indios labradores de palacios, talladores de piedra.

Se dice que todas las tribus vinieron al centro del país. Las tribus tepanecas llegan en 800 al macizo de ahuehuetes, al ojo de agua, encuentran siete ahuehuetes similares a las siete tribus, y los curanderos predicen como señal de los dioses, que en este lugar siempre habría árboles de miel, ya estamos casi en el dos mil y persisten los árboles de miel, los ahuehuetes tienen miel de abeja, ahí están.

Co es lugar en náhuatl, en maya Ko, es lugar del maíz, entonces es Izputzalco, estos sacerdotes dieron su sentencia, aquí habría árboles de miel. Aquí están en el “parque de ahuehuetes”, aquí en el centro, adentro de estos árboles hay abejas, la miel se sale por las hendiduras de la madera seca, estas abejitas se trasladan de un árbol a otro y a otro.

Bueno, se dice también que Ilhuacán, lugar negro de brujos, existe la tradición que dice bajaban por Santa Cruz del Monte, allí hacían carbón, era el tránsito de carboneros. Ellos sólo sabían las cualidades de las herbolarias y se trasmitían de padres a hijos, con ellos aprendí herbolaria, no es secreto.

Este es un lugar vivo, al convivir con ellos encontré, cuando fui delegado de San Juan Tlihuaca, había la división: mexicanos y tecpanecas. Inventé mantenerlos ocupados para que no hubiera fricciones.

Entonces se nombró a la reina de las fiestas patrias, escogieron a una muchacha que hacía tortillas, su padre era jardinero y su madre hacía tortillas, las dos descalzas, humildes, campesinas. Tenían una cocina de humo, atizaban con leña. Le pusieron la “cenicienta”.

Los ricotes del pueblo le compraron cetro, vestido y corona. Y la coronaron a las 12 de la noche. Aquí se hizo real el cuento de Perrault.

DE LA HORMIGA QUE CAMINA...

De la hormiga que está en la parroquia y camina cada año un pie, cuando existió el esplendor de Tezozómoc, fundó su escuela de artes y oficios, y se hizo el “amantecatli” o escuela en San Miguel Amantla, habían canteros, fundidores, practicantes de arte plumario, y se dice según Bernal Díaz, que la vestimenta de Moctezuma se trabajaba en el amantecatli de Azcapotzalco.

Teotihuacán vino a menos y a Quetzalcóatl le dan Azcapotzalco, se sabe entonces que hay “muy numerosa población tepaneca”, entonces le pide a las hormigas rojas se metan en sus galerías para que saquen el maíz para darle comida al pueblo tepaneca. Pero al ver que no salían, Quetzalcóatl baja al inframundo y se convierte en hormiga roja y saca los granos de maíz para darle comida al pueblo de Azcapotzalco.

En recuerdo de ello, los tepanecas dejaron como insignia a la hormiga roja, los granos de maíz están en el escudo de Azcapotzalco, son los primeros pueblos fundadores de Azcapotzalco, Amantla, Xochináhuac, poco a poco fue creciendo el imperio.

Y al construir esta iglesia, los canteros de San Miguel Amantla, en honor a Quetzalcóatl, labraron la hormiga de piedra. Se dice que ahí Quetzalcóatl está vivo y cada año camina un pie. Se puede medir y sí camina, cómo la ve... (nosotros la hacemos caminar).

La deshidratación del suelo... dicen las crónicas de Manrique, que en 1695, se inicia la fundación del Convento Dominicano de Azcapotzalco.

TEZOZÓMOC ERA BUENO PARA LA HONDA

Azcapotzalco era un adelanto en las artes que aquí se practicaban, se dice que la primera bandera de México se hizo aquí. Tezozómoc, significa piedra que zumba, él era muy bueno para la honda, traía en su morral piedras bolonchas, pegaba a matar. La primera bandera combatiente, con esplendor de arte plumario se hizo aquí...

PARA AZCAPOTZALCO

El ayer es recuerdo, añoranza, y el devenir de los tiempos nos trae al ahora, tenemos que labrar un mejor presente. Todos te-

nemos cariño al terruño. Sigue vigente aquello de “Suave Patria”.

DE LA HERBOLARIA

Aquí vienen embajadores a charlar, y claro nos dicen lo mejor, pero no sé por qué se asustan, les he propuesto que hablemos de: el retorno de los brujos del siglo XXI. Yo con ellos aprendí lo que, a su vez, a ellos les transmitieron por generaciones, las cualidades de las hierbas. Fíjese, aquí el embajador de Suiza no supo responder por qué hay una estatua en honor a Juan Badiano, y él transmitió al latín lo que Juan de la Cruz escribió sobre la herbolaria de los antiguos mexicanos.

TESTIMONIO DE LA SEÑORA PAZ MERCADO VILCHIS

La señora Paz nació en 1918, y en su nombre guarda el secreto, creció con él en el Azcapotzalco de antes, cuando los ríos y la paz de la naturaleza habitaban en este sitio. Ella salía de la escuela muy contenta, la primaria le recuerda un sitio muy especial a donde ella y sus compañeritos se dirigían con particular interés, este sitio tan especial se llama, porque aún existe por las calles de Azcapotzalco tal establecimiento, y es nada menos que “El Nevadito”.

La entonces niña Paz, con su hermoso nombre y sonrisa, pedía a doña Ana el helado de su predilección, ¿se puede usted imaginar, amable lector, que doña Anita conocía muy bien a los niños para quienes la hora feliz había llegado, es decir el momento de salir de clases y dirigirse corriendo al “Nevadito” que les aguardaba con la esperanza de la mejor venta del día y también con la satisfacción de hacer felices a los niños? Claro imaginamos que nunca estaría exenta doña Anita de aquel momento tremendo, ¡oh tragedia!, en el cual a alguno de los chicos felices con barquillo en mano a quienes en el primer lengüetazo a aquella deliciosa bola de nieve, se le viese llorar de impotencia al mirar como rodaba aquel manjar, no precisamente a sus boquitas ansiosas y sí rodar de nieve al piso... momento tremendo que doña Anita solucionaba con una encantadora sonrisa y, claro, otra bola de repuesto, aunque un poquitín más pequeña... sólo eso le permitía el negocio.

“¡Ay, mi niñez, muy bonita mi niñez, fue muy bonita!”.

Señora Paz.

Llegué con mi familia a vivir aquí a Azcapotzalco a la edad de seis años. Me inscribieron en la escuela Vicente Alcaraz, allí hice mi primaria, Azcapotzalco fue un lugar muy hermoso. Cuando era chiquilla, y creo aún hoy, Azcapotzalco está compuesto de 24 pueblos y la iglesia mayor o catedral. Entonces en cada pueblito constantemente había festejos. Se festejaba a san Juan, Santiago, san Miguel, santa Lucía, santa Cruz, Nextengo, san Lucas, san Bernabé, santa Catarina, san Marcos, santo Domingo, san Bartolo, constantemente había fiesta.

Cuando nosotros íbamos a la escuela nos gustaba ir a estas fiestas, los dueños nos invitaban, había unas chinampas estilo Xochimilco, hermosas, en los canales los dueños tenían lanchitas donde transportaban sus frutas, animalitos, porque en el mercado de Azcapotzalco que era muy antiguo, se celebraba la venta de animales y frutas.

En esa época había tranvías de esos dobles, y venían aquí muchas personas a surtirse de mercancías al mercado que era muy hermoso, porque de todos los pueblitos se reunían a vender legumbres, frutas, animalitos.

Los chamacos de mi escuela en pandilla éramos invitados, así que llegábamos a algún pueblito y nos decían: “¡Corten frutas!”. Y hasta las señoras que vivían por allí hacían ellas mismas sus tortillas, y tenían su lumbre con leña, hacían frijolitos y pues nos invitaban un taquito. Entonces cortábamos las frutas y allí veníamos bien felices... nos gustaba mucho andar en esa parranda, y llegábamos tarde a la casa así que nos daban un jalón de oreja.

Sí, vivíamos en la colonia de la Rosa, y parece que fue la primer colonia que se hizo en Azcapotzalco, después hicieron Clavería que fue muy elegante. Ya le digo, en esa época, nuestra infancia fue muy gozosa, los niños del colegio gozábamos bastante.

Fíjese, en octubre, en la parroquia grande se hacía un jubileo, así que de cada parroquia traía su santito y lo dejaban allí con su altar. Y de la escuela Vicente Alcaraz, ubicada en una casona antigua, pues nos pasaron al curato, porque empezaron a construir la escuela buena, y en el curato las señoras de los pueblitos ofrecían mole, curados, aguas frescas, cada santito de cada pueblo traía sus cocineras y a comer gratis. El día domingo cele-

braban al santo en turno y había cuetes, castillos ¡uy!, muy bonito.

Mi casa era humilde, esas casitas fueron vendidas a los trabajadores de la “Pierce” que estaba en Nonoalco; ya no existe, allí trabajaban mis hermanos. Entonces la calzada de Camarones, donde están las vías, era de piedra, había árboles y zanjas, estaba rodeada de haciendas, no había drenaje, sino que por las zanjas corría el agua. Las haciendas estaban divididas por medio de árboles y magueyes, las siembras, siembras de maíz, calabaza, alfalfares para las vacas, tenían muchas vacas, la leche era muy buena. Eramos chiquillos y veíamos a los señores en sus mulas con sus botes de leche y cazuelas de crema o mantequilla para vender, entonces la vida era muy barata, centavos costaba el litro de leche.

También cuando yo era chiquilla había dos carros de tranvía jalados por mulitas, por donde ahora es el eje este Aquiles Serdán, pues por ahí estaba la Hacienda del Rosario, era grandísima, había sembradíos, y a los niños nos gustaba ir allí en el trenecito jalado por mulitas, a los mayores les gustaba ir a Tlalnepantla por pulque y carnitas, a pasar el domingo, pero a los niños nos encantaba el tren de mulitas, salía de Azcapotzalco y llegaba a Tlane.

Fíjese, en las chinampas había mucha amapola, y toda la gente ignoraba lo que después se hizo con ella, pero en aquel tiempo nos decían corten lechugas, rabanitos, amapolas... y cortábamos manojos grandes de amapolas. A los niños siempre nos regalaban legumbres y flores, imagínese ¡qué bonito!

También íbamos a la doctrina, entonces ofrecíamos flores por un callejón que se llama El Recreo, pues había huertos y entonces nos robábamos las manzanas y los perones, y mandábamos a un gordito a sacudir las ramas, se subía, nos aventaba las frutas, pero luego salía la dueña con una escoba y nos echábamos a correr, así que los escobazos se los tupían a él... pobrecito...

Y así teníamos nuestras aventuras, íbamos también a los alfalfares y nos agarrábamos de la cola de las vacas para hacer resbaladillas, y ahí iba corre y corre el becerrito y nosotros bien felices patinando en los pastos y cómo nos gustaba, todos jugábamos felices...

Por aquí se criaban también animalitos, se criaban libres, entonces a los niños nos enviaban a cuidar guajolotes... en unas zanjitas las gallinas criaban a sus pollitos, nadie las molestaba, todo era muy seguro. Los padres, los trabajadores, venían de Nonoalco caminando por calzada de Camarones, así que mi madre como era muy alegre, pues mataba hasta tres animales para el mole, hacía arroz, tortillas, y a los niños nos encantaba ver a la gente comiendo. Los señores aquí tenían un equipo de beisbol, así que jugaban en un lugar cada vez y luego una fiesta. Ponían entonces un fonógrafo, se usaba en ese tiempo, y bailaban muy bonito. Tocaban valeses y los danzones muy preferidos, también aquí los trabajadores de la colonia formaron un grupo de música.

A uno de mis hermanos, recuerdo, le gustaba leer mucho, y a mi hermana, hermano y a mí nos leía unos libros bien bonitos. Nos leía algo que decía: “Con los años va a existir la televisión”, pero nosotros no sabíamos qué sería eso...

Luego, cuando fuimos señoritas, pues nos juntábamos una pandilla de chamacas muy alegres: Soledad, María, Enriqueta, Elvira, Lucha, Chelo y yo, así que nos gustaba ir a la misa de 12 el domingo y al salir se veía el humito salir de algún sitio, nosotras lo seguíamos porque sabíamos que allí había fiesta.

Luego regresábamos tarde a la casa y engañábamos a nuestras madres, les decíamos que el sacerdote nos había dicho que regresáramos porque teníamos que hacer una oración. Porque eran malillas las madres... así que sólo así nos íbamos al baile, nos gustaba bailar, se hacía una fiesta en cada pueblo con unas orquestas muy buenas, las mujeres entrábamos gratis, pero los chamacos pagaban la entrada. Así andábamos de pueblo en pueblo. Viví en Azcapotzalco desde los seis hasta los 18 años.

Luego me casé, aunque fuimos muy humildes, pero sacamos adelante a nuestros hijos como pudimos.

LA LEYENDA NEGRA: AHOGADOS EN XANCOPINCA...

Pero mire, le cuento que cuando vivíamos en la Rosa, como le digo había tantas haciendas y grandes, pues atravesábamos un tramo enorme, allí donde ahora está la colonia de los electricistas había una alberca a la cual le decían: “la alberca encantada”, así que en medio de aquella extensión de tierra había una co-

lumna que tenía letras antiguas, nadie le entendía, pero la alberca era un pozo bien grande, así que muchos niños iban a nadar allí, pero siempre en el grupo de niños había uno que perecía ahogado, decían que se aventaba y yo creo que abajo había muchas raíces...

Contaban también algunas señoras, quién sabe si sería cierto, que ahí salía la Malinche, que a las 12 de la noche salía una mujer con el cabello blanco y con el reflejo de la luna llena, pues le brillaba el pelo, pero no se le veía la cara. Decían las señoras que vivían en las chinampitas, las que estaban cerca de la hacienda, y allí íbamos nosotros para saber si era cierto... entonces había un caminito que llegaba hasta Tlatilco, pero en ruinas, había piedritas de un lado y otro, quizá eran vestigios de los antiguos mexicanos.

Y aquí en Azcapotzalco nos llevaban los maestros a lo que era el mercado viejo, ya desapareció, pero en una casa había un pozo, pero era un “cenote”, estaba, ya ve que estaba el jardín y el atrio, pues donde ahora está el jardincito había una casa muy antigua y allí había un cenote...

Así que los maestros nos llevaban a mirar el cenote, también nos decían que en la parroquia había una gran pirámide, nos explicaban: “fíjense bien porque ahí...”.

Como la escuela estaba a un lado del curato, nos decían que toda la iglesia estaba cubierta de piedritas, nos platicaban que ahí había una pirámide muy grande, entonces la destruyeron los españoles, e hicieron la parroquia. Así que salíamos de la escuela e íbamos a jugar allí con ídolos y piedritas, todo porque junto a la casa del sacristán, había un cerro de piedra e ídolos que dejaron allí, pero a los niños no nos daba por robar, ahí dejábamos todo. Los maestros nos decían “no vayan a llevarse nada de aquí...” y nos contaban historias de aquellos tiempos, ¡ay mi niñez!, ¡muy bonita mi niñez!

Fíjese, antes yo hacía excursiones con mis hijos en el río de las Armas, en otro tiempo corría el agua cristalina... caminábamos hasta allá, los vecinos me preguntaban a dónde va, pues voy a llevar a mis hijos al río, les decía, entonces la calzada de San Isidro, lo que ahora es el eje, había muchos árboles de tejocote y sembradíos, así que íbamos recogiendo tejocotes, manzanas por toda la calzada hecha de piedritas, mis hijos se

bañaban en el río, ponían su columpio... también a los vecinos les gustaba ir para allá... pero ya todo cambió...

Fíjese... antes, nadie conocía Azcapotzalco, yo era jovencita e iba por mi hermano a Nonoalco, porque él le surtía a mi mamá la despensa, y solita yo caminaba por calzada Camarones, como le digo, llena de árboles, a mis pies había piedritas, llegaba a Nonoalco... llegaba y me columpiaba en los juegos de los hijos del dueño de la fábrica donde trabajaba mi hermano, al dueño le decían el *mister*, porque era gringo, y a mí me decía al verme, “tú gozar el columpio...” y claro yo me recreaba bien bonito en el columpio mientras salía mi hermano.

Luego caminaba con mi hermano y tomábamos el camioncito que venía a Azcapotzalco, ¡Azcapotzalco!, ¿qué, dónde es eso?... decía la gente, pues entonces los camioncitos eran carcachitas y el ayudante del chofer gritaba, Azcapotzalco, Azcapotzalco, y la gente se preguntaba ¿qué será eso?

Los tranvías eran dobles y los comerciantes venían a surtirse a los servicios de Azcapotzalco. Pero desaparecieron los tranvías, hubo una huelga muy larga, y desaparecieron los tranvías.

Bueno, a mis sobrinos les cuento historias... me piden que les platique, y les cuento cosas de Azcapotzalco a mis sobrinos... aunque también les cuento historias de la Revolución, porque mi mamá le hacía tortillas a los revolucionarios, ellos llegaban a Nonoalco, llegaban los trenes cargados, vestían con calzones de manta y carrilleras. Nosotros de niñas íbamos y los veíamos. A mi hermana Catalina le decían, “Catita te trajimos un muerto”. ¿Y sabe qué era el muerto?, pues las alhajas que robaban en las haciendas, entonces les preguntaba: “¿Qué cosa quieren a cambio?”. Le pedían alcohol.

Había por ahí una cantina donde se servían “chíngueres”, era alcohol con frutas, entonces le pedían a Catita, Catita, queremos cerveza y “chíngueres”, “chíngueres” de membrillo, manzana... y mi hermana escribía en un papelillo que nos daba para que se lo lleváramos al señor de los chíngueres, y ahí íbamos corriendo a tocarle, que si le hace favor de mandar esto... y ahí leía el papelito el señor. Por eso cambiaban las joyas los malvados, y luego ya se iban otra vez los trenes cargados.

Mi hermana conoció muy bien a Pancho Villa. Como vendía tortillas, así que dice que un día se las llevó la leva, entonces en

San Juan del Río, Villa pidió “abran ese carro”. Y va viendo a las señoras y entre ellas a mi hermana, “¡Ay escuinclilla!, le dice a mi hermana, pues ¿quién te subió...?”. “Pues los soldados”. “Vamos, hijos de... que regresen ese carro”. Pero mi hermana decía era muy buena persona, muy compadecido con estas personas que iban a vender sus tortillitas... porque en tiempos de hambre pues mataban para robar el frijol... fíjese los cuentos de la Revolución...

UNA CARTA A MI AZCAPOTZALCO

Yo le diría, como en una carta a mi Azcapotzalco:

Pues Azcapotzalco querido:

“Mi niñez a tu lado fue muy bonita. Conocí las chinampas, también gente amable y escuché las historias que contaban mis maestros, historias de cada lugar. Por tus alrededores nos llevaban de excursión. Llegábamos por la calzada Lerdo de Tejada, hasta los ahuehetes. Porque casi no tenías calles, Azcapotzalco querido, sino puras chinampas. ¡Ay! ¡Cómo no voy a extrañar mi Azcapotzalco!...”.

TESTIMONIO DE LA MAESTRA MARÍA DE LA LUZ LÓPEZ DE NIETO

Nací el 30 de junio de 1913. Estudié en la Nacional de Maestros, hice mi carrera profesional como maestra de primaria, trabajé en el Estado de México, después de haber trabajado en poblaciones de gente mazahua y otomí, vine comisionada a trabajar a Tlatilco, en otras escuelas donde sí se hablaba castellano. Allí trabajé mañana, tarde y noche por un solo sueldo. Por la mañana con alumnos de primaria y por la tarde con grupos de mujeres adultas, y por la noche con hombres analfabetas, tres turnos, salíamos a las nueve de la noche.

Así fue durante algún tiempo, pero después me casé, también con un maestro, entonces tuve hijos: Rigoberto Nieto López, Jesús Nieto López, Yolanda Nieto López. Ellos también fueron a la Normal y a la Normal Superior, luego hicieron estudios de Antropología e Historia, me siento feliz de tener hijos que le sean útiles a la patria.

Llegué a la colonia en 1930, a Tlatilco, claro, no estaba como ahora, había una que otra casita, techos de madera, lámina, mis familiares vivían en un ranchito más adecuado para habitarse, ubicado en lo que es ahora José Vasconcelos. Mis familiares compraron lotes en Tlatilco, después a mí me vendieron lo que ahora es nuestra casa en Jardín 240.

Claro, más joven me gustaba mucho ir al centro, hacía compras, había un servicio de transporte para allá. Bueno, el servicio de transporte de aquel entonces consistía en un camioncito que le decían “la guajolota”, realizaba su servicio de manera muy calmada, a veces se descomponía y ahí se quedaba, la gente lo empujaba.

Con las amistades que tenía en Tlatilco, platicábamos de la forma en que se vivía antes, sólo había dos tienditas en aquella

época, y para hacer compras de mercado íbamos hasta Santa María la Ribera. Se alumbraba con lámparas de petróleo o con velas, no teníamos agua, a veces el aguador cargaba botes, se le compraban.

Hasta que participamos en gestiones para ayudar a la comunidad, me gustaba luchar en beneficio de la colonia, gestionamos para que se abriera el drenaje, lo que pasaba allí junto era el río Consulado, siempre se le veía con agua sucia.

Pasado algún tiempo, las gestiones con el regente se hicieron, porque había inundaciones en las calles como Unión y Amapola, llovía y eran ríos, se anegaba todo. Y el regente me dio un oficio para que en Azcapotzalco se acabaran las inundaciones.

Pues más que leyendas, por aquí se oía el croar de las ranas, se veían ajolotes... he luchado por mejorar la colonia. Me nombraron jefe de manzana. Alguna vez le dije al vocal, le advertí: "Mañana a las seis de la mañana viene usted con su escoba y barremos alrededor". Para que la gente tuviera el mismo ejemplo. También intenté reforestar, pero actualmente todo ha cambiado, ahora está reforestado.

Antes había un rancho, era de un gringo, quien le dio algunos terrenos a mis familiares, allí sembraban hortalizas. Siempre he luchado y participado con los vecinos para mejorar las condiciones de vida. Ahora tenemos un delegado, el señor Pablo Motezuma, él nos ayudará mucho, es trabajador y sobre todo una buena persona. Nos brindará todo lo que más pueda. Ahora yo quisiera se mejorara la economía, porque la gente está tan escasa de recursos.

DE LAS HACIENDAS

Pues sólo me acuerdo de la hacienda El Rosario, allí comprábamos la leche para sostenernos, leche muy buena, pura.

LOS MAESTROS

Toda mi juventud entregada al magisterio... 59 años. Todo por un mismo sueldo. Mis parientes fueron muy trabajadores, alguno trabajó en la fábrica de cigarros "El Águila", que quedaba junto a río Consulado, ahora Circuito Interior. También se pre-

ocupó porque cada colonia tuviera escuelas, que los lotes, la tierra, fueran de los trabajadores, estuvo incluso en prisión.

A mi familia le gustaba que fuera maestra, aunque casi no los veía porque me quedaba en la población donde trabajaba. Mi esposo y yo nacimos en Atlacomulco y trabajando nos conocimos.

Cuando trabajaba para las comunidades indígenas, íbamos a comer a algunas casas porque no encontrábamos alimentos. Porque no había tiendas, sólo unos estanquillos que vendían veladoras, cerillos, algunas cosas.

Y cuando llegó una señora que habilitó una tienda en forma, pues la comunidad no la aceptaba, ella envió a su hija para decirme que fuera con ellas porque allí me darían comida, meriendas, acepté y comía, dormía allí, no me faltaba nada. Pero los otomíes no la aceptaron. Entonces, una noche balacearon la región, la señora me pidió que les hablara, y por la ventana les pregunté qué querían, que yo estaba allí, les hablé. Luego el jefe otomí entendió y les dijo:

Vámonos, ahí está “maistra”, ahí está “maistra”. La señora finalmente se tuvo que ir, y yo me quedé a sufrir...

Todavía mis alumnos de aquel entonces me recuerdan, me invitan a sus fiestas. Mi esposo también ayudó a las poblaciones y a los maestros.

Yo no les entendía a mis indígenas, me costó mucho trabajó enseñarles a hablar castellano. La última escuela donde trabajé, caminaba cuatro kilómetros, cargaba a mi hijo para llegar allí. En otros sitios caminaba casi todo un día. Me alojaba con una compañera que me ayudaba. Cuando yo inicié de maestra, pues los transportes eran caballos, atravesábamos el río Lerma. Se sufría en el magisterio, ahora se ha mejorado un poco.

Mi esposo ayudó a las comunidades de Guerrero. Yo hice gestiones con el secretario de Educación, para que pudiera estar aquí en México, le correspondía, después de 36 años de servicio. Yo acompañaba a mi esposo a donde él iba, me gustaba luchar igual que él.

No sé si en mi época habría muchas mujeres en mi situación, porque no todas se resuelven a ayudar a los esposos, a ayudar no solamente la situación personal, sino de la gente de los pueblos donde trabajamos, porque necesitan nuestra ayuda. Mi

esposo enviaba a sus alumnos a que continuaran sus estudios para que se beneficiaran, le preocupaban. Fue entonces supervisor. Y, después de tanto trabajar, finalmente enfermó del corazón.

EL GENERAL CÁRDENAS

Sí, ¡cómo no!, claro que lo conocí. A él se le deben las nacionalizaciones. Lo veía a veces por el zócalo capitalino, caminaba solito, muy confiado, era muy franco... ahora andan escoltados, él no, nada de eso, el general era franco, sincero.

Cuando fundé la escuela “Lázaro Cárdenas”, ese tiempo ocurrió que al entonces político Calles, se le mandó lo siguiente: estaba en una fiesta de amigos, en su hacienda, y le mandaron que saliera inmediatamente de México, son órdenes del general Cárdenas. Él replicaba —eso dice mi general...

El general Cárdenas para todo fue muy franco, muy sincero, practicaba la honradez y el trabajo. Veía por la ciudadanía. El solo se enfrentaba, él a todo se enfrentaba, él mismo, nada de que ahorita me acompañan, vamos a tal parte, no, él personalmente se enfrentaba a todo. Y llevaba a los maestros “misioneros” a que ayudaran al pueblo, impartieran educación, dedicaban todo su tiempo a ellos.

En esta época había maestros “misioneros”. La pobre gente no estaba ni capacitada para el trabajo, entonces aprendieron muchas cosas. Todo se fue mejorando...

Finalmente, agradezco su atención. Y quiero decir que sé que contamos con un delegado muy bueno, muy humano. Ahora ya se pavimenta y se reforesta, así que hay mucho que agradecerle. Y cuando solicite nuestra ayuda, con todo gusto podemos servirle, para mejorar al pueblo, para que cambie su situación. Así que pa' él nuestra amistad sincera.

ESPONTÁNEA, ATENTO PÚBLICO DE LA MAESTRA MARÍA DE LA LUZ NIETO: SEÑORA PATRICIA MORENO

Al entrevistar a la maestra María de la Luz, poco a poco se fueron aproximando un par de mujeres que curiosas, atentas y respetuosas, deseaban escuchar el testimonio de la maestra. Así que permanecieron atentas y una de ellas al finalizar la entre-

vista realizada a jardín (y corazón abierto), en la Casa de la Cultura, donde las campanadas de la iglesia siempre están presentes, así como el sonido de la exactitud del reloj, y el ir y venir del pueblo; así, espontáneamente, la señora Patricia Moreno quiso añadir:

“Maestra, en un momentito todo lo que me hizo recordar, el escucharla todo lo que me hizo recorrer...”

¿Se acuerda cuando pasaba el tren, o el camión del ‘caballito’, que nos llevaba desde aquí hasta Reforma?

También quiero decirle algo, me da tanto gusto que su esposo haya sido tan bueno. Ojalá reencarnara otra vez en otra persona que haga nuevamente tanto por las personas, por nosotros el pueblo...”.

TESTIMONIO DE LA MAESTRA YOLANDA PÉREZ NIETO

“Yo llegué muy pequeña a Tlatilco, también soy maestra. Seguí el ejemplo de mis padres. Fui maestra foránea, trabajé en San Juan Teotihuacán. Mis padres y yo hemos sido maestros rurales”.

Mi padre fue un luchador social. En alguna ocasión, al encontrarse con este señor Del Mazo, comentó las necesidades de la comunidad donde él trabajaba. Y la respuesta fue: “Ya deja de pedir, de pelear por los pueblos, en lugar de pedir para los pueblos, pide para ti”. Mi padre le respondió: “Para mí absolutamente nada, si no puedes ayudar al pueblo, muchas gracias, yo sabré a dónde acudir para ayudar”. Mi padre se dio la vuelta y se fue.

Creo que mis padres siempre se ayudaron, quizá por tener la misma profesión se comprendieron mucho más. Aún los profesores les piden consejo. A mi padre le gustaba el campo. Y cuando ascendió a supervisor, logró apoyos para sus compañeros, para el pueblo.

Bueno, lo que respecta a mí, pues muy pequeña viví en Tlatilco, entré a los cinco años a la primaria, mis padres por su trabajo estaban lejos, y me alojé con una tía aquí en Azcapotzalco, aquí concluí hasta el quinto año. Tengo buenos recuerdos, mis tíos me traían al jardín Hidalgo, al mercado, esa era mi diversión. Después regresé a Tlatilco con mis padres, allí hice la secundaria, luego estudié la Normal y la Superior. Trabajé en escuelas foráneas y del Distrito Federal.

Recuerdo algunas amiguitas de primaria. A las líderes, y la hora del recreo. Una de mis compañeritas nos atraía con sus cuentos... estudié en la “Julio García”. Cuando se realizaban fes-

tividades, incluso había desfiles. Mis maestros eran muy exigentes. Por estas calles de avenida Azcapotzalco desfilábamos.

Tengo buenos recuerdos de Azcapotzalco...

TESTIMONIO DE LILIANA VÁZQUEZ ROA

En memoria al Maestro Fidencio Cabrales

Llegamos a la calle Maxtla, pero un vecino se adelantó para decirnos, al miramos ahí suspendidas ante la puerta que esperamos se abriría al recuerdo... ya no hay nadie allí, sólo de vez en cuando, ya han sacado muchas cosas...

Seguimos ahí, ahora clavadas al piso, ante la puerta, como esperando el milagro, que alguien franqueara el espacio. Quizá no se abrió del todo, y la discípula del maestro Fidencio, con la necesidad que evoca el afecto, el recuerdo, encontró por una “hendidura” de sueño que descubrió de repente, por donde miró ese mundo, el arte de su maestro.

Como dije, ahí estábamos ahora, una mujer clavada a esa acera y la otra suspendida otra vez en el aire, recuerdo, mirando por un agujerito providencialmente dispuesto en la puerta que no se abrió materialmente.

De pronto, escuchaba, al mirar a la discípula suspendida ante la hendidura del sueño: mira, ahí está el jardín, pero ya no están las esculturas, tampoco el taller, mira allí estaban, por ahí, ese era un caminito de plantas, allí nos sentábamos, pero ya no están las esculturas...

Creo que yo también supe que ya no estaban las esculturas, aunque el recuerdo y el afecto respetuoso, furtivo, las volvió a dejar allí, las trajo nuevamente, y el jardín con plantas que habían querido nacer allí, volvió a su sitio desde aquel espacio en el que las cosas se vuelven a pasar por el corazón: el recuerdo.

“Y podríamos decir al maestro Fidencio que alguien ha vuelto para recordarle que sus esculturas viven, que los dioses están por llegar...” (Nota de la entrevistadora).

EL MAESTRO YA NO ESTABA ALLÍ...

“Se murió tu maestro”, esto me lo dijo así mi madre cuando regresaba de un largo viaje de Chiapas y otra larga estancia en Brasil, “Ya se murió tu maestro, tu maestro de maya”. La tristeza me invadió, me quedé en silencio. Mi madre me había convencido para que bajo la tutela del maestro Fidencio Cabrales, estudiara maya. Ella me convenció de la importancia por conocer nuestras raíces, nuestras lenguas, en fin, el maya. Así que me conseguí a un maestro, me dijo: “Ya tienes un maestro así que mañana a esta hora empiezas tus clases, y le preguntas cuánto te va a cobrar”. Entonces tendría yo unos 22 años. Lo frecuenté durante un año, dos o tres veces por semana. Incluso cuando empecé a trabajar, ahorraba para pagar yo misma las clases.

Llegué a su casa, la casa del maestro. Fue una aventura. Me enseñaba la lengua maya, pero a veces hablábamos mejor de la vida o cantábamos. Y cuando descubrió que yo tocaba la guitarra, me dijo: también te voy a enseñar música. Me hacía cantar, cantar en maya y canciones con tonos muy altos, curiosamente en ese tiempo empecé a cantar bonito.

Y ÉL... ¿CÓMO ERA?...

A menudo hablaba de dioses, de los dioses mayas. Aunque decía también que con la “cruz llegó la espada”. También solía referirse a la mujer; a la mujer maya, a la mujer campesina que era tan explotada. Su escultura lo muestra; la mayoría de éstas representan a mujeres trabajando, moliendo, cargando a sus hijos, o mujeres desnudas.

Al entrar a su casa veías un jardín cuyas plantas nacieron silvestremente, ahí se les antojó nacer, no era un jardín diseñado, entonces encontrabas una planta y a su lado una escultura. Aunque también para él cada planta tenía un significado, algunas eran curativas o plantas que eran su compañía, plantas compañeras, también tenía un perro, así que al llegar a su casa él le daba ciertas instrucciones al perro, como la compostura por estar allí un visitante, yo, y al despedirme lo mismo otra instrucción al perro que fielmente lo obedecía.

Era una persona muy organizada. Dicen que con nadie hablaba, pero es que nadie lo entendía, pensaban que estaba

loco porque hablaba de los dioses mayas. Lo veían viejito, y como siempre andaba con el mismo peto, creían era loco, la gente no se le acercaba. Solamente salía para traer algunas cosas como las tortillas, o a encontrarse con objetos que le podían servir para su taller o para esculpir. Siempre encontraba algo que traer a su casa, porque siempre estaba construyendo algo.

También era investigador, criticaba el imperialismo en el que vivíamos, decía que a los mexicanos nos querían envenenar, que todo lo que comíamos era veneno, y experimentaba con la orina, y concluía que la alimentación nos llevaba al camino de la enfermedad. Entonces aconsejaba la curación por medio de la herbolaria. Tenía en su poder libros antiguos, me parecían extraños, en éstos el tema era la curación. Incluso él podía, con sólo mirarte el rostro, diagnosticar tus estados de ánimo o si padecías alguna enfermedad. A mí me decía que estaba muy flaca, que debía comprar uvas y licuarlas.

Otra ocasión me hablaba del papel de la mujer, de la mujer cuando se casa, que debía ser la administradora, porque siempre habrá tiempos de hambre, así que le dirás a tu esposo que te compre un costal de frijol, otro de arroz y azúcar, con eso tienen para vivir, cuando lo veas a la mitad, tienes que ahorrar para comprar otros costalitos, Decía que era importante almacenar lo básico. Creo que él hacía esto porque sólo lo veía comprar tortillas, quizá sólo comía frijoles y arroz.

Su casa era muy bonita, tenía un techo viejo con plásticos de colores, era un artista, allí había mesas y sillas viejas, pero muy ordenaditas, todo lo tenía en orden. Entrar a su casa significaba algo mágico, entrar a otro tiempo. Era otro Azcapotzalco. Nunca he conocido una casa así; muy sencilla, pero con tanta riqueza, con polvo, llena de polvo, pero era un polvo de ciencia, polvo en el orden, como si el polvo fuera el que acumulara su sabiduría y fuera el que hablara de su experiencia. Nunca sentí que fuera un lugar sucio, era el polvo de la experiencia.

A veces me invitaba al sitio donde se encontraban la mesa y la silla, tomábamos café, o caminábamos por su jardín y me enseñaba herbolaria, decía: mira esta planta, pues crece en la banquetta y te cura el estómago. Entonces me gustó saber esto porque cuando veía las plantas en las banquetas, pues sabía que eran curativas.

Otras ocasiones nos ubicábamos en su taller, había maderas por todos lados. Alguna vez quiso enseñarme a esculpir, pero me parecía algo complicado. Así que combinaba y me enseñaba música, maya, herbolaria, me enseñaba de su vida y me daba consejos para cuando me casara y saber cómo no pasar pobreza.

Su sueño era abrir un museo, él era de Colima, quería llevar educación a su pueblo, la cultura de sus ancestros. Me platicaba que los dioses le hablaban por las noches, por eso él esculpía, decía que se comunicaba con ellos, sobre todo con una diosa maya.

Curiosamente al estar en Chiapas hablé maya, claro las palabras que me había enseñado el maestro Fidencio, pero nadie me entendía, no conocían esas palabras. Entonces no supe realmente qué me enseñó.

También supe que él dejó una obra inconclusa en el jardín Hidalgo. Cuando la Casa de la Cultura fue recientemente inaugurada, sería después de la administración del delegado David Jiménez, pues fue cuando lo invitaron a exponer su obra, me dio mucho gusto, ese día traía una camisa nueva, estaba muy guapo, y tenía más de 80 años. Pero después me contaba cómo le fueron robando esculturas o cuadros, yo me desesperaba, pero en ese tiempo pensé que ya no se podían recuperar. Después le pidieron hiciera una escultura de madera en el jardín Hidalgo, pero la delegación no le colocaba los andamios, incluso los colocaron mal y él se cayó, se lastimó, y después no le dejaron continuar su obra. Fue absurdo, no lo dejaron terminar.

Después supe que empezó a tener accidentes, se caía... perdí contacto con él porque tuve que viajar, me despedí de él, nos dio tristeza. Me divertía tanto con él, estaba en otro tiempo, no porque estuviera en un tiempo antiguo, porque era un hombre visionario, era como estar entre el futuro y otra época muy diferente, no podría decir o ubicarlo en tiempo.

Curiosamente, volví a recordarlo porque en una junta comunitaria llevada a cabo en días anteriores, una señora propuso hacer algo por la memoria de un maestro que había allí en la colonia, lo reconocí, ese maestro era el maestro Fidencio Cabrales. Vivía en la calle Rey Maxtla.

Pero muy poca gente lo reconoció. Les parecía tan raro que hablara de los dioses mayas. El maestro Fidencio fue reconoci-

do, en cambio, en otros países, es triste que nosotros no reconozcamos a los nuestros y a lo nuestro. Me entristece porque murió olvidado, con esas limitaciones físicas de su edad, tenía casi 90 años.

Lo consideraban como un loco. A sus hijos les parecía que tenían un papá muy raro. Pero él participó en la construcción del Palacio de Bellas Artes, él cuenta que cuando vino a México, D.F., procedente de Colima, llegó porque quería ser artista, dice que en la Central de Abastos comía sobras, se dormía en una esquinita.

Y consiguió estudiar en La Esmeralda, en la época de Rivera y Frida, claro, aprendió escultura. Luego le dieron trabajo en el Palacio como herrero, participó entonces en el grupo de herreros para construir el palacio.

Vivió con muchas limitaciones económicas, pero con muchas ilusiones. Decía, incluso, que la pobreza que padecíamos era a causa del despojo por la llegada de los españoles, pero decía que los dioses regresarían, por eso era importante que los conociéramos, por esto quería abrir el museo, tenía un significado, decía que para que regresaran debíamos conocer, que el pueblo sea instruido, lea, escriba.

Particularmente, creo que este “regreso” será cuando los mexicanos decidamos y tomemos otro rumbo para el país... y esto es lo que recuerdo...

TESTIMONIO DE LA FAMILIA CABRALES

MARÍA LUISA HERNÁNDEZ DE CABRALES

Nos conocimos en Bellas Artes, en una exposición que él hizo. Por los años treinta. Lo conocí ya grande, él tenía 55 años, yo tenía 27 años. Era tan disciplinado. Imagínese tantos años pasaron y no lograba formar una familia cuando era joven, la formó hasta los 55 años. Nuestros hijos son: Cuitláhuac, Xóchitl, Tonantzin, Tlalli, Mixtli, Malinalli. No le gustaban los nombres españoles. Nuestros nietos siguieron la misma historia, nuestro primer nieto se llamó Quetzalcóatl, el segundo Cuauhtémoc.

Cuando lo conocí él ya vivía aquí en Azcapotzalco. Primero vivimos en Rey Maxtla.

Él... él se levantaba muy temprano para trabajar en sus esculturas, les tenía mucho aprecio. Porque entraba a trabajar después a sus clases. Le gustaba hacer vaciado de yeso, de cemento. Su familia era de Nayarit. Salió de allí a los siete años. En Guadalajara trabajaba en un taller, y allí aprendió.

El no tuvo papeles, ni títulos, todo lo hizo con mucho sacrificio. Aquí en México, entró a una escuela que estaba por la Merced, allí aprendió talla directa. Todo esto me lo contó. Yo lo conocí después.

Su última exposición la hizo en la Casa de la Cultura, pero allí le hicieron enojar y ya no continuó. Trataba de no vender su obra. El nació el 16 de diciembre de 1905: Fidencio Cabrales Ávila, y falleció de 89 años, en 1994.

Le gustaba caminar por el jardín Hidalgo, por ahí, esas eran sus calles queridas. Caminaba mucho por todos lados, la avenida Azcapotzalco, todo este cuadro, calles muy caminadas por él. Regresaba y le gustaba dibujar. También iba a Chapultepec, en su tiempo libre lo único que hacía era tallar su piedra, también

leía muchísimo. Le gustaban las plantas. Después de ser maestro pensionado, buscaba alumnos, les daba clase en su taller, ubicado en la calle de Rey Maxtla. También dio clases en San Carlos.

En “La Esmeralda”, los fines de año hacían un convivio y yo lo acompañaba. Sólo me acuerdo de esto, mi hijo tenía unos tres años. Y todos estos recuerdos habrá que conservarlos, porque significan tanto como si él estuviera...

CITLALLI CABRALES

Él tenía la educación de antes, su carácter fue estricto, sobre todo con la familia. Quería protegernos. Lo veía trabajar mucho. A mi padre siempre le gustó el arte, pero el arte que correspondía a las culturas originarias, culturas indígenas. Siempre luchó por lo que quiso, incluso a los 80 años no dejaba sus actividades, si se detenía, se enfermaba, la actividad le daba mucha fuerza para seguir viviendo como persona. En tantos lados a donde iba hacía exposiciones.

Siempre trabajaba, lo veía con su ropa de trabajo, y el cincel y el martillo en las manos, trabajaba la madera, la cantera, siempre dando forma a las piedras. Yo no sentía gran cosa, tampoco aprendí su oficio, porque el que sentía era él...

Aunque estuviera trabajando siempre nos hacía caso. Y platicaba mucho, me contaba siempre de su niñez. Decía que tuvo una infancia muy difícil, llegó solito a la Ciudad de México. Sufrió, no tuvo ningún apoyo. Pero a él esto le dio fuerza, creo que por eso logró lo que quería, como entrar a una escuela de escultura, aprender y tener un oficio. Pasó por tantas cosas, valoró el sufrimiento y sacó fuerzas para superarlo todo. Siempre estaba tan activo, a veces solo. Luchó tanto y logró.

Al estudiar en San Carlos él inicia su trayectoria... mi padre no fumaba, sus vicios eran sus esculturas, y la guitarra, la medicina natural. Curaba a las personas que se acercaban, las curaba con plantas medicinales. Su hermana, Martina Cabrales, se dedicó a la medicina herbolaria allá en Nayarit, ella dedicó su vida al servicio de la humanidad, y mi padre por eso conocía los secretos de las plantas medicinales. Él mismo se curaba, estuvo bien tantos años, se hacía sus propios remedios. No asistía a los

médicos, sus plantas y la homeopatía lo curaban, de nadie dependía, caminaba bien aun ya grande.

Nosotras también tomamos medicinas homeopáticas y herbolaria... respecto a su obra, decía que las piedras o los troncos le decían la forma que tomarían, así trabajaba sobre la talla directa. Él nació con ese don, el don de la escultura.

En 1929 empezó a dar clases en la SEP, se jubiló en 1972. Y analizando todo lo que él hizo, y fue en Bellas Artes, la SEP, desarrolló actividades muy importantes, pero nadie es famoso en vida, sólo hasta que muere. Aquí están los testimonios, no sólo para su beneficio, sino para el pueblo.

Nada le impidió seguir adelante, sólo la vejez. Decía:

“Lo único que a mí me derrotó para seguir haciendo todo lo que yo quiero es la vejez. Nada pudo derrotarme: ni el cansancio, ni la gente, nadie”.

TESTIMONIO DEL MAESTRO TOMÁS TAVIRA

De oficio peluquero, Boxeador de corazón.

Al maestro Tomás Tavira, oficio: peluquero y boxeador.
Esta entrevista queremos dedicarla a la
maestra Charlotte Bradley.

También a las siete caídas provocadas por
los contralores, contadores, contratos,
y demás cuentos...

Lo ocurrido en esa tardecita y el entrevistado irremediablemente nos recordarían a Julio Cortázar leyendo “Torito”, ese cuento cuyo tema es la historia de un boxeador...

El “Torito” ahora en Azcapotzalco, recordábamos la generosidad en la narración del escritor latinoamericano:

“...Cuando estás abajo, todos te fajan, che, todos, hasta el más maula. Te sacuden contra las sogas, te encajan la biaba. Andá, andá, qué venís con consuelos, vos. Te conozco mascarita...”.

Vaya lección cortazariana para una tarde tepaneca. Vaya certeza justo allí.

Para recordar también en las tardecitas siguientes del ámbito tepaneca... la filosofía de “Torito... esa vez te gané, pero... para mí que la empatamos...”. (Nota de la entrevistadora).

También agregaremos algo más, el maestro del box llegó acompañado por sus cinco hijos, que nos rodearon como si estuviésemos en un ambientado y generoso ring, donde nadie pelearía, pero sí platicarían hasta tirar la toalla...

Y quedó claro que, efectivamente, como expresó la familia Tavira: el deporte une a las familias. Y así fue.

Cuando empecé en el box fue en 1932. Alguien me vio con los guantes colgados... me propusieron una pelea, yo no había en-

trenado con nadie. Me llevaron al ring, esta pelea fue a cuatro rounds. Desde este momento me ilusioné y continué en el mundo del box. Pero muere mi padre en 1933, y en la familia cada quien tomó su rumbo. Yo nací en Taxco, soy de un barrio que se llama Chavarrieta. También viví en Cuernavaca, a los 13 años empecé a trabajar en una peluquería.

Nací el 21 de septiembre de 1917. Cuando llegué a México seguí trabajando para vivir, y aquí me entró la locura por el box, empecé a entrenar aquí en Azcapotzalco, sí aquí había un gimnasio, estaba aquí en la calle 22 de febrero, pero... me da tristeza y gusto por haber vivido lo vivido, pero la tristeza es por la incapacidad que tengo para poder trabajar. Tengo ganas de seguir trabajando, y la idea básica en el deporte que yo escogí fue quitar de la perdición a la juventud.

Empecé a entrenar muchachos en la calle... con dos muchachos, eran mis ayudantes en la peluquería. Después entrené a otro, a ése sí le gustaba la peluquería y entrenar, salió buen muchacho; Alejandro Vega, falleció, pero fue campeón de guante de diamante. Me acuerdo que cuando peleaba, llevaban una orquesta, y ésta tocaba para él "Amor chiquito". No teníamos intereses, yo no, pero se quiso ir con el Cuyo Hernández. Mi peluquería estaba en el pleno centro, me acuerdo de ella y de este muchacho con tristeza porque no se portó bien conmigo. Era como mi hijo.

Como le digo, había un gimnasio aquí en Azcapotzalco, 22 de febrero y la calzada Camarones. Ahí entrenamos, y empecé también a pelear, después dejé el gimnasio y empecé a entrenar en la calle, vivía yo en la calle de Santo Domingo, hacía mi gimnasio en el suelo, allí se acercó un muchacho, Nicolás Morán, fue en 1941. Fue uno de los más grandes boxeadores que hubo en la República mexicana, obtuvo el campeonato en peso ligero, también falleció. Pues este muchacho entrenó en la calle conmigo, vivía por la calzada de los Ahuehuetes, nosotros en Ahuehuetes y Santo Domingo. Bueno, frente a lo que fue mi casa había un terreno, ahí hacía peleas.

*EL "RING" ESTABA EN LO QUE AHORA
ES LA CASA DE LA CULTURA...*

En 1936, conocí al maestro Lecuona Santos, se arreglaba conmigo en la peluquería, le platicué poco a poco la historia... él me invitó a este gimnasio, sí, aquí estaba, en la casa que ahora estamos, de la cultura, allá tirábamos guantes, en lo que ahora es la entrada, por acá estaba la pera, aquí estuvimos hasta 1960.

Mi peluquería estaba a un lado del kiosko, allí hicimos amistad... era delegado, me pedía funciones. Después también en el 36 se inauguró el "Campeonato de Guantes de Oro" en la Arena Coliseo, participaban poco a poco mis muchachos, uno fue peso welter, se llamaba Pedro Martínez, de San Sebastián. Seguimos, en todos los pueblos me pedían funciones. Me daba mucho gusto organizar, y yo solito, todavía no tenía a mis hijos para que me ayudaran, entonces yo la hacía de juez, de doctor, de tomador de tiempo, de todo. Cada año se hacía aquí una feria regional. La última en la que participé fue en 1960.

El box ha sido la satisfacción más grande, como mi propia vida, quise el deporte que me gustó. Me siento muy feliz por esto, visité muchos países, cómo podría haberlo hecho, atravesar el mar veintitantas horas... me siento muy satisfecho... y puse muy en alto el nombre de Azcapotzalco.

Me siento mucho muy a gusto, por haber desarrollado la ilusión de mi vida... no me arrepiento. Aunque ya no podré seguir trabajando, dicen los doctores que no se me quitarán los dolores de mis piernas.

Estos escudos que traigo en la solapa, pues son de la única olimpiada que ha organizado México, en 1968, estuve comisionado como réferi y organizador. También participé en los Juegos Panamericanos de 1975. Gracias al deporte estoy bien, tengo ahora 83 años, me siento feliz, un poco aburrido y desesperado, pero a gusto, claro de una forma adaptada a mi edad...

Mire, quisiera que oyeran este casete, y oiga lo que dijeron en un pequeño homenaje que me hicieron.

Bueno, también le voy a decir la verdad, porque a mí no me cierra la boca nadie, últimamente, hace unos 15 años, la autoridad me cerró las puertas para promover el deporte, y el deporte se necesita urgentemente, para la juventud, no hay necesidad de patrullas o policías, de nada, con el deporte sobra para que no

exista el desorden que existe. Sí, con el deporte sólo se tiene tiempo para entrenar, se cansan, se duelen, se lastiman, están ocupados. Es importante que los gobiernos abran deportivos, cualquier deporte, y no será en vano el sacrificio.

Yo lo viví en carne propia, fui boxeador hasta 1958, fui profesional en 1942. Un día me quitaron mi gimnasio, y mínimo había 42 muchachos, ahora me lo han quitado, eso era una herencia, y me dieron uno en donde caben 10 muchachos. El profesor Lecuona me hizo ese gimnasio. Cuando se inauguró había 150 muchachos, había de todo. Pero murieron y se fue abajo todo. Ya no nos autorizan funciones y son elementales, para desarrollar a los muchachos, porque si no sólo están entrene y entrene.

Esto es una tristeza para mí muy grande, porque donde hay amplitud, hay facilidad para trabajar y si no la hay, no hay trabajo.

Fíjese, cuando mi gimnasio estaba aquí, aquí (se refiere a la hoy Casa de la Cultura), se juntaba la gente, estaban tirando guantes y la gente se quedaba hasta en la calle, me sentía muy feliz, hasta me ponía a tirar guantes con ellos, aunque usted no lo crea, los estaba dirigiendo. Aunque me decían algunos que yo sólo sabía mandar, hasta que me puse con uno que pesaba unos 66 kilos, le gané... es muy bonito todo esto. Fui muy feliz...”.

TESTIMONIO DEL BOXEADOR TAVIRA (HIJO)

Quiero hacer una remembranza de lo que hemos vivido, no sólo yo, sino también mis hermanos, son: Luis, Arturo, Salvador y el biznieto Ernesto. Quisiera comentar que mi papá ha sido un enamorado del deporte, del box, pero de los grandes, él trabajó para la delegación, en el piso, con inclemencias terribles, sin recibir un peso, trabajó así 26 años, dándole el deporte a Azcapotzalco.

Aunque mi papá nació en Alarcón, Guerrero, él es de Azcapotzalco, desde los 13 o 14 años estaba en Azcapotzalco, luchó siempre por el nombre de esta delegación. Aquí en el jardín Hidalgo, ponía una lona, hacía allí funciones de box, los días 15 de septiembre se hacían funciones de box y lucha libre... pero se suspendió esta tradición de más de 50 años... mi papá, en una junta, dijo a las autoridades que si no había presupuesto él lo ponía para hacer la función de box. Lo hicimos con nuestros medios. Esto fue hace cinco años.

Tenemos 32 años trabajando con una base. Dejamos tres partes de nuestras vidas en el gimnasio y algunas autoridades nos quitan nuestro gimnasio de duela, y nos mandan a uno de cemento, con un ring de seis por seis.

Pero es injusto, no tanto para mí que casi encontré la mesa puesta gracias a mi papá, pero es por mi papá... y es doloroso que no se le reconozca. Yo no soy tan importante. Yo traigo el box en la sangre y no lo dejaré.

He estado en campeonatos a nivel mundial representando a México como juez, como réferi, pero mi orgullo era representar a Azcapotzalco. Porque yo soy nativo de Azcapotzalco, de Santo Domingo, nací en la calle de Rey Maxtla número 50.

Y, como suele decirse, parece que a nosotros nos cortaron el ombligo aquí en Azcapotzalco, tanto a mi papá como a mí, porque nunca quisimos salir de aquí. Incluso yo pude haber estado en otros países, acumulé 67 viajes al extranjero, siempre representando en Juegos Olímpicos, Panamericanos, etcétera. Después de 35 años de trabajo ganamos muy poco...

También trabajo para la UNAM, soy profesor de educación física, con 30 años de servicio... sigo en el box porque es mi pasión.

Quiero decir que esta es la primera vez, en todo el tiempo de servicio aquí, en 30 años es la primera vez que nos hacen una entrevista, tal como lo hacen ustedes, para saber las memorias, amarguras y glorias del box en Azcapotzalco. Nadie más se había preocupado.

TESTIMONIO DE LUIS TAVIRA

Recuerdo más claramente, ahora que estamos en este lugar que ahora es la Casa de la Cultura, antes era el ring, pues de chicos yo y mis hermanos ayudábamos, por ejemplo vendábamos a los muchachos, acomodábamos las peras, y esperábamos a mi papá que trabajaba aquí cerca, su peluquería estaba por el jardín Hidalgo.

Y quiero hacer hincapié... mi mamá también daba clases de box... ella venía aquí, se ponía sus guantes, les enseñaba cómo golpear los aparatos, vendaba a los muchachos. Mi madre se llamaba Josefina Romero de Tavira.

Entonces, cuando mi papá tenía dos eventos, por ejemplo, en San Marcos y en San Andrés, a doble función, pues mi mamá se iba con un equipo de box, les exigía...

Mi madre fue un apoyo muy fuerte para mi padre. Ayudaba a que el equipo saliera adelante. En los campeonatos de guantes de oro, eran muy duros, y cuando mi papá no podía llegar ella estaba allí. Eso hacía que nosotros como hermanos, por ejemplo ellos dos que son los mayores se subían a la esquina y mi mamá les gritaba desde abajo: "Tiren llave, no se dejen... échenle ganas".

Tenía que hacerlo así porque no la dejaban subir, no la dejaban subir porque era mujer... ahora ya hasta pelean. Si mi mamá viviera, tuviera ahora un equipazo de box, porque les exigía muchísimo.

Así, nosotros los hermanos, armábamos aquí rines improvisados, ahora están armaditos, pero antes nos daban la madera y a clava... a veces se caían los rines...

Nosotros corríamos peligro, la lucha libre apasionaba a la gente... Antes caminábamos por las avenidas y nos gritaban

“adiós Tavirita”... Ahora ya ni nos conocen. Mi papá iba al mercado y todo el mundo lo conocía, quizá la población era distinta.

Mi mamá sufría por la temeridad del deporte, pero cuando llegábamos a la casa nos esperaba y estábamos felices, nadie comía hasta que llegábamos a la noche porque salíamos temprano, armábamos el ring, terminaba la función por la tarde, y a desarmar, eran las nueve y 10 de la noche. Ahora que llegamos aquí pues, pues le platicamos al biznieto de mi padre cómo era el ambiente aquí cuando entrenábamos a los muchachos... por ejemplo cuando llegaba la ambulancia y se detenía todo porque venían a dejar a un difunto. Lo dejaban, se iba la ambulancia y seguíamos entrenando, y como si nada.

También podríamos recordar cuando le dieron a mi papá el “Deportivo Reynosa”. Cuando se entregó, al año se hacían ya campeonatos...

TESTIMONIO DE LA SEÑORA ÁNGELA MESA

La señora Ángela cuenta con 98 años, y ante su vejez cree y agradece la vida. Es menudita, pequeña y afectuosa, sentadita muy junto a quien le hacía esta entrevista, como para saber quién es, decía que no sabía qué platicar, pero su cercanía hablaba por lo que ella no podía decir... Y parecía que su vida era un hermoso aliento sin tiempo, pero con un espacio muy específico: Azcapotzalco.

Yo nací en 1904 y en 1950 nos venimos a vivir a Azcapotzalco, esto es lo que puedo decirle. Somos de Morelia, Michoacán, cuando llegamos estaba un poco destruido Azcapotzalco, entonces recuerdo había por ahí techos de lona, así era el mercado. Cuando llegamos, pues nos recibió en su casa un primo hermano que entonces vivía en Santa Julia, allí duramos unos meses. Después el señor Ricardo fincó aquí en esta avenida, ahora Castilla, y nos venimos para acá de vivir en Santa Julia.

Pues me gusta vivir aquí porque ya nos aclimatamos. Ya a ninguna otra parte podríamos irnos. Casi no salía de aquí, fui muy poco afecta a salir para pasearme, sólo al mercado, o con mi hija al centro.

Cuando llegamos a vivir a esta colonia yo veía muy destruido todo, porque Morelia es muy arreglado. Bueno, Santa Julia también estaba muy desarreglado. El raterío, por donde sea había, ratas por todos lados, en el mercado, por donde quiera.

Bueno, he sido poco afecta a tener amistades. Mi hija era la del mandado, yo siempre estaba aquí. Siempre aquí, con mis nietos. Casi no teníamos amistades por fuera. Estábamos en un barrio tan diferente. Antes estaba sólo el mercado en el zócalo.

Bueno, los tranvías, eso no lo vi yo, ah, pero sí me acuerdo, uno que pasaba por acá atrás. Hace poco que los habrán quitado.

LAS FIESTAS

Aquí hace poco hubo una fiesta, estuve muy alegre, todo fue muy alegre, gracias a Dios. Me fui desde las seis, la misa empezó a las siete, muy bonita y harta gente, con mucha fe. Cuando podía siempre iba a la iglesia del jardín, pero ahora ya no me arriesgo a salir sola, temo una caída.

PARA VIVIR TANTOS AÑOS...

Van pasando los años, no los va uno sintiendo, pero me pongo a pensar que por la gracia de Dios no he tenido enfermedades pesadas. Mi vejez va acabándose, bueno no mi vejez, mi vida se va acabando. Mi vejez la estoy recibiendo con la gracia de Dios, me parece que con un poco de paciencia, porque como no he tenido enfermedades molestas y todavía me siento con ganas de hacer algo, me da ánimo, me siento todavía un poquito bien, aunque en la tarde me salgo muy cansada. La noche es pesada porque todo me duele, me levanto, voy de un lado para otro, pero lo lleva uno con paciencia. Bueno y espero que nos sigamos acompañando, con las personas que viven en esta casa, y después pues el camino que se nos tenga determinado.

Pero es triste señorita, es triste llegar a una edad en que ya la gente no tiene mucho trabajo o mucho movimiento, que ya no trabaja como trabajaba, es triste. La vista ya no me ayuda, pero por la gracia de Dios todavía puedo moverme, hacer algo, pues ¿qué es lo que puede hacer la dama? cocinar ya no... bueno, se va acabando todo, y es todo lo que yo tengo que platicarle.

Bueno, yo no conozco a esas personas que tienen mi edad, y que viven también en Azcapotzalco, pues conservándose completamente en el estado de mejoría, pues las felicito, y a las que han estado enfermas, pues pedir por ellas y se les ayude, pero para tener más vida yo creo que ya no. Les digo pues que las felicito.

Yo ya qué más tengo que platicarle, hay personas que sí saben platicarles diferentes cosas, de una cosa y de otra, y yo no...

Bueno ya todo es muy diferente, a cuando nosotros venimos y vimos esas ratas en el mercado, ahora todo es muy diferente. Todo está muy cambiado, y todo tendrá que cambiar...

TESTIMONIO DEL SEÑOR JOSÉ SEPÚLVEDA

El señor Sepúlveda ha sido habitante de una de las primeras casonas de la hoy avenida Castilla. Quizá si el lector pasea por allí observará una casa verde, abandonada, construida cuando todavía había veredas por aquí. Este vecino de Azcapotzalco lleva 50 años caminando por sus antes veredas y ahora calles. También fue uno de los primeros operadores de maquinaria en la industria editorial mexicana, y fundador del Partido Acción Nacional.

Nosotros vivíamos aquí en el piso de arriba, entonces vivía mi madre también, tenía 98 años cuando murió. Casi como la señora Ángela, van con el siglo. Nosotros venimos a dar al barrio en 1950, ya habíamos vivido en la calzada de Camarones, era muy angosta, mal trazada. Compramos una casita, pero la dejamos porque ampliaron la avenida, así que llegamos aquí, y después de dos años me casé con la hija de doña Ángela, duramos 43 años casados, hace cuatro años murió. Esta es la breve historia.

Bueno el dueño del terreno de aquí era un ingeniero, primo hermano mío, el ingeniero Hipólito Sepúlveda, que fue presidente de la Junta de Mejoras de Azcapotzalco. Residió en esta casona de la esquina, Castilla, desde 1930, era la casa más grande del barrio. Y nos invitó a vivir aquí, mi madre era su tía, así llegamos a este barrio de San Simón, yo llegué en 1942. La familia Benet era muy conocida, aquí donde están ahora estos departamentos había alberca y mesa de tenis, un gran jardín para su hija, pero ella murió en 1944, así que cuando llegamos estaba todo esto olvidado. Sólo tuvieron esa hija, la señora María de la Luz Benet fue esposa de Hipólito Sepúlveda Portilla.

Nosotros ya llevamos 50 años viviendo en este barrio de San Simón. Antes sólo había pueblitos, no había nada, estaba todo aislado. Sólo se miraban San Miguel Amantla, San Pedro Xalpa, recorriendo por aquí San Isidro, El Rosario, Santo Domingo, varios pueblos antiguos. Después se edificaron colonias como la Reynosa, allí antes eran alfalfares, después San Marcos, varios pueblos había, sólo digo algunos.

Bueno, yo me casé en el 52. Aquí nacieron mis hijos, son tres: Lucía, Hipólito y Clementina. En la época de López Mateos construyeron estos departamentos, porque el señor Benet los fincó, él era consejero de la presidencia, el general Huerta jefe del Estado Mayor Presidencial, venía aquí a Azcapotzalco a la casa de Castilla, eran amigos de la familia. Ya han pasado muchos años.

Yo nací en 1920, en Morelia. Sí, llegamos en el 42, ya hace 58 años que hemos vivido en Azcapotzalco. Llegamos, como le digo a la calzada Camarones, que fue la calzada más ancha. Después fue vía rápida.

Mi trabajo estuvo siempre en el rumbo del centro. Trabajé en la imprenta del Banco Nacional, fui operador de guillotina, aquí llegaron las primeras máquinas. Después trabajé en la “Organización Editorial Novaro”, allí estuve 30 años, ya me jubilé. Capacité gente, al principio éramos 100, después creció a 1 000. Allí había correctores, escritores, el mismo Novaro fue escritor, contemporáneo de López Mateos. En esta editorial se hacían los “textos gratuitos”, don Martín Luis Guzmán era el director de texto gratuito, durante seis años, porque se hacían también otras cosas. El fuerte de la editorial fueron los *comics* de Disney. Yo era jefe de las máquinas de corte. Casi fui el primero para recibir las instrucciones de las máquinas nuevas.

EN TIEMPO DE DON LÁZARO...

Desde que vivía en Morelia aprendí el oficio editorial, en una imprenta que tenían unos españoles, allá cuando fue gobernador don Lázaro Cárdenas. Los españoles eran muy amistades de ellos. Y allí aprendí la encuadernación, páginas de rayado, en aquel entonces había cuadernos de a centavo, allí doblaba papel, cosía a mano, en aquel tiempo se ocupaban mujeres para que cosieran el libro...

En el tiempo en que salía de la escuela cuando don Lázaro fue gobernador, desde 1930 hasta 1934, y desde del 34 hasta al 40 fue presidente, él fue aprendiz con un señor Ibarra, tenía una imprenta en Morelia, después se lo trajo como director del Museo Nacional, al señor Ibarra.

Mire, aquí está el general... en esta foto que conservamos, está junto a los fundadores de la Comisión Federal de Electricidad, y aquí está mi pariente, mire, era él más alto... aquí de Tacámbaro, el hermano del doctor Ignacio Chávez, y aquí mi pariente Hipólito Sepúlveda Portilla, esta foto he querido entregársela a Cuauhtémoc Cárdenas...

FUNDADOR DEL PAN

Sí, participé en la fundación del partido allá en Morelia con el licenciado Estrada Iturbide, fue uno de los fundadores, era tribuno, y yo estuve allí en 1931, en la ciudad de Morelia. Pues sí, le digo, participamos en algunas cosas, y pasó el tiempo...

TESTIMONIO DEL MÚSICO VÍCTOR MIRANDA EQUIARTE

El chelista de 100 años

El maestro Víctor Equiarte nació en aquel poblado del que Juan Rulfo escribiría un espléndido cuento: Talpa. Como Rulfo, el maestro Equiarte también nació en Jalisco. Quizá el denominado “realismo mágico” alargó sus raíces desde allí.

Y mágica es entonces la viva presencia del maestro Equiarte, quien, además de Talpa, echó raíz en Azcapotzalco, sitio al cual llegó con una de sus hermanas, quien se había casado con un médico que vivía aquí. Su primer domicilio fue entonces en avenida Azcapotzalco. Posteriormente, se quedó definitivamente con su chelo siempre y su familia, en Ángel Zimbrón, José F. Gutiérrez, número 358.

Digamos que desde hace 60 años los muros de esta casa han escuchado las notas de aquel inseparable compañero, hasta hace dos años, ya que el maestro Equiarte, nacido en 1896, un 20 de diciembre, ha dejado de tocar, sus ojos no le ayudan, pero su melena aún es abundante y sus mejillas tienen dos pequeños medallones rojos. Además, el maestro Equiarte, quizá como buen jalisciense, a la manera de Rulfo, ha ejecutado su arte como el mejor, y tal vez por la magia que Talpa —la suya y la de Rulfo— le dio al maestro del chelo, sabe también relatar y cuenta aún historias como éstas...

Y sabe que para él el chelo es:

“El chelo tiene la voz como de un cantante,
no es como el violín tan agudo”.

PABLO CASALS Y EL CHELISTA DE LOS 100 AÑOS

Claro, sí conocí a Pablo Casals, vino a México y tocó en el teatro Abreu. Allí fui a escucharlo, fue en 1919, y fue la última vez que vino. Cuando terminó el último concierto, pues al día siguiente debutaba la Pavlova, la primera bailarina del mundo, era un prodigio cómo bailaba. Pero entonces Pablo Casals tomó la primera platea junto al coro para verla porque eran amigos.

Y desde el escenario la Pavlova vio a Casals, y se fue por detrás, le dijo “maestro Casals...” Se dieron un abrazo, y ella le dijo:

—Maestro, usted me dijo que habría un día en que me acompañaría en “La muerte del cisne”.

—Y lo cumplo —dijo Casals.

Se salió de ahí, fue por su chelo sin que lo viera nadie, así que al llegar la segunda parte la Pavlova le pidió al director que nadie la tocara, y al llegar la segunda parte, empieza el piano... “ta, ta, ti, tan...” y entra el chelo... “la, la, la...” y entonces alguien murmuró es el sonido de Pablo Casals, precioso, y al terminar fue una ovación delirante...

Y la Pavlova, aún vestida, se fue a transmitir un cable a Nueva York, para decir al mundo que había bailado “La muerte del cisne” acompañada por Pablo Casals.

LA CANCIÓN DEL CHELO

Me llamo Víctor Equiarte Miranda, tengo 102 años, nacido el 20 de diciembre de 1896, originario de Talpa, Jalisco, quedé huérfano de padre el 11 de abril de 1910. Y el nueve de mayo del mismo año murió mi madre.

Cuando quedé huérfano trabajé de mensajero en el correo y tenía que llevar cartas y mensajes a Mascota, para esto corría por toda la sierra y me daban 50 centavos, a veces se les olvidaba algo y vuelta otra vez, en una ocasión se me hizo de noche y me dieron mi dinero, pero me dio tanto gusto regresar sano y salvo que perdí los 50 centavos en el río.

El ocho de marzo de 1910 se vio el Haley, como a las tres de la mañana salió el cometa, se veía como un lucero más grande

que la luna y con una cauda enorme, toda la gente salía a ver el astro, el cometa salió después, como a eso de las siete de la noche, pero se veía negro y la cauda también negra (así se vio en Talpa), la gente asustadísima iba para la iglesia a llorar y a rezar, fue algo muy impresionante. Una hermana que vivía en Guadalajara se vino a trabajar a las oficinas de correos de la Ciudad de México, después de un tiempo mandó por su otra hermana y sobrinos, Irene mandó por mí y entré en la Escuela Industrial de Huérfanos en Tlaltelolco, enfrente estaba la Cárcel Militar de Santiago Tlaltelolco, el dos de octubre de 1912 llegué a México, en aquel entonces era presidente Francisco I. Madero.

Era febrero, salíamos libres a las ocho de la mañana y regresábamos a las cinco, nos llamó mucho la atención que enfrente a la prisión había mucha gente y empezaron a gritar: ¡Muera Madero! Mi hermana Sara le pidió a la esposa del señor Madero que le regalara un sarape y le contestó: ¡Sí, le voy a decir a Pancho! El presidente le mandó una capa, casi nueva, muy fina, de paño y con letras de oro bordado el nombre de Francisco I. Madero, ahora digo: si hubiéramos conservado esa capa, sería un tesoro, pero mi hermana se mandó a hacer un traje sastre.

El nueve de febrero de 1913 vino la revuelta y salía un general montado a caballo y ahí voy a seguirlo y enfiló a la calle de Argentina, se esperaba una revuelta y la azotea estaba llena de soldados con ametralladoras, me devolví y me fui a las calles de Zarco a ver a mis hermanos. Ese general fue muerto, muchos de mis compañeros también, se oía como cuetería, pero se trataba de balazos, y que nos bajamos corriendo de la azotea, la gente salía de misa de Catedral, empezaba la llamada “Decena trágica”, hubo una bola de muertos y tuvieron que cerrar la iglesia.

Mi cuñado dijo: acabo de ver muchos tendidos en el Zócalo. Los contrarios a Madero tomaron la Ciudadela, le dio grado a Victoriano Huerta y después éste lo traicionó. Huerta dice: mañana tomaré la Ciudadela a las cuatro de la tarde, abriremos una barraca con ametralladoras y no quiero que quede ni un solo soldado de a pie ni de a caballo.

Caían caballos, hombres heridos y muertos, fue una mortandad terrible... Madero les dio una comida, ahí estaba también su hermano Hipólito Madero (“El ojo parado,” así le decían porque

tenía un ojo de vidrio), entonces a la hora de la comida, le hablaron por teléfono y le dijeron que era urgente que fuera a palacio, era pura trampa, Hipólito disculpa a Madero por ausentarse y en ese momento lo apresan, lo cosen a balazos y se lo llevan, lo amarran a un caballo y lo arrastran por todas las calles de la ciudad.

Victoriano Huerta le dice a Madero: usted es mi prisionero y lo aventó y un teniente coronel se le enfrenta y le dice: perdone mi coronel, le está usted hablando al señor presidente de la república y así no se trata a un presidente.

Al presidente y al vicepresidente Pino Suárez tenían que llevarlos a la penitenciaría, pero a la mitad del camino y en despojado pararon el carro...

¡Señor Madero, baje!

Bajó y los mataron por la espalda...

Victoriano Huerta fue presidente, salió en los periódicos, que los sorprendieron, decía, puras patrañas.

Belisario Domínguez tomó la palabra en la Cámara y dijo:

“Señores, sabrán del discurso de Victoriano Huerta, son mentiras, Victoriano Huerta es un bandolero, traidor y alcohólico, sé lo que ustedes están pensando, pero es preferible morir a tener como presidente de la república a un asesino”.

Aprehenden a Belisario Domínguez y le preguntan: ¿Usted dijo este discurso?, y él contesta: ¡Sí, señor!

Urrutia le cortó la lengua, después se lo llevaron y lo mataron.

Se vino la Revolución. Venustiano Carranza desconoce a Huerta. Hubo mucha hambre, no había alimentos, nos comíamos los gatos, los perros, los burros en adobo, sabían bien, tampoco había pan, ni maíz para tortillas.

Cada quien tenía su dinero: Zapata sus billetes, Villa los suyos y así todos, era un verdadero desorden. Los billetes eran unos cartoncitos con dos caras. Llegaba Carranza y todos: ¡Viva Carranza! Y echaba fuera a los zapatistas. Llegaba Villa y echaba fuera a los carrancistas.

Yo conocí a Francisco Villa, una vez iba por ahí y había una bolita en el Zócalo, pues ahí estaba el general, llevaba un chaleco, tenía una mirada astuta, término medio, bigotón, medio güero, yo lo saludé y él me dio la mano. Traía sus billetes.

Un paisano, en una vecindad falsificaba los cartoncitos, eran casi iguales a los que traían los revolucionarios, la gente

compraba cinco centavos o dos de cartoncitos, hasta que lo cacharon, un día su hijo fue a comprar dulces y los cartoncitos todavía estaban frescos, la de la tienda dio aviso, lo siguieron y de esta manera descubrieron al falsificador que terminó fusilado.

También recuerdo el asesinato de Obregón, fue en una comida en La Bombilla, allá por San Ángel, en un convivio se acerca un caricaturista, le hace un retrato caricaturesco y al entregárselo lo mata por la espalda, lo pescaron para saber de dónde venía todo, pero nunca se supo. El pueblo decía: ¿Quién mató a Obregón?

¡Cállese la boca!

Con Calles se vino la guerra Cristera. Yo vivía en las calles de Brasil, recuerdo que toda la gente estaba en contra de Calles por lo de la cosa religiosa, se cerraron muchos templos, entre ellos el templo de Santo Domingo, muchos sacerdotes y religiosas estaban escondidos o andaban huyendo.

Mis primeros estudios los realicé en Talpa, uno de mis hermanos tocaba el trompetín, el que tocaba el chelo era Epamuceno Ramos, él fue el que me inició en el estudio del chelo, me daba clases por las noches, me enseñó con el Método de Lee, yo compraba una vela y la ponía en el atril para poder ver, cuando vine a México, a la Escuela Industrial Palaviccini, se organizó una orquesta y luego, luego me apunté en las clases de música. Francisco Nava era el director, yo iba a tocar al cine América, en Jesús María, allá por el barrio de la Merced, me pagaban tres pesos el concierto y me daban permiso de regresar ya tarde a la escuela. El director me llama y me dice que le habían reportado que un alumno llegaba muy tarde, yo le expliqué y me dijo: “si es así no importa, tú sigue tocando”. Al poco tiempo nos dieron de baja a tres alumnos, el director nos dijo: “Los mandé llamar por tener edad y medios suficientes para vivir fuera de la escuela, pasen a tomar sus ahorros que son 80 pesos”.

A mediodía tocaba en el restaurante Del Bazar, en el hotel del mismo nombre, tocábamos un trío, fui a ver al maestro Julián Carrillo, toqué en la sinfónica, ensayábamos en el teatro Nacional, hoy Bellas Artes. Íbamos a muchas partes, pero no me pagaba, cuando le recordé lo de mi sueldo me dio una moneda de cinco pesos y ya no volví. Yo tocaba en cines para acompañar las películas mudas y en los intermedios.

Me contrataron para tocar, empecé a estudiar con ganas y progresé mucho, formé parte de un trío llamado San Hipólito, yo tomaba clases con el maestro Pierson y él fue el que me recomendó.

En el estudio conocí a Mercedes Mendoza, esta muchacha venía de Durango, le gustaba cantar, vivió en las calles de Bolívar, no tenía recursos y se fue a trabajar de criada a una casa, conoció a un policía y le platicó que ella quería dedicarse a cantar, él le aconsejó que fuera a un teatro, que en aquel entonces estaba en las calles de República del Salvador, y allí esperara al maestro Pierson, Mercedes fue y esperó al maestro, llegó un maestro muy bien vestido, con guantes blancos, calzado de charol, ella le pidió una oportunidad para cantar, le probó la voz, vocalizó y él le dijo: tienes una voz muy fina, de soprano ligera, das el son y puedes dar más, una octava y media más. ¿Te gustaría cantar en la ópera? ¿Cuánto ganas? —Diez centavos diarios. Te vas conmigo, te doy tu cuarto, te compro ropa y te pago más.

José Pierson la tomó como alumna, ensaya *Rigoletto* y el maestro comenta: “Es una voz increíble, una soprano superior a cualquiera del mundo”.

Cuando debutó en el teatro Arbeau, tuvo mucho éxito, eran enormes colas para oírla cantar. Se organizó una gira por todo México, después otra por Estados Unidos, faltaba un chelo y me invitaron a irme de gira con ellos, el grupo llevaba dos tenores, un barítono, un pianista, un violinista, el flautista, Agustín Oropeza y yo como chelista.

Como ingresé a este grupo, me recomendaron, les gustó mi trabajo, yo tocaba con el conjunto San Hipólito, Pierson se sentó junto a mí, yo tenía 20 años, y le gustó mucho mi interpretación, sobre todo “los solos” de chelo. Cuando salimos del cine, porque tocábamos en un cine, yo no lo conocía, se acercó a mí y me dijo: ¿Cómo está? Yo vine a escucharlo y me gustó su interpretación. Después me invitó para que lo acompañara en su gira por varias ciudades del norte de México y de Estados Unidos, y yo le dije: si usted me dice que mañana salimos, en este momento hago mis maletas.

Tuvimos muchos triunfos, tocaba “un solo de chelo” y tuve mucho éxito con la Mendoza. Cuando terminó la gira toqué en la

Orquesta Típica (1928) con Juan Torreblanca de director y luego con Miguel Lerdo de Tejada. Todo un año anduvimos por muchos lugares de la república. Tiempo después (1929) fuimos a una extensa gira por Estados Unidos y tuvimos un éxito rotundo.

En Nueva York se hizo la primera película hablada, hicieron unas tomas con interpretaciones de la Orquesta Típica de México y gustaron tanto que las agregaron a la película, fue todo un acontecimiento. En otra gira con Torreblanca estuvimos en Nueva York, Canadá y también fuimos a San Antonio, en aquel entonces estuvo la Sinfónica de Chicago alternando con nosotros.

Trabajé en muchas zarzuelas y operetas con Virginia Fábregas (muy agradable y simpática), también con María Conesa “La Gatita Blanca”, era joven, muy guapa, de muy buen cuerpo, todo mundo la adoraba. Pepita Embil, madre de Plácido Domingo y su padre Plácido, también eran artistas, recuerdo a Plácido Domingo como un niño muy simpático y robusto. Otra artista muy hermosa con la que me tocó trabajar fue Cristina Ortega, tocaba en las temporadas de ópera. La ópera y la zarzuela pasaron de moda.

Se acabó la música de teatro con los discos y más tarde con los casetes. Se acabó el cine mudo donde tocábamos en cada función.

Después vino la radio, yo toqué muchas veces en la XEW, musicalizábamos grabaciones y diversas filmaciones. En el cine conocí a Miroslava, en una filmación ella tenía que tocar el piano, pues interpretaba a una gran pianista, tenía que hacerla de solista, y el truco era que un pianista tocaba al lado de ella y realmente en la película parecía que ella interpretaba, nosotros tocábamos aparentemente. Así hubo muchas películas. Estaba en la Unión de Filarmónicos y me gustaba tocar en los teatros. Se acabó también la música de la radio. Ya todo eso tan bello se acabó. Ahora sólo quedan hermosos recuerdos.

(Texto de María Solórzano).

TESTIMONIO DEL SEÑOR ALFREDO CAMARGO AGUILAR

LA ALBERCA DE XANCOPINCA

No recuerdo quién de los amigos nos refirió su existencia, pero unos seis o siete amigos hicimos varias excursiones al “cenote” desde la colonia Clavería, que era donde estaban nuestras casas. Nosotros vivíamos en Cairo, Oasis y avenida Clavería. A la fecha cuento con 66 años, por lo que voy a mencionar sucedió hace más de 50 años. Tal vez en nuestras vacaciones escolares planeábamos el viaje, hacíamos acopio de tortas o emparedados y cantimploras con agua, y tomando el camino hacia las torres de transmisión de energía eléctrica a través de lo que llamaban el alfalfar, que era un terreno donde se sembraba alfalfa, limitado por lo que ahora es la extensión de Cairo y Tebas hacia el norte por dos lados, al norte estaban las torres y al sur la calle de Nilo que ya existía.

Ya por las torres tomábamos hacia el oriente, pues era nuestra guía para llegar al “cenote”. Al llegar a lo que creo era Camarones, entonces un camino rudimentario que llegaba de Azcapotzalco, algo estorbaba nuestro paso, recuerdo una albarrada o muro y teníamos que desviarnos un poco para sortear el obstáculo para después retomar el amparo de las torres. Un poco más adelante, tal vez a la altura de lo que después sería la avenida de las Granjas, ya se vislumbraba la construcción que era el “cenote” y nos desviábamos hacia la derecha para llegar a nuestra meta. Esta desviación haría que nuestra meta estuviera en lo que ahora son terrenos de la Comisión Federal de Electricidad. El “cenote” era un estanque hecho de piedra gris, tenía forma circular y de los bordes de la periferia tenía un declive hacia el centro, donde había una base que creo también era circular y donde se alzaba una columna cuadrada que era la que

nos anunciaba a la distancia que ya estábamos cerca. La columna tenía grabadas unas inscripciones en tan mal estado por la intemperie, que por mucho que me afané nunca pude saber qué estaba grabado, no recuerdo si estaba grabado en sus cuatro caras. Ahora es difícil saber cuál era el diámetro del estanque, de niños se ve todo en otra escala, tal vez eran unos 10 o 20 metros de diámetro y la altura de la columna central nos sobrepasaba a todos. Recuerdo que cuando el sol calaba nos sentábamos a la sombra de la columna. Creo que en algún lugar había una depresión tal vez para algún fin. Los amigos pensábamos que esa construcción era alguna alberca, yo también creía que era un abrevadero para ganado.

En ese lugar pasábamos algunas horas jugando y persiguiendo iguanas y lagartijas que tomaban el sol en las piedras, comíamos y cuando se agotaba el agua y el sol se inclinaba al atardecer, qué azul habrá sido el cielo en esos años, regresábamos a casa cansados y asoleados; pero satisfechos de nuestra excursión. Por cierto que cerca del estanque se veía una granja, esto sin poder precisar su orientación.

No recuerdo cuántas veces hicimos ese viaje, sólo que ya mayores se nos olvidó el “cenote”, ya teníamos otros intereses e inquietudes. Sin embargo, yo siempre me acordaba de ese monumento y aunque ya se había establecido en ese lugar la CFE, hacia Cuitláhuac tenían una alambrada que cuando pasaba uno por esa calle, la llegué a ver algunas veces. De cualquier forma ya era terreno vedado. Después levantaron grandes bardas y se empezaron a alzar muchas edificaciones por lo que ya perdí el rastro de mi añorado “cenote”. A la fecha creo que ya no existe el “cenote”, pienso que fue destruido o que yace obliterado bajo toneladas de tierra y concreto, ya que el terreno era un poco bajo, o sus restos están debajo de una de las edificaciones, todo esto en el nombre del progreso.

A la distancia y por mi nostalgia, veo este estanque como un lugar misterioso, era una meta que cumplimos varias veces, llegar a una construcción muy antigua en medio del campo y saber que si volvíamos nos estaría esperando y que no fuimos los fieles que debíamos haber sido, pues nosotros fuimos los que abandonamos al “cenote”.

Yo lo he seguido buscando, aunque tal vez yo no exista, he hablado con personal de la CFE y sólo una persona lo recordó, aunque no con tanto aprecio como yo.

LOS PARQUES DE CLAVERÍA

En Clavería tenemos dos parques: el de los vagos y el de la China.

Empezaré recordando el primero, ya que desde mi infancia lo conocía, pues vivía a solamente una cuadra en una casa sobre la calle de Cairo. Este parque está situado en la confluencia de las calles de Cairo y Nilo y contrario a lo que después encontré en planos del Departamento Central del año de 1929 y en algunas *Guías Roji*, sólo constaba de dos segmentos: los correspondientes al poniente, pues los otros dos que estaban en los planos y que daban al oriente nunca los llegué a ver, uno de ellos correspondía a lo que llamábamos alfalfar y el otro a unas casas sobre la esquina de Cairo y Nilo que hasta la fecha existen. Lo que recuerdo es que al principio estaba rodeado por una cerca de alambre tras la cual se hallaba un parque tan bello y tan bien cuidado, que más bien parecía un gran jardín, en donde la labor y el cariño de unos jardineros lo mantenían siempre hermoso, aunque vedado. Sin embargo, alguna autoridad dio la orden de retirar la alambrada y al quedar expuesto a la depredación humana, en poco tiempo perdió lo que aquellos laboriosos jardineros habían conservado bello y cuidado, y se llenó de niños y adultos a los que no nos preocupó cuidarlo y de ahí surgió el apelativo de “parque de los vagos”, tal vez haciendo referencia a su lastimoso aspecto. Muchos años después alguien lo nombró como parque “Margarita Maza de Juárez”, pero para todos los que lo vemos y recordamos y que llevamos hijos y nietos a jugar en él, siempre lo llamaremos “parque de los vagos”. Por lo demás, han vuelto a cuidarlo y conservarlo en buen estado, por lo que recobró parte de su bello aspecto. También lo han acondicionado con juegos para niños, por lo que se encuentra la mayor parte del tiempo lleno de niños y los adultos que los cuidan.

Ahora me referiré al “parque de la China”, éste, situado ya en la salida de la avenida Clavería, al oriente hacia la avenida Cuitláhuac. Allá por los años 40 era un gran matorral en medio de terrenos baldíos, ya que no existía lo que después sería la

colonia Nueva Clavería, o lo que llaman ahora Ampliación Clavería. En ese tiempo ya tenía grandes árboles, arbustos y matorrales que le daban aspecto de un bosque. Quizá debido a lo anterior y a que por esos años estuvo en boga una película argentina que se llamaba *En un bosque de la China*, bautizamos al lugar como “bosque de la China” y así lo llamamos durante muchos años, hasta que perdida la memoria de aquella película ahora se le conoce como “parque de la China”. Ya cuando empezaron a construir en los terrenos de la nueva colonia, el parque también recibió sus merecidos cuidados y lució como creo que es hasta la fecha. A los que vivíamos en la antigua Clavería nos era un poco ajeno, tal vez por la distancia y porque ya teníamos nuestro “parque de los vagos”, aunque siendo aquel más grande, siempre tiene más gente que lo visita, desde tempranas horas de la mañana para hacer ejercicio, ya que lo han dotado de un buen kiosco y muchos aparatos para hacer ejercicio. Entonces, y a diferencia del otro parque, el de la China siempre tiene más concurrencia adulta.

Tenemos también en Clavería lo que llamamos La Glorieta, un parque circular que se encuentra situado en el cruce de la avenida Clavería y la calle Palestina, sin embargo, creo que nadie se refiere a este lugar como parque, por lo que no lo incluyo como otro parque de la colonia.

Ya con las remembranzas anteriores, invito a los que conocemos estos parques a que los cuidemos y que sean una herencia que dejemos a los que nos sucedan en los años por venir. Respetemos los árboles y las plantas, que también son vida. Es otro modo de mostrar nuestra civilización y cultura.

TESTIMONIO DEL SEÑOR VENUSTIANO NEGRETE JIMÉNEZ

Don Venus, como le conocen en el Centro de Desarrollo Integral para la Familia Lerdo de Tejada (DIF, Azcapotzalco), estudia desde hace seis meses en el sistema de educación para adultos de este centro. Este fue el único sitio donde se sintió a gusto para estudiar la educación primaria, fue allí. Don Venus iba de una escuela a otra sin obtener lo que él buscaba. Pero ahora su objetivo ha sido alcanzado.

Don Venus tiene manos de obrero, fue un obrero singular. Ahora para que el “tiempo pase”... él camina, caminando llega a su nueva escuela, camina, camina, y caminando se anima.

Usa un viejo sombrero, en mejores tiempos fue verde quizá... pero qué mejor tiempo que andar paseando con don Venus, bien puesto, seguro como don Venus de lo que quiere alcanzar, con el ejemplo de su voluntad, este testigo silente: un sombrero de fieltro ha acompañado a don Venus largas caminatas, en una mano carga una típica bolsa de malla, allí está la morada de sus libros escolares, viven y trajinan con él, como él.

Aquí vengo a tomar clases de primaria, pero ya salimos de vacaciones. No, qué voy a terminar, si apenas voy empezando, bueno aquí no tenemos salones de primero segundo y tercero como se acostumbra, aquí nada más dice primaria. Ya pasaron mis exámenes, pasé seis. Mi nombre completo es Venustiano Negrete Jiménez, nací en 1913, en mayo 7.

Viví en la colonia Anáhuac, antes se llamaba Santa Julia, usted no la conoció porque ni nacía, pero yo ya vivía allá. Luego me llegué a Azcapotzalco, Azcapotzalco comenzaba de allá para acá, de la calle de Primavera y para allá es Hidalgo y antes era Tacuba. Ahora vivo aquí en la calle de Renacimiento, en la

colonia Petrolera, pertenece a Azcapotzalco, de aquel lado pasamos dos colonias y ya estamos en el Estado de México.

Bueno, pues yo trabajé en la Cervecería Modelo. Después de 28 años de trabajo en la Modelo me corrieron, y no nos dieron a nadie ni un centavo, antes estuve en la Nacional de Clavos, allá por 1930. Allá también nos corrieron a todos, pero allí sí nos pagaron. Ahora está en Lago Alberto, colonia Verónica. Hacíamos cadenas, y la mayor parte se fabricaban clavos de seis pulgadas.

En la cervecería, primeramente estuve en la tolva para echar cartón, me lo aventaban y yo lo echaba a la tolva, y acarreaba cartones de cerveza, pero allí en realidad todo lo que es el sistema cervecero es un infierno para trabajar, porque mire usted, llenaban carros con 300 cartones en un cuarto de hora, y cada cartón pesa 27 kilos, o sea tres toneladas y media en un cuarto de hora, ya le digo, no cualquiera...

Esto que usted trae, ¿es una grabadora?... ay, pero si he sabido ni le cuento mi vida, ya no tengo edad para eso. Yo nada más vine hoy a este centro Lerdo de Tejada (DIF, Azcapotzalco), porque me dijeron que me iban a dar los papeles que necesito, pero me dicen que hasta el jueves. Mire, si usted va a hacer un libro yo le digo que estoy seguro que ya no estoy para esas cosas. No, usted cree que mi vida dure más años, lo dudo.

Me gusta estudiar porque pues, pasa el tiempo, y no hago otra cosa, trabajar, ya no trabajo porque estoy viejo, usted sabe 86 años, no cualquiera. Pero lo que ahora más me gusta son las matemáticas, pero están duras, se necesita mucha cabeza. También me gustan las historietas cómicas, pero aquí no hay clases para aprender a hacerlas.

Bueno, aquí vengo todos los martes y jueves. Y... así es que un libro, ¿libro chico o grande?...

Pues yo en Azcapotzalco ya tengo rato: 35 años. Tuve hijos, pero se fueron al norte.

Ahora nos dejaron estudiar mucho, pero ayer pasé un examen, me salió un poco mal, porque me dieron unos libros desde la semana pasada y los tenemos que estudiar casi todos, y sobre de eso nos dieron las clases, pero fue un fracaso... nos preguntaron cosas que apenas sabíamos, porque apenas hacía ocho días que nos habían dado los libros y en ocho días qué puede uno aprender.

Cuando menos hubiéramos tenido un mes para estudiar los libros, donde que son cuatro libros, de 400 páginas.

Y, ¿usted va a escribir también otros nombres en el libro, otros nombres para lo mismo, cuáles?...

Que si camino, sí camino mucho para llegar aquí, camino todo derecho hasta el ahuehuate. El doctor me dice que camine lo más rápido que pueda, y sí camino, vengo y voy.

Bueno, hago otras cosas, cuando tengo cuatro libros, pues los estudio por hora, son cuatro horas, cuatro horas por la mañana y cuatro horas por la tarde. Media hora en la mañana con uno, con otro y otra media hora por la tarde. Y así sí no se me queda nada, pues menos si no estudio, pero es que se cansa uno mucho, ya no asimila uno igual. Pues ya me voy, porque voy a seguir estudiando.

SEGUNDA PARTE
CRÓNICAS DE MARÍA ELENA SOLÓRZANO

TESTIMONIOS LITERARIOS, POR MARÍA ELENA SOLÓRZANO

SE CLAUSURA LA REFINERÍA

- ¡Ay!, comadrita qué bien la miro hoy, hasta chapas trae.
- Sí chonita me siento a todo dar.
- Y eso, ¿se saca la lotería o qué?
- No, Mariquita, el aire que respiramos ya no está tan contaminado desde que clausuraron la “Refinería 18 de Marzo”.
- ¿A poco por eso?
- Yo digo que sí, imagínese toneladas y toneladas de contaminantes eran producidos por esta planta.
- Pues antes decían que “la polución que produce la refinería era mínima”. ¿En qué quedamos por fin?
- Sí, yo recuerdo haber leído en los periódicos que todo estaba controlado, pero los que vivimos por aquí sabemos que era mentira.
- En la noche prendían los quemadores para que los humos desprendidos no se notaran, para que la gente no se diera cuenta y no “cundiera el pánico”, como dice el Chapulín Colorado.
- Es cierto, amanecía una con los poros de la nariz como hornillas de panadería.
- Y, sin embargo, ya nos habíamos acostumbrado, la refinería era parte de Azcapotzalco, vivimos junto con ella tanto tiempo, siempre, desde que nacimos.
- Marcó nuestras vidas, sus instalaciones, sus humos, sus olores, sus silbatos, todo eso quedará atrás...
- La extrañaremos, pero todo sea por la salud de nuestros hijos.
- Sí, nosotros ya vamos de salida, ellos empiezan...
- Chonita ¿se acuerda cuando explotaron las gaseras allá por San Juan Ixhuatepec?

—¡Cómo no!, si andaba con el Jesús en la boca; cuando me levanté, miré un resplandor rojo, pues qué es esto si el sol sale más para acá, prendo la radio y las malas noticias sobre las explosiones, los quemados, madre santísima! ¿A qué hora nos toca?

—¿Recuerda aquella quemazón?, una de las más alarmantes, ¡se veían unas llamaradotas! ¡Qué miedo!, todos nos hincamos a rezar: ¡Diosito sálvanos! ¡Madre mía no nos desampares! Virgencita de Guadalupe a ti nos encomendamos.

—Esa vez la vimos cerquita.

—Ya nos imaginábamos achicharrados o volando por los aires. Nomás de acordarme se me enchina el cuero y parece que escucho la alarma.

—¿Cuánto hará de eso Chonita?

—Pues fue allá por el 83 u 84, no recuerdo bien.

—¡Cómo pasa el tiempo!

—La vamos a echar de menos, el silbato de las 12 me daba la hora para ir por mis chamacos a la escuela.

—¿De qué se ríe, Doña Petra?

—Me estaba acordando de Lulú Rosas.

—Sí... sí, aquella niña bonita y modosita, hija de doña Paula, ¿no?

—Sí, esa mera. Figúrese que tenía un novio muy guapo y un día empezaron a salir los gases apestosos de las coladeras y le preguntó el muchacho: ¿estás malita del estómago? Con un hilito de voz ella contesta: No, ¿por qué? Es que huele muy mal, a la pobre se le subía un color y le bajaba otro. Es la refinería... dijo Lulú, pero él, no quedó muy convencido.

—Apestosa y todo no puedo imaginarme a Azcapotzalco sin la refinería aunque estábamos viviendo junto a una bomba de tiempo.

—Todas las noches me encomendaba al santo Niño de Atocha para que no pasara nada, otras soñaba que la lumbre llegaba hasta mi cama y ¡zas! despertaba muy asustada.

—¡Qué bueno, sólo fueron pesadillas!

—Y... sin embargo, me siento triste explíqueselo...

—Mire, Chonita cuando alguna parte del cuerpo enferma y es un peligro, así sea una mano, un dedo o un brazo hay que extirparlo... y a poco ¿no le duele perder algo suyo?

—No, pos sí...

—Azcapotzalco ya no será el mismo cuando desaparezca la refinería y en su lugar miremos un gran jardín.

—Sí, será como caminar por otros rumbos, ¿cuál refinería?

—Sólo quedarán los recuerdos, el dibujito en el Metro que señale este lugar y diremos:

“Cuando estaba la refinería..”.

VISITA AL PANTEÓN DE SAN ISIDRO

El día dos de noviembre toda la familia se dispone para ir al panteón de San Isidro y arreglar la tumba, llevan cubetas, una pala, escobeta y jabón para asear el lugar.

El transporte colectivo los deja un poco retirado, pues se ha suspendido el tránsito de vehículos en esa avenida que separa el cementerio de los adultos del cementerio de los niños.

A uno y otro lado de la entrada están ubicados los puestos que venden todo tipo de flores: gladiolas rojas, amarillas, blancas, rosas, coloreadas artificialmente de verde, azul y morado, flores de terciopelo color magenta, recuerdan a los betabeles recién partidos, risueñas margaritas, crisantemos blancos y amarillos, rosas rojas, nube y, desde luego, no podía faltar el cempasúchil.

—Un ramo de cempasúchil, una docena de gladiolas y un poco de nube.

—Tómelas marchantita, las que usted quiera, todas están fresquecitas. Llegan a la tumba de su deudo y empieza la labor de limpieza.

—Seño, seño, le vendo dos cubetas de agua.

—No, ahorita vamos nosotros por el agua.

—¡Ay, mamá!, ¿ya viste el colón que hay en la pileta?

—¡Madre mía!, no po's cuándo salimos, mejor... a ver muchacho, ¿cuánto por el agua?

—Una monedita de cinco.

—Toma tres y di que te fue bien.

—Bueno, ándele pues, pero por cada una.

—Cinco por las dos.

—Ta güeno... ¿dónde las vació?

—En aquellas cubetas.

Este panteón fue puesto en servicio allá por el año de 1958 aproximadamente, en aquel entonces se podía comprar el “pedacito” pero ahora está completamente saturado.

Actualmente tiene servicio de crematorio.

—Fede, anda hijo, vamos a quitar las hierbas que están alrededor de la tumba, con la escobeta el agua y el jabón refriega la loza para limpiarla de polvo y suciedad.

—Deja remover la tierra de la jardinera ¡mira qué verde está la siempreviva!

—Es que ha llovido mucho.

—Bueno hay que cambiar la imagen del nicho, ya está bendita, colócala en medio.

La abuelita dice —pero primero hay que sacudir el nicho, ahora sí... Cerramos la puertita y le ponemos su candado.

—Pásame las flores para repartirlas en los floreros.

—Fede deshoja el cempasúchitl.

Con los pétalos forman una cruz amarilla encima de la loza, rocían con agua bendita, se sientan en la orilla de la tumba, rezan un rosario, se encomiendan a las almas del purgatorio y recuerdan al abuelo, lo que hacía, lo que decía.

—¡Te acuerdas cuando tu abuelito nos compró un pastel en forma de ratón cuando cumpliste siete años!

—¡Ay! si el abuelito estuviera entre nosotras, nos hubiera comprado esqueletos, de esos, que se mueven con hilos.

—Y te acuerdas el día que compró polvos fosforescentes y se embarró la ropa y que va apareciendo en la noche... ¡Cómo brillaba! Todos pegamos un gritote... y él atacado de la risa... todavía se acercaba y nos hacía “buu-buu”.

—¡Ay abuelita no llores! Él a veces está con nosotros, te lo aseguro, sólo que no nos damos cuenta... verdad mamá...

—Sí hijo...

—Persígnense porque ya nos vamos...

—Adiós abuelito, siempre te recordaremos con cariño.

—Adiós papá.

—Vámonos abuelita, es tarde.

Un velo de nostalgia ha cubierto sus rostros salen del panteón y los más chicos piden:

—¡Yo quiero un refresco!

—¡Yo un sope!

—¡Unas enchiladas, unas enchiladas!

Se instalan en unas sillas metálicas frente a una mesa del mismo material. Todos saborean los exquisitos antojitos de los improvisadas comedores que están en las afueras del panteón.

Si los muertitos comen, ¡cuánto más los vivos!

Febrero 17 de 1994.

DÍA DE REYES

Aquí en Azcapotzalco se establece un tianguis muy grande de juguetes, abarca desde la calle de Manuel Acuña hasta la calle Castilla Oriente.

Se exhibe una gran variedad de juguetes, desde un automóvil de baterías hasta los más modestos, también hay puestos de ropa y zapatos de regular calidad.

Allí va la gente a chacharear, a mirar, a preguntar, a darle ambiente pues.

—¿Me acompañas al tianguis de juguetes?

—Sí, yo también quiero comprar algunos.

Este año está difícil para los Reyes Magos. Las listas son extensas y los presupuestos muy limitados.

—Pues vamos a ver qué pueden comprar Melchor, Gaspar y Baltazar.

—Llevaremos las listas para ir checando qué sí o qué no se puede...

Son las 12 de la noche, hoy no durmieron los chintololos esperando a los Reyes Magos.

El mercado está repleto, apenas se puede caminar. ¡Juguetes, juguetes y más juguetes por todas partes!, sobre las banquetas, sobre las calles...

—En esta cartita la niña me pide un payasito... hum... ¡Este payasito está precioso!, gira en un barril, al mismo tiempo mueve una pelota con la nariz y da vuelta a unos aros con las manos, todo en perfecto equilibrio —dice Melchor.

—Raúl pide un balón de futbol pero ha de ser como los oficiales que utilizan en sus partidos las “Chivas del Guadalajara”. Ahora sí me la pusieron difícil —dice Baltazar.

—Carmela pide una muñeca que diga mamá, camine y baile... En ese puesto hay unas muñecotas como la... que me solicitan... y están...

—¡Pásele Gaspar, pásele!

—Véalas, por ver no se paga y para los Reyes Magos hay una rebaja, pásele, pásele...

—¡Qué muñecotas! —Dice Gaspar como la que... me... pidió Carmelita.

Y como los Reyes Magos también comen, no faltan los puestos de atole, tamales, taquitos y hasta buñuelos, brrr... con este frío apenas lo calentito se antoja.

¡Pobres monarcas van a pasar la noche en vela!

Ojalá todos los chiquitines tengan un juguete y que mañana los Santos Reyes miren complacidos unos ojitos brillantes y una sonrisa luminosa en cada uno de los niños.

Enero de 1993.

LAS FUENTES

—¿Para dónde vas?

—Voy al centro... tomo una “pesera”, me bajo en la Normal, tomo el metro hasta el Zócalo.

—¡Qué bueno, te acompaño, yo también voy al centro!

—¡Órale!

Caminamos hacia la calzada de Camarones, tomamos el colectivo, ahí por donde está el gimnasio y sorpresota que nos llevamos, sobre el camellón dos hermosas fuentes, el agua formaba figuras y la luz del sol encendía cada gotita, miles de chaquiras se precipitaban alrededor de cada fuente y en los contornos de los pretiles muchas flores: mercadelas, zinias, rosales.

—Ya era hora de que remozaran las principales calles de Azcapotzalco ¿o qué, no más el sur tiene derecho?

—Oye ¡qué bonitas se ven las fuentes!

—Sí, alegran el corazón.

Hacía semanas que no recorríamos la calzada Camarones y conforme avanzábamos nos dimos cuenta de que eran varias fuentes las que adornaban el camellón dando una nota de color y una sensación de frescura, unas eran largas y otras hexagonales, se miraba todo distinto, más alegre. El agua subía y bajaba, me vino a la memoria la canción de Cri-Crí: *El chorrito*.

—¡Pero cuánta agua se desperdicia en las dichas fuentes!

—No seas menso, que no lees el letrero que dice “agua tratada”.

—¿Y qué es eso?

—Pues que no sirve para tomar, sólo para regar, además las fuentes tienen un sistema de bombeo que emplea la misma cantidad de agua.

—¡Oh!, así sí, que pongan más.

—Y más árboles.

—Pero... ¿no crees que sería mejor que se empleara ese dinero para otras urgencias?

—No, yo no opino como tú. Que se resuelvan las urgencias y también que se dejen las fuentes, yo creo que con voluntad todo se puede...

—No po's eso sí, querer es poder.

—Además las plantas ya no son por ornato, sino puritita necesidad, nos estamos ahogando, entre más plantas, podremos respirar mejor, ahora si tienen flores tampoco estorban... mira ya deja de estar de criticón, mejor ve a la delegación a pedir unos árboles para que reforestes tu colonia que buena falta hace ¿no crees?

—Híjole hasta regañado salí, a poco tú eres muy sembrador.

—Claro, *hijín*, yo ya adopté tres árboles.

—Ahorita de regreso voy por seis: tres para mí y tres para mi compadre Filemón.

—¡Ya vas!

AMOR CON AMOR SE PAGA

—Ve con el niño Fede, él te puede ayudar.

—¿Y por dónde vive?

—Allá por San Juan Tlihuaca.

—¿Qué calle, qué número, a qué hora, qué onda pues...

Ella sentía un poco de miedo, nunca había frecuentado a los brujos o adivinadores, pero quería tanto a Gilberto que estaba dispuesta a todo con tal de recuperar su amor, sus relaciones se habían deteriorado a tal grado que él terminó por dejarla, se le hacía imposible que después de aquellas ardientes tardes todo quedara en el aire. Poco a poco se fue alejando, ponía pretextos fútiles para evitar sus encuentros. Perdón, Maribel se murió mi tía. Perdón, se enfermó mamá. Es que me pescó la gripa. Hasta que desapareció del panorama sentimental de la chica, si hubiera juntado todas sus lágrimas, el volumen sería igual a la cuarta parte del lago de Chapultepec; su frustración aumentaba en proporción directa a los días que transcurrían, no, no podía seguir así, tenía que hacer algo...

Maribel llegó a una casa vetusta, los musgos verdeaban en cada hendidura de los adobes remojados por las constantes lluvias. Tocó, abrió la puerta una mujer vieja, vestida de negro y con un mandil a cuadros, el cabello entrecano retorcido en dos largas trenzas, los ojillos inquietos como de ratón y la cara ceniza y apergaminada.

Traspuso la entrada, se sentía nerviosa, sus manos temblaban. La mujer de negro la pasó a una habitación encalada, de las paredes pendían muchos objetos, las cuatro esquinas presentaban diferentes fetiches: en ésta una calavera, en aquella, un cuervo disecado con las alas extendidas, en otra varios huesos cruzados, en la cuarta esquina una repisa con la imagen de la

Santa Muerte alumbrada con una vela de cera negra; una de las paredes exhibía varios retratos de niños, una escultura del diablo encadenado en uno de los extremos de la habitación contribuía a dar un ambiente sobrenatural; también había flores blancas repartidas en floreros y recipientes de diferentes tamaños, por todos lados flores blancas. En uno de los lados del cuarto descansaba una mesa y sobre su cubierta un mazo de barajas españolas y otro de tarot, decenas de amuletos tapizaban otra de las paredes: coronas de ajos, ojitos de venado, ojos de Dios, cruces de estambre, herraduras, llaves de todos los tamaños, listones rojos y negros, almohadillas con semillas, palos de lluvia, patas de conejo, patas de chivo, chupamirtos, tijeras abiertas en cruz, bolsitas con semillas, etc... Unos candelabros con unas lámparas votivas alumbraban tenuemente la habitación y las sombras se agigantaban con esa luz oscilante. El piso lo cubría una alfombra roja con un círculo negro en medio. Una gruesa cortina de terciopelo cubría la única ventana impidiendo el paso de la luz; otras cortinas cancelaban una entrada, las hojas se abrieron y apareció un hombre de mediana edad, bajo de estatura, de complexión robusta, moreno claro, de ojos parduscos; nariz aguileña y boca carnosa, vestía una túnica negra de satén con pasamanerías doradas en el ruedo y en las mangas; las manos suaves, aunque atravesadas por venas prominentes, las uñas recortadas y pulidas jamás habían realizado actividades rudas.

—Buenas tardes señorita, ¿en qué la puedo servir? Dijo una voz varonil estudiadamente calmada.

—Es que yo... no sé cómo empezar...

—Ya... ya... no me digas... ¿quieres que él regrese contigo?

—¡Sí! sí, eso es...

—Mira muchachita, no te preocupes, volverá contigo, de eso yo me encargo, mis poderes mentales harán que... ¿cómo se llama tu novio?

—Gilberto...

—Mis poderes mentales harán que Gilberto vuelva más apasionado que antes, pero tienes que creer en mí, tenerme mucha fe, de lo contrario todo fracasará, promete que harás lo que yo te diga, para que él regrese o bien... para que tú lo olvides, a lo mejor ese no es tu destino.

—Yo preferiría que volviera porque... porque...

Su voz se quebró y dos gruesas lágrimas resbalaron de sus ojos sombríos.

—Ya hijita no llores, todo se arreglará, ya verás, te doy mi palabra, bien, empecemos, ponte de pie, allí en medio del círculo negro.

Maribel se paró en medio del círculo, la habitación se encontraba a media luz, olorosa a copal. El brujo se acercó y empezó la limpia, las manos del brujo se deslizan muy cerca de aquel cuerpo, ella más que sentir las adivina, se producía una corriente eléctrica y se podían mirar pequeñas chispas azules...

La faena terminó, el hombre se estremecía de pies a cabeza, los vellos de sus brazos estaban hirsutos y de su frente escurrían gruesas gotas de sudor, como saliendo de un trance sacudió la cabeza y le dijo:

—Es todo, hasta mañana.

A Maribel, clavada en el piso, le costó trabajo caminar, por fin con pasos lentos se encaminó hacia la puerta y dijo con voz muy baja:

—Hasta mañana.

Se presentó en la casa del brujo a la misma hora, el santón le indica colocarse en medio del círculo negro, toma un ramo de flores blancas, lo moja en agua bendita y empieza el ritual, reza en voz baja algunas oraciones y con las flores recorre el cuerpo de Maribel, poco a poco los pases se hacen más rápidos, las flores se untan a la piel de la joven, mientras una voz gutural repite:

—Espíritus malignos aléjense de este cuerpo, abandonen al alma buena de esta niña.

San Judas Tadeo, ayúdala.

Santa Rosa de Lima, ayúdala.

Santa Salomé, ayúdala.

Ánimas chocarreras, ayúdenla.

Ánimas del purgatorio hagan un beneficio para que les den su pase al cielo, ayúdenla, las tinieblas en que se encuentra se desvanezcan y llegue la luz. Gilberto regresa, regresa, regresa.

Pero si la voluntad del señor es otra... ayúdenla a olvidar.

Espíritus y almas en pena tráiganlo hasta aquí o pongan un velo en su memoria. Un caracol de mar en sus oídos y otro nombre entre sus labios. Amén.

El “niño Fede”, como todos lo llaman, la espera con unas ramas de pirul en una mano. Ella se coloca dentro del círculo, el brujo se acerca, le masajea la nuca y los brazos con un perfume dulce y penetrante, toma el ramo de pirul y comienza a pegarle con las ramas, suavemente al principio, pero poco a poco aumenta la intensidad, la lastima, ella gime apagadamente, él se detiene y empieza a deslizarlas suavemente por todo su cuerpo, roza sobre todo sus nalgas y sus pezones, durante 15 minutos lo hace con fruición; le ordenó que se quitara las medias y los zapatos, y le ungió los pies.

Ansiaba que llegara la hora de la limpia, era algo relajante y placentero.

Al llegar el niño Fede le dijo:

—Hoy vamos a meditar.

—Sí usted me dice, cómo hacerla...

—Es muy fácil, concentra tu pensamiento en mí, tienes que repasar mentalmente cada una de las sesiones.

Se coloca frente a la joven. Le ordena cerrar los ojos, empieza por oprimir sus sienas mientras le dice:

—Vamos, como si durmieras.

Sus respiraciones se confunden, así estuvieron casi inmóviles. En la mente de Maribel bullía un mar de imágenes. Él, parsimoniosamente y sin decir palabra, se alejó de la habitación.

El niño la esperaba, en la diestra una bata blanca, en la otra mano una diadema de albahaca.

—Desvístete y ponte esta bata blanca, representa la pureza, cuando te la pongas te sentirás extraña, como si no fueras tú; la diadema representa la esperanza. No tengas miedo, es parte del trabajo. Detrás de un biombo se cambió, salió envuelta en gasas

blancas para dirigirse al centro. El hombre empapó sus manos en un perfume y empezó a darle pases muy cerca del cuerpo, sólo unos milímetros impedían el contacto físico con la joven.

Maribel se sorprendió... deseaba que la tocara, que le apretara los senos, trató de alejar esos pensamientos que consideraba profanos por encontrarse en ese recinto casi sagrado, además no debía darse cuenta el niño Fede, ¡qué pena!, ella que estaba envuelta en la túnica de la pureza, no podía permitirse esos pensamientos impuros, el “niño” sólo trataba de pasarle sus buenas vibraciones, abrió los ojos y contempló extasiada al santón.

—Es todo, fue lo único que dijo.

Ella se vistió.

Hoy dormirás junto a mí sobre un lecho de pétalos de rosas; toma esta poción, sentirás un calorcillo, es normal, te relajarás y tus sueños serán gratos.

—Desvístete, necesito limpiarte como si fueras Eva para quitarte el pecado original; no temas, yo estaré en trance y ni siquiera te miraré, será el espíritu del hermanito Tobías el que te mirará, pero sus ojos son del más allá, serán sus manos las que quitarán de tu piel los maleficios, ya están en la mera superficie, es cosa de sacudirlos. Yo solamente le presto mi cuerpo, ¿entiendes?

Obedeció dócilmente, salió del biombo vistiendo sólo su piel, se acostó en el lecho de rosas, recostó su cabeza sobre una almohada de satén rojo y cerró sus ojos, sentía una especie de somnolencia que la obligaba a abandonarse totalmente. El niño Fede se arrodilló junto a ella y empezó a deslizar sus manos por todo su cuerpo, tocó con delicadeza sus pezones, después fue su boca la que la recorrió una y otra vez, se recostó lánguidamente junto a ella. Durmieron.

Le ordenó desvestirse, frotó su cuerpo con un perfume penetrante, le dio a tomar la misma pócima, él también, como Adán, tomó del mismo brebaje, había dos almohadones rojos, se recostaron, enlazaron sus manos, así permanecieron durante algunos minutos. Todos los maleficios se habían ahuyentado, las lámparas votivas apenas alumbraban, un aura dorada los rodeaba.

—Ahora era ella la que iniciaba el ritual.

DOÑA TERE

La casa de doña Tere estaba bonitilla, tenía su sala, su baño, su cocina, su patio y un cuarto donde dormían todos. Era de las mejorcitas de la Plenitud. Esa colonia empezó allá por los 40, tan proletaria, como todas las de por acá.

Hoy esa casa, estaba de luto y se veía más gris y tiznada que de costumbre, porque por allí todo se tizna, ya que queda enfrente de dos grandes quemadores de la refinería de Pemex, pintan las casas, quedan muy blancas y al rato negruzcas por el hollín, pero a todo se acostumbra el pobre menos a no comer.

Un gran moño negro adornaba la entrada...

—Se nos fue Tere.

—Sí, Mati, se nos fue.

—Tonta, echó a perder su vida.

—Pos sí, quién sabe por qué le daría por tomar.

—Pos, quién sabe, tenía un buen esposo y a sus hijos...

—Ojos vemos corazones no sabemos.

—¡Qué triste!, si el alcohol es malo para un hombre en una mujer es *pior*.

—Imagínese doña Mati ¿qué voy hacer con Martín tan borra-chote?

—*Usté* ha tenido mucho aguante, pero... no todas, ya ve...

Doña Tere era alcohólica, no se supo cuándo empezó a beber, pero bien temprano ya estaba con su tesito de hojas de naranjo con alcohol, así iniciaba, le entraba a todo, pulque, vino, cerveza, etcétera.

El vicio la trituró, su garganta con sed de siglos nunca se saciaba y desde la primera copa se encendía en sus ojos el fuego de la glotonería, más, más, más, hasta caer sin sentido y allí

quedaba como una venada herida, toda desmadejada, perdida en los sopores del sueño y muy cerca de la muerte.

Ya temprano se reunían los teporochitos y tomar y soñar era lo mismo, así surgían y así se apagaban esas luces de bengala brillantes y efímeras.

Tere, su femineidad naufragaba con los vapores del licor, el brillo de sus pupilas se convertía en la mirada de un bovino moribundo, el guiño coqueto en una mueca, las faldas ya no se mueven con donaire, sino con torpeza y descuido, la cara un borrón, un alma soñadora se diluye entre las natas del pulque o la cerveza.

¿Era mejor el mundo que ella se construía entre los tornillos de neutle y el aserrín del piso de la *pulcata*? Así es la vida, no sabemos cuándo ni por qué algo soterrado sale a la luz y nos atormenta, entonces caemos, caemos...

Así, después de las hojas seguían los pulques, olas olorosas de espuma atravesaban sus labios en una interminable cascada de sabor. A las 12 pasaba a la tienda, pues seguía la cerveza: una, dos, tres, perdía la cuenta, llegaba a su casa ya pasadita. Les hacía de comer a sus chamacos como Dios le daba licencia, la sopa se convertía en la laguna donde zozobraban sus anhelos, entre la salsa del tomate surgían los rostros acusadores.

Había días lúcidos, a secas, cuando iba a la Villa de Guadalupe a "jurar" de rodillas ante el altar y bañada en lágrimas pedía perdón con verdadero sentimiento, parecía la puritita verdad; pero no, siempre quebrantó su juramento y volvía a beber. Otra vez la sed abrasadora de todos los desiertos la quemaba, tenía que salir a buscar un chorrito de frescura... Su enfermedad empeoró, llegó a dormir sobre las banquetas, los muchachos se acercaban y le hacían cosquillas en la nariz con una ramita o los más atrevidos le levantaban el vestido con una vara para verle las piernas, sus familiares avergonzados la iban a recoger. Más tarde padeció el tormento del *delirium tremens*, unas veces sentía que cientos de arañas araban su piel, ella, en un intento por tratar de sacudirlas o quitarlas se arañaba, otras veces era una enorme víbora que la apretaba en un abrazo sofocante, estrellaba su cuerpo contra la pared tratando de matar al animal; veía rostros y escuchaba voces, y si dormía era presa de desagradables pesadillas.

Allí estaba doña Tere en su cajón forrado de sedas grises. Allí estaba durmiendo la última “mona” con el rostro todavía rojo y abotagado. Los rosarios se sucedían uno tras otro: Padre nuestro... sin pecado concebida... descanse en paz... puerta del cielo... perdónala señor. Eran las siete de la noche cuando llegó a hacer guardia ante el ataúd un teporochito con una banda de música.

Adiós Tere, a ti te gustaba tomar, como a mí me gusta, pero eras *güena* y te gustaba la música por eso te la traje por última vez. Órale muchachos, tóquense: *Morir por tu amor* y *Viva mi desgracia*.

Todos los presentes quedaron mudos. Un violín desafinado, un acordeón y dos guitarras llenaron el aire con sus notas nostálgicas. El hombre, mientras el grupo tocaba, permaneció de pie junto a los cirios y gruesas lágrimas resbalaron por sus mejillas. En verdad deseo que el día que me muera alguien vierta unas lágrimas tan sinceras como éstas.

Afuera los hombres contaban cuentos colorados y tomaban café negro con piquete, a eso de las tres de la mañana los “machitos” lloraban a lágrima viva igual que las mujeres, el alcohol terminó por ponerlos sentimentales.

Abajo del ataúd dibujaron una cruz de cal y pusieron una olla con vinagre para que el cáncer, que todo cadáver tiene, no se les pase a los vivos.

Otra señora puso en la ventana agua bendita en una jarra y dentro un ramo de flores blancas para atajar a los demonios, aunque dicen que después de la misa oficiada allí mismo ya no es necesario...

Todo mundo decía “era muy simpática, ¡lástima!”.

UNA HORMIGA EN LA HERRADURA

—Y ahora... ¿Por qué estás tan apachurrada?

—Pues... el sábado me invitaron a una fiesta en el fraccionamiento “popis” llamado “Bosques de la Herradura”, y... me siento como cucaracha pisada, como araña fumigada, como...

—Ya, ya, que sea menos.

—Deveras, no me siento bien.

—¿Pasó algo malo?

—Te voy a platicar toda la onda para que me comprendas. Llegué a la fiesta y... ¡qué casa, de ensueño!, la sala con muebles estilo Luis xv, tapizada con terciopelo; unos cuadros hermosísimos adornaban las paredes; del techo pendían dos arañas de cristal cortado y cada prisma reproducía la luz irisándola; las ventanas lucían unas cortinas de encaje y brocado; en la mesa de centro había un arreglo de flores de seda y unos ceniceros de cuarzo.

—¡Oué bonito!

—Palabra que sí.

—Y luego...

—Empiezan a llegar los invitados; primero una señora con una piel de zorro sobre los hombros (se veía la cabeza del animalito), su cuerpo lo cubría un vestido de “Dior”, un aderezo de brillantes completaba su arreglo, los diamantes genuinos; después llegó una rubia teñida envuelta en un abrigo de visón, los señores muy sobrios vestidos de frac. Ya sabía que la fiesta era pomadosa y me arreglé lo mejor que pude. Se sentó junto a mí la del abrigo de visón.

—¡Bonito abrigo!, le dije.

—Sí, es bonito, lo compré en la Quinta Avenida.

—¿Del Zócalo para acá o del Zócalo para allá?

- No linda, en la ciudad de New York.
- ¡Oh! Exclamé.
- ¿Y el suyo es de chinchilla?
- Este... no... es de conejo y lo compré por Villa del Carbón...
- ¡Ah, la regaste!, le hubieras dicho: “es de París”.
- No tenía caso, mi abuelito sentenciaba: “mentir es un vicio muy feo”, después hubiera sido necesario inventar otras mentiras, más valía, supieran de una vez, que era pobretona...
- ¿Y qué te contestó?
- Me dijo: voy a saludar a los Smith, se paró y se fue...
- ¡Te cortó muy feo!
- Después se sentó junto a mí una señora tan flaca como un fideo y me dijo:
- ¡Tú eres la “chulis Estrada”!
- No señora, yo soy la “Hormiguita Pérez”.
- ¡Perdón! ¿Su esposo forma parte del consorcio?
- No... no creo...
- ¡No importa! Hermoso color el de su vestido, ¿es de la boutique de Oscar de la Renta?
- No seño, lo compré en el tianguis de Clavería.
- ¡Muy gracioso!, con su permiso.
- Y así me la pasé, sentada en un rincón, toda la noche, eso sí comí muy bien: bocadillos, paté de ganso, caviar, etcétera.
- ¿Qué es el caviar?
- Dicho en castellano, hueva de pescado.
- Hummm, mi madrina Cedronia lo come casi todos los días en torta de huevo.
- Me sentí muy desilusionada...
- ¿Oye, y de qué platican gentes tan importantes?
- Las señoras de sus criados, de maquillajes, de las dietas, de sus viajes y hablan mal de sus maridos. Los señores de las tranzas que hacen a otros señores para ganar más millones.
- ¿En serio? ¿Acaso no les preocupa la contaminación, las amenazas de guerra, el SIDA, etc... ?
- De eso no hablan... con decirte ni siquiera del premio Nobel, o sea de Octavio Paz.
- ¡Válgame!, pero tú tienes la culpa por andar de metiche en todas partes.
- En eso tienes razón. El mejor lugar para una hormiga es su hormiguero.

SERENATAS

Hermosas serenatas nos llevaban los compañeros de escuela, el día del santo, del cumpleaños o nomás porque sí, por gusto. Se sentía a todas “margaritas” escuchar de pronto en la noche las notas de una canción romántica; acompañada por guitarras: “Despierta dulce amor de mi vida”. Te sentías ¡soñoada!, no que ahora: “Quiero una novia pechugona”... dan ganas de contestarles: “pechugona tu abuela”.

Allí, acostadita en tu cama, entrecerrabas los ojos, soñabas... ¡Cursis, cursis! o ¿románticos?, ¿quién puede delimitar donde acaba lo romántico y principia lo cursi? Dentro de 30 años “la novia pechugona” pudiera considerarse cursi. Para el año 2020 quizá las enchiladas, los pambazos con chorizo, las memelas y los sopos se consideren puro romanticismo; la estufa, tan familiar, totalmente fuera de uso; a lo mejor sólo tienes tu repisa con tubos que guardan extractos de alimentos, medidos exactamente con los requerimientos diarios vitamínicos y proteicos; adiós llantotas...

Todavía allá por los 50 los noviazgos eran muy fresas. La novia se sacralizaba, era la “mujercita, santa y pura, la futura madre de la prole”; la madre y la novia eran aparte. Ya lo decía Acuña: “los dos una sola alma, los dos un solo pecho, y en medio de nosotros, mi madre como un Dios”. Almibarados como la melcocha, así somos los de aquella época. Cursis hasta la pared de enfrente.

Los piropos que los hombres dirigían a las mujeres eran frases bonitas:

- “¿Quién se murió en el cielo que los ángeles andan de luto?”
- “¡Por donde pisas brotan flores!”.
- “¡Esos no son ojos, son luceros!”.

—“¡Ay, mamacita soy huerfanito!”.

Había ingenio, así homenajeaban la hermosura o simpatía de una mujer; con uno de estos piropos eras feliz hasta por una semana, pero ahora...

—“¡Nenorra prestas o das, te me bañas!”.

A veces son verdaderas majaderías y francamente te sientes infeliz, degradada, un objeto sexual. Bola de pelados...

PACHITA

La otra vez, por casualidad, encontraste un libro que hablaba sobre brujos y curanderos chilangos, y entre los más famosos se mencionaba a Pachita, empezaste a leer picada por la curiosidad y decía que la tal bruja tenía su despacho en la colonia Arenal, aquí en Azcapotzalco.

Era la misma que tú conociste ¿te acuerdas?, la tía Angelina, enferma de úlcera varicosa, te pidió que la llevaras con la susodicha porque realizaba curaciones milagrosas. Tú te resistías a creer semejantes cosas y al fin cediste para complacerla.

Ese día te levantaste temprano para ir a la colonia El Arenal, donde tenía su consultorio la “doctora”, como la llamaban todos sus pacientes. Te habían dicho más o menos la ubicación de la casa, preguntando aquí y allá, por fin diste con el ansiado domicilio. La casa tenía de frente más o menos 10 metros, las paredes enjarradas y sin pintura alguna, en medio un zaguán pintado de blanco permitía el acceso al interior; dentro había varias habitaciones sucias y mal olientes, donde reinaba la mugre.

Entraste toda ciscada, Angelina se aferraba a tu brazo, tenía un poco de miedo. Te dedicaste a observar todo lo que había a tu alrededor. Por el patio cuadrangular paseaban gallinas, guajolotes y cerdos; había comida regada sobre el piso, las aves recogían con el pico los granos de maíz, las migas de pan y los pedazos de tortilla; más allá el excremento de los cerdos era esparcido por los mismos animales, canastos y costales desordenados en uno de los rincones contribuían al aspecto desaseado de la casa. Comenzaste a contar cuánta gente esperaba de pie o sentada en el suelo despreocupada por la suciedad que en costras lo tapizaba.

La mayoría de la gente era de origen humilde a juzgar por los vestidos de las mujeres, los pantalones raídos de los hombres y los zapatos corrientes y despintados, algunos traían huaraches de correas toscas y grises por el constante contacto con la tierra; las mujeres enfermas tapaban sus rostros macilentos con rebozos plumizos, tratando de ocultar el sufrimiento que traslucía por los ojos apagados y febriles. Te sentiste fuera de lugar, con tu vestido sin parches, enterito, tus zapatos de tacón recién cambiado y tus medias nylon, no cabe duda que “en la tierra de los miserables el asalariado es rey”. Pues, allí paradita, la tía igual, esperaste más de tres horas para que la “doctora” te diera consulta.

A eso de las 11 de la mañana te llamó la atención la llegada de una señora guapa, de clase media, acompañaba a una joven con la cabeza rapada, sin gota de maquillaje y con la mirada extraviada; se acercó a ti la mayor de las mujeres, para preguntarte en qué número iban y te platicó que su hija padecía una extraña enfermedad, que cada vez estaba peor, pues los médicos ya la habían desahuciado, te decía: —“Ha perdido la memoria y la conciencia, se porta como una niña a la que hay que vestir, alimentar con mamila y asistirle en sus necesidades, ni siquiera reconoce a sus hijos, mi última esperanza es Pachita, si ella no la alivia estará condenada a vivir así...”

La fila avanzaba lentamente, ni una silla, ni una piedra donde sentarse y tú la Catrincita no te resignabas a sentarte en el suelo y llenarte la ropa de caca.

Llevabas unos dulces y les ofreciste a varias mujeres, más que nada para hacer plática y matar el tiempo; otra mujer te contó sobre la curandera maravillosa y que a Joaquinita le había quitado la matriz en una “operación espiritual”, intrigada preguntaste: a ver, a ver ¿cómo estuvo eso?

“Mire, una noche se internó, Pachita ya tenía todo preparado: agua caliente, lienzos, algodón y dos cuchillos bien filosos. Ella invocó a dos espíritus que en vida fueron doctores y ellos hicieron la operación a través de Pachita, el cuarto con luz de vela, porque dicen que la luz fuerte espanta a los espíritus, yo misma vide como los cuchillos entraban en la carne de Jacinta, pero no escurría sangre, los espíritus terminaron y en unos cuantos días se puso buena”.

Aunque tus conocimientos de medicina no son muchos te resistías a creer tal aberración.

Empezaste a preguntar más sobre la tal Pachita...

—Ay niña, si es rete buena, imagínese, a mi señor le dolía mucho la cabeza y le cambió su cerebro por uno de puerco. Y ¡santo remedio!, ya no le han vuelto esas jaquecas que no se le quitaban ni con pastillas ni con chiquiadores ni con nada. Mi sobrina no podía tener hijos y pos con las friegas que le dio se puso encinta luego, luego.

—Pues cómo le hizo —le preguntaste.

—La encueró allí adentro del cuarto, le frotó todito el cuerpo con un menjurje de hierbas y le acomodó la matriz que la tenía bien chueca.

No se diga cuando a una recién parida no le baja la leche, con Pachita le baja porque le baja, ella misma le mama los pechos durante ocho días y después hasta le chorrean.

Y para quitar el mal de ojo ni se diga, traen a los niños que se les enchueca la boca y se les tuercen los ojitos a los inocentes, ella agarra un huevo de gallina negra y con eso limpia al niño y no lo va a creer, cuando vacía el huevo en el vaso se ve el gusano, el mal que le hicieron, o sea el mal de ojo que la gente de vista muy fuerte le hace a los niños, después de limpiar la criatura se duerme como un bendito, pues ya regresó el ángel de la guarda que había volado, los ojitos y la boca se le enderezan, le cuelgan en el pechito un hilo rojo con un ojo de venado para que no lo vuelvan a fregar...

Por fin entraste al cuartucho y la tía por delante, era una pieza de tres por cuatro, pintada de rojo, con unas cortinas que un día fueron blancas, el piso sin barrer con algodones y papeles por todas partes; en los cajones de un escritorio desvencijado guardaba sus “medicinas”. Nos recibió una mujer obesa, chaparra, cincuentona, con el pelo teñido de rubio y mal peinada, envuelta en una bata que dejaba ver sus piernas regordetas, unos huaraches de hule calzaban sus pies anchos y callosos. Su presencia me dejó fría, por mí hubiera salido inmediatamente, pero me detuvo la resolución de Angelina.

Con un poco de alcohol se frotó las manos y procedió a examinar la úlcera de la pierna, desenrolló las albas vendas, vio

circunspecta la herida y vació sobre ésta un líquido solferino, le limpió con pedazo de algodón y volvió a vendar...

En 15 días te aliviarás de tu mal —le dijo. Muchacha, la vas a curar como te digo: vas a conseguir mucha polilla y la pones en un frasco, le lavas la herida con este líquido morado, luego le espolvoreas la polilla y le pones otra vez la venda, la traes dentro de 15 días.

Al salir le dijiste a la tía: “yo no la curo, si usted quiere cúrese sola, sabe por qué, a mí no me parece el tratamiento, no se ponga eso, se agravará...”. No te respondió, antes se enojó contigo, rezongó todo el camino de regreso a la casa.

Algunas veces observaste cuando se curaba y ponía la polilla en la úlcera, se te enchinaba el cuerpo, pues sabías que no tardaría en presentarse una severa infección y así fue. Angelina no quería dar su brazo a torcer y admitir el fracaso de tan absurdo tratamiento, a los ocho días en medio de ayes y lamentos pidió que la llevaran al médico, ahí vas al doctor otra vez, resignada a recibir la regañada que de seguro te daría al examinarla, se enojó muchísimo y te dijo: “pero dónde anduvo la tía que trae hasta polilla, además hay una infección tremenda y está en peligro de perder su pierna”.

Las maravillosas curaciones y tratamientos de la dichosa Pachita pusieron en peligro la vida de tu familiar. Angelina estuvo medio año bajo un tratamiento riguroso y entre intensísimos dolores.

No cabe duda que el león no es como lo pintan.

DE CAL Y CEMENTO

Vivía en la privada de Cairo, en la colonia El Recreo; bajo de estatura, regordete, de lejos parecía un niño de trece años. La piel acanelada, el pelo lacio y los ojos levemente rasgados daban a su fisonomía un aire oriental; un sombrero de palma y un overol de mezclilla sus compañeros inseparables; en la bolsa trase-
ra del pantalón asomaba un paliacate rojo que tenía diversos usos: ya para proteger la cabeza de la tierra que se desprendía de las techumbres, o de las oleadas de nostalgia que lo acometían de vez en cuando, o para doblarlo como una banda sobre la frente e impedir que el sudor o los sueños entraran muy campantes a los ojos, o simplemente para sonarse estruendosamente; también usaba zapatos de carnaza con suelas de desperdicios de llantas, calzado feo, tosco y mal hecho pero muy resistente e ideal para ese oficio.

Don Pedrito, como cariñosamente lo llamábamos, era albañil, le sobraba el trabajo, era para nosotros el Superman de los pobres, pues presto destapaba hoyos o los tapaba, siempre que se desprendía el yeso de un techo o se carcomía una pared íbamos por él. Nunca se negaba a auxiliarnos en nuestras necesidades de cal y cemento.

—Don Pedrito, vaya a la casa de Severiano porque se está cayendo la puerta... que le corra, por favor...

El siempre contestaba:

—Calma, calma, hay más tiempo que vida y no por madrugar amanece más temprano.

—Que si por favor le cambia el tinaco a doña Lencha aquí a la vueltecita, que usted ya sabe, todo se rajó y es un agual en la azotea.

—Calma, calma.

Se paraba, apagaba su cigarrillo, de esos que todavía hay y que llaman “Faritos”, recogía un costal donde iba su herramienta: un mazo, un martillo, una plomada, una espátula, una cuchara, cinta métrica y varios cachivaches más.

—Dice Josefinita que ya se le tapó el excusado y se está saliendo toda la mengambrea... ¡qué de rayo!

—Calma...

Don Pedro no bebía uva embotellada, sino pulque, y muy temprano salía Juanita —su mujer— a comprar varios litros de caldo de oso en una pulquería cercana que no recuerdo si se llamaba “Las maromas de Agripina” o “Los eructos de Napoleón”, la señora regresaba con el garrafón destinado para esos menesteres repletito de néctar. El laborioso *maistro* lo llevaba siempre consigo y entre tabique y tabique, entre remiendo y remiendo le daba un traguito y así durante toda la jornada, no tomaba ni agua ni refresco, sólo chupaba “pulmón”, todo el día se lo chiquiteaba, pero con los sudores de la chamba ni siquiera se le subía, en cambio sentía más ánimo para mover la cuchara o para subir los botes de mezcla; ya entrada la tarde se le oía cantar bajito y con tiple la misma canción: “... te he de querer, te he de adorar, pos qué *almiración* les causa que yo quiera a esa mujer...”.

Al terminar la tarde se despedía muy ceremoniosamente, todos nos dábamos cuenta que don Pedrito despedía un olorcillo no muy agradable. Un día un chamaco se atrevió a decirle: “ya no tome pulque que después huele rete feo” y el hombre le respondió: “muchacho, ¿qué no sabes? el hombre sin olor es como un clavel sin aroma”.

Así pasó su existencia y llegó más allá de los 80 años.

Su figura perdió la verticalidad de las paredes y sobre sus espaldas fraguó todo el peso del tiempo. Andaba casi a tientas sobre los andamios, como si una nube de cal le nublara el horizonte, las cataratas opacaron así sus ojos, adivinaba los pasos que tenía que dar para no caer al vacío, hasta que desistió de subirse a grandes alturas; un día pisó mal y cayó rompiéndose una pierna, lo enyesaron, la inmovilidad lo anquilosó y salieron a relucir en ese lapso todos los achaques de la vejez.

Don Pedrito se oxidó como todo lo que guardaba en su morral: los clavos, la espátula, la cinta métrica y su cuchara de albañil... todo, todo se oxidó... los fierros, los huesos y el alma.

JAMAICA, LA MERCED, AZCAPOTZALCO Y ANEXAS

Subirse a uno de estos camiones era como hacer penitencia para el perdón de todos tus pecados, les llamaban “los guajoloteros” porque venía mucha gente del mercado de Jamaica o del mercado de la Merced con costales de elotes o de verduras, con pollos y hasta con guajolotes. Iba uno entre la bola y de pronto se le paraba en la cabeza un pollo o una gallina, “cua-cua-ra-cua-cua, cua-cuara-cua-cua”, oías un alboroto, la gallina hacía equilibrios sobre las testas de los pasajeros, aleteaba, pasaba al hombro, otra vez a la cabeza, total un relajo, se abría paso entre el pasaje el dueño del pollo o del guajolote y lo rescataba, y ya sabes los insultos le llovían: órale güey cuida tus pinches pollos...

Siempre repleto y así seguía, pues casi todo el pasaje venía para Azcapotzalco, a poco se iban a bajar los marchantes en la colonia Anzures, no hombre, ni cuándo, ellos se apeaban hasta acá a poner sus puestos pa' la raza.

Teníamos una amiga muy bien dotada anatómicamente, ella vivía por la Merced y no había otro transporte que le acomodara más que ése para llegar hasta aquí, cuando tenía que reunirse con nosotras las de este rumbo para estudiar o realizar algún trabajo. Nos contaba todo lo que le sucedía en esos grasientos camiones. No le gustaba usar sostén, tenía un busto muy bonito, pues una vez entre los apretones se le abrió la blusa, quedó en medio de varios hombres, le dieron una manoseada... Carmela repartía golpes y arañas, pero no se libró, bajó llorando de coraje y desde ese día usó el sostén.

En otra ocasión regresaba a su casa como a las nueve de la noche, a esas horas iba más despejado el camión y ¡lotería! encontró un lugar para sentarse al fondo, muy quitada de la pena se acomodó, al ratito empezó a sentir cómo unas patitas de

araña le caminaban por el tobillo, pensó “será un insecto”, se tocó las piernas y nada. Al rato otra vez como unas patitas que le subían “¡ay jijo, esto ya está raro!”, le dio miedo... fuera un alacrán o algo así, se quedó muy quieta y las patitas empezaron a subir desde el tobillo por la pantorrilla hasta la rodilla, bajó la mano muy rápido y ¡zas!, le pesca los dedotes al fulano que venía sentado junto a ella!, quedó tiesa de miedo, mejor bajó del camión casi en movimiento.

Los borrachitos la seguían como las moscas a la miel, le hacíamos burla: “a ver cuándo te conocemos uno con zapatos”. Muy enojada, nos contestaba: “con las amigas que tengo para qué quiero enemigas”.

EL TIANGUIS DE SALÓNICA

Al final de la calle de Salónica, en la colonia El Recreo se instala un tianguis todos los jueves desde las 8:00 hasta las 16:00 horas aproximadamente. Es un tianguis muy variado, hay puestos de todos los sabores y de todos los colores.

—Pásele marchantita, durito y coloradito como a usted le gusta, ándele el mejor jitomate; a \$2 000.00 el kilo.

—Si la boca le sabe a centavo, si se levanta desfuerzado, tómese una cucharada del elíxir que preparaba la madre Mariana a base de hierbas medicinales, tómese una cucharada todos los días y se sentirá como nuevo, como 20 años menos si ya es mayor y con 10 años más si es chavo. Por el precio de uno llévese tres, aproveche, por aquí ya no vuelvo y aunque me busque chulita no me va a encontrar...

—Compre cuando le vendan, venda cuando le compren.

—Tres por aquí, otros por allá. ¡Que se acaban, que se acaban!

—Calabacitas tiernas, zanahorias, repollo para el caldo de olla, ándele marchantita, todo fresquesito...

—¡Qué dulzura mujercita, qué dulzura! Aquí está su mango petacón, ¿no quiere una probadita? ¡Qué dulzura mujercita, qué dulzura!

—Tlacoyos recién hechos, tlacoyitos...

—¡Ahí va el golpe, ahí va el golpe!, grita el cargador que ya suda la gota gorda de tanto ir y venir trayendo mercancía.

Al pasar frente al puesto donde venden las plantas una no puede evitar el detenerse un poco. ¡Qué hierbas tan bonitas! ¡Qué bugambilias!

—Señora, ¿cómo le dicen a esa rosa renegrada?

—Sangre de Juárez, llévesela, se la doy más barata, ándele güerita o llévese este Geranio de flor doble, todo el año florea.

—¿Quieres un consomé y unos taquitos de barbacoa?

—Me estás invitando o me estás preguntando.

—Pide lo que quieras, Chema invita.

—¿Te sacaste la lotería o qué?

—No, nunca he tenido suerte pa' esas cosas, pero por ahí me pagaron unos centavitos.

—Pues vamos, no voy hacerme del rogar.

—Marchanta, déme dos órdenes de consomé y de taquitos...

—Salen dos órdenes de consomé y barbacoa.

—¡Este consomé es para resucitar muertos!

—¡Y la barbacoa para tumbar vivos!

Una vez un vendedor ambulante le vendió a mi vecina un quesque chivo, traía al animalito ya peladito y sin cabeza, se lo dio baratísimo, pero después le entró la duda y me fue a preguntar:

—Oye, ¿este será chivo?

—Para mí que no, lo veo raro, pero vamos a ponerlo en la olla exprés, el olor del cabrito es inconfundible.

Así lo hicimos, lo pusimos a cocer, esperamos; a los 10 minutos empezó a chillar la olla, el vapor que salía no olía a chivo, el aroma era de gato. Olía tan feo que ni los perros lo quisieron. Con razón lo vendieron sin cabeza.

Muchas personas vienen a comprar a este tianguis, llevan sobre todo fruta y verduras, ya que las traen los comerciantes frescas y de buena calidad, pero ponte listo porque los puesteros son medio canijos y si te descuidas te dan gato por liebre, pues acostumbran despachar atrás donde uno no ve y ahí va parejo: podrido y bueno, ¡qué pasó, eso no se vale!

MUÑECA DE TRAPO

Mi sobrina Mónica juega con una muñeca en el patio de la casa, es una figurilla de plástico, flacucha, con cara y cuerpo de mujer; el molde ha reproducido con fidelidad las facciones finas del rostro, la cintura esbelta, las piernas largas... todo es un conjunto armónico, pero más que muñequita parece maniquí; la cubren unos vestidos elaborados con ricas telas y de acuerdo con los últimos dictados de la moda, en fin, hermosas y bien vestidas, sin embargo, las siento frías, las fabrican en serie, igualitas, todas las niñas tienen la misma Barbie. Recuerdo aquellas manitas de trapo con las que jugábamos antaño, ninguna era igual y en ellas se sentía un no sé qué de vida...

La abuela me compró una muñequita de trapo, me gustaba mucho, te diré cómo era: su cuerpo hecho de desperdicios de telas que dejaban las costureras y de medias viejas, por lo que el color de su cuerpo era café claro o café oscuro, el vestido de popelina con dibujos pequeños, constaba de una falda larga y plegada con una blusa de mangas aglobadas y abierta por la parte posterior que cerraba con un botón.

La desvestí y me fijé muy bien cómo la hicieron y me dije: haré una igual o una más chica para que tenga hija, sí puedo armar muchas muñecas.

Le pregunté a Nina si tenía medias viejas y me dijo:

—Sí tengo, ¿para qué las quieres?

—Para hacer unas muñecas, le contesté.

Sacó del ropero un bultito, lo desaté y vi que había cuatro medias color café y dos medias negras, con las medias negras haré dos negritas, tendría dos hijas gorditas y achocolatadas.

Primero había que cortar la tela para la cabeza, corté un cuadro, los cosí y quedó un tubo, lo rellené de borra y fruncí los

extremos. ¡Bravo!, ya estaba la cabeza, ahora el cuerpo, hay que cortar otro cuadro más grande, coserlo igual, pero sin fruncir para poder pegarle los brazos y las piernas que eran unos tubos más largos y más angostos.

Cuando terminé fui con Nina.

—Abuelita ¿cómo le pego la cabeza, los brazos y las piernas?

—Muy fácil, cóselos también, mira con este hilo más grueso y con esta aguja para hilaza.

Tomé la aguja y empecé a pegarle la cabeza, los brazos y piernas, me costó trabajo, pero lo logré, sentía una gran alegría al ver mi obra. Con dos botoncitos negros simulé los ojos y con una chaquirita roja la boca, las cejas las bordé con hilo negro, con un lápiz tinta las pestañas y un bicolor incendié sus mejillas. ¡Oh! no podían quedar pelonas y... otra vez con abuelita.

—Nina, ¿me puedes regalar un poco de estambre?

—Tómalo del costurero.

La cabellera se hizo con unas hebras de estambre negro. Nina me ayudó a cortar el primer vestidito, no perdí un sólo detalle, puse mucha atención a todo lo que decía y hacía; aprendí a plisar las faldas, las blusas eran más complicadas... Vestí a mi nueva muñeca, se veía maravillosa con su vestido de percal, sus aretes y sus moños.

A las negritas las vestí con una tela roja con lunares blancos y en la cabeza les coloqué como adorno un gorro de la misma tela. ¡Cómo me divertí haciéndolas bailar al compás de la canción *La negrita Cucurumbé!* muy de moda en aquella época interpretada por Cri-Crí, el grillito cantor, al que escuchábamos todas las noches por la radio... “¿Quién es el que anda ahí?, es Cri-Crí, es Cri-Crí, ¿y quién es ese señor?, el grillo cantor”.

En aquel año de 1950, se usaba mucho el percal, la tela de algodón con la que se confeccionaban los vestidos de las señoras de la clase media, los trajes de mis muñecas eran de recortes de percal, las mujeres tenían su modista y guardaban los recortes en una funda de almohada por si se necesitaban, con esos recortes les cosí muchos vestidos, yo los miraba preciosos y eran géneros con diferentes estampados: ´ora florecitas blancas sobre fondo azul, ´ora flores rojas sobre fondo amarillo, ´ora bolitas y triangulitos rojos sobre fondo blanco...

¡Cuánta dicha me dieron esas muñequitas de trapo!

¡Cómo las quería y estoy segura que ellas también!

Un día se acercó mi hermano y me arrebató una muñeca, la pobre hacía las veces de pelota, volaba por los aires y se estrellaba en el suelo, el Lobo seguía el juego y con el hocico empujaba a la muñeca o la levantaba y corría con ella por todo el patio, mientras yo gritaba desesperada, por fin logré rescatarla; terminó semidestripada y sin un brazo, la levanté, lloré amargamente, al mirarla así me acordé de la canción de Cri-Crí *La muñeca fea...*

“Un bracito ya se le rompió,
su carita está llena de hollín,
al sentirse olvidada lloró
lagrimitas de aserrín...”

Completé seis muñecas, Tito al verlas me dijo:

—Esta familia necesita una casa...

Al otro día con un cajón de madera me construyó una casita para las monas.

Cuando me iba a dormir llevaba la casita con las muñecas junto a mi cama, parecía que me miraban tiernamente con sus ojitos de botón. Las contemplaba hasta quedarme dormida... pues sabía que me acompañarían también en mis sueños.

Relatos y recuerdos.

Memoria de Azcapotzalco

Entrevistas y redacción de Edna Aponte
se terminó de imprimir en junio de 2016

La edición e impresión estuvo a cargo de
SM, Servicios Gráficos
sm.serviciosgraficos@gmail.com
(0155) 5341 7480

La impresión fue realizada a 1 tinta en Bond Ahuesado de 75 gr
Forros en selección de color en cartulina Sulfatada de 12 puntos
Encuadernación rústica pegada
El tiro consta de 1000 ejemplares



DELEGACIÓN
AZCAPOTZALCO



Historia Oral

“Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Esta prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente”